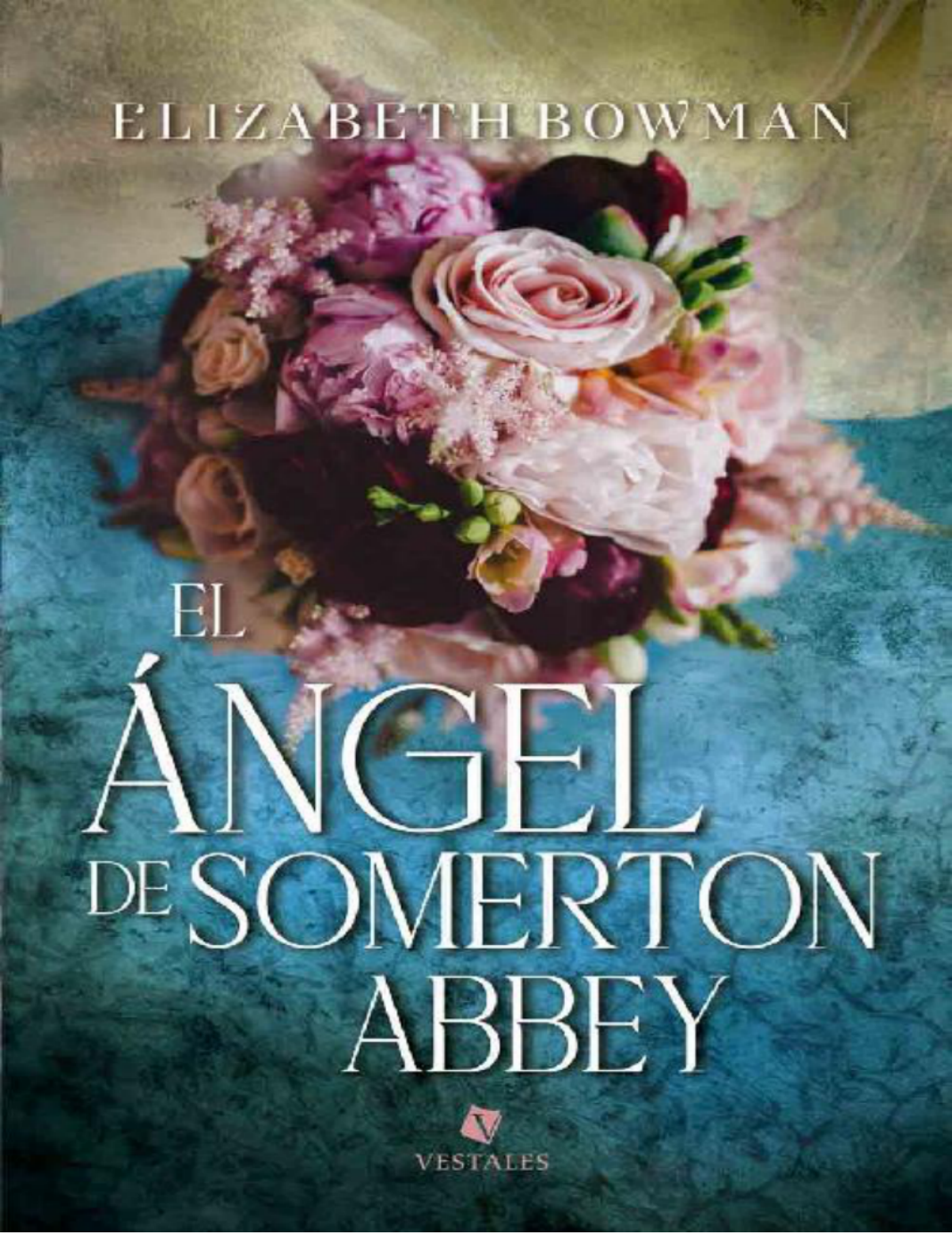
ELIZABETH BOWMAN



EL ÁNGEL DE SOMERTON ABBEY

VESTALES

Bowman, Elizabeth
El ángel de Somerton Abbey, 1.a ed., San Martín: Vestales, 2023.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8944-59-3

1. Novelas Románticas. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2023.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-8944-59-3
Primera edición en libro electrónico (epub): Noviembre de 2023

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mis queridas lectoras insurrectas,

en especial, Marcia,

por su amor incondicional por William.

Prólogo

En la estancia sonaron claros y vibrantes los ecos de la dulce melodía que aquella fina mano de nieve arrancaba a las teclas del viejo pianoforte. Cuando llegó la parte vocal de la interpretación, el suave, firme y nítido canto de un ángel reverberó en la atmósfera y ningún miserable mortal hubiera sido capaz de permanecer indiferente a tanta belleza y a semejante perfección. Mucho menos osar interrumpirla.

De hecho, durante los agradables minutos que se prolongó la tonada, tan solo aquella hermosa voz plagada de dulces matices pareció invadirlo todo, escurriéndose de forma cadenciosa por la estancia como suave manto de terciopelo descendido de los cielos. Finalmente, llegó el silencio y las blancas palomas que se habían deslizado despacio sobre las teclas del instrumento se recogieron en el regazo, plegadas sobre sí mismas como frágiles avecillas que buscan resguardarse de las inclemencias de la vida en un refugio que consideran seguro.

Siempre había sucedido de ese modo: ocultarse resultaba imperativo.

—Mi trabajo ha finalizado, señorita Stuart. —La grave voz masculina de alguien que había permanecido en un segundo plano se impuso, para ocupar el lugar de la cautivante sensualidad vocal que segundos antes lo llenaba todo—. Ha mejorado usted mucho en los últimos dos años.

Ella estiró los labios en una sonrisa forzada al tiempo que exhalaba un suspiro silencioso capaz de desinflarle el alma y encogerle el espíritu entre los hombros descolgados. Forzándose a sostener la sonrisa en los labios, y escéptica especialmente a las palabras del caballero, descendió la mirada e inclinó la cabeza en un tímido gesto de aceptación. Las manos continuaban enlazadas y los dedos apretados con nerviosismo entre los vaporosos pliegues de muselina.

"Ha mejorado usted mucho en los últimos dos años…". Sabía que lo que el buen doctor quería decir en realidad era que, a esas alturas, no había nada más que pudiera hacer por ella y que continuar con las sesiones resultaría una completa y absurda pérdida de tiempo para ambos. Si bien los beneficios económicos serían gratos para él, el hecho de tratarse de un buen amigo de la familia, así como su nobleza de carácter y su generoso corazón, le impedían

continuar sangrando deliberadamente a los Stuart cuando no podía ofrecerles mejores resultados.

—Piense usted en Mozart y en Pachelbel, inhale en profundidad, tómese su tiempo y todo irá bien…

Esta vez el suspiro de la joven resultó demasiado audible para su gusto y fue acompañado, además, de un leve respingo.

Tomarse su tiempo… En realidad, lo malo era precisamente eso: se tomaba demasiado tiempo.

Al presenciar aquel gesto de emotividad mal reprimida, consciente a buen seguro de que sus propias palabras sonaban a penosa justificación y no resultaban alentadoras para una joven tan inteligente como la señorita Stuart, el hombre inclinó la mirada en busca de la puntera de sus zapatos y apretó los labios, sintiéndose incapaz de decir nada más, y mucho menos de arreglar la situación con palabras vanas y alientos vacuos.

"Es justo que esconda la mirada –pensó ella–; el buen doctor no desea continuar mintiéndome. Y por tanto no voy a consentir que se torture más tiempo y de forma innecesaria".

Despacio, sin exceder sus movimientos más allá del leve mecimiento que provocaron las faldas al erguirse del taburete, la joven giró hacia el doctor para ofrecerle una cuidada reverencia. Rodeada por ese océano de calma y silencio que habitualmente envolvía su persona, Mary Stuart abandonó la sala con la discreción de un ratoncito.

Sus hermanos la habían enviado a Londres dos años antes con la esperanza de que aquel prestigioso patólogo del habla y el lenguaje lograra reescribir el poco amable porvenir matrimonial de la menor de los Stuart; quizás, si las sesiones surtían efecto, solían decir ellos, pudiera solventarse el futuro de Mary, que de antemano se presentaba aciago y solitario.

Triste.

Mientras se escabullía como una sombra por el corredor, una sonrisa trémula le bailoteó en los labios. No se atrevía a criticar el exceso de optimismo de Fred y Rodrick, en absoluto haría tal cosa, pues sabía que ambos la amaban con locura y que continuaban resistiéndose a condenar a su hermana menor a la soltería, a pesar de que hacía ya demasiado tiempo que ella misma se había resignado a tal destino. ¡Pobres, pobres adorables hermanos!

En el fondo se sentía tan terriblemente culpable por los inconvenientes que su deficiencia había ocasionado siempre a la familia –no en pocas ocasiones los muchachos se habían visto involucrados en disputas para solventar los agravios que otros solían hacer a su única hermana, tratándola a menudo de enferma, inválida o incluso de retrasada– que consideró justo plegarse a aquel deseo, pues aunque infructuoso, no dejaba de resultar inofensivo. ¿Qué podía perder ella? ¿Dos años de su vida? No era que tuviera mucho más que hacer en Hylton, en realidad.

El mayor sacrificio radicó, desde luego, en tener que permanecer durante aquellos dos años lejos de la familia y de la seguridad del hogar –la acuciante nostalgia se vio apenas solventada por la continua correspondencia de Londres a Hylton–, y en el importante desembolso económico que la terapia supuso para los Stuart. Sin embargo, después de tantos años sufriendo la inconveniencia de contar con una hermana tartamuda, Mary consideró que era lo menos que podía hacer por ellos. Se lo debía.

No obstante, dos años después debía regresar a Hylton tan tartamuda y deficiente como había partido de allí… y que Dios la ayudara, pero ni Mozart ni Pachelbel podrían auxiliarla.

Capítulo 1

Hylton, condado de Devon. Primavera de 1814.

Traspasado el meridiano del día, William Somerton paseaba en compañía de dos de sus sabuesos favoritos por los campos que pincelaban Hylton con su característica e interminable profusión de tonos verdes y marrones. Acompañaban sus pasos los briosos fustazos que propinaba, con la ramita de roble que portaba casi desde el inicio del paseo, a las hierbas altas que bordeaban ambos lados del camino, más a modo de inofensivo distraimiento que debido a la necesidad real de algún tipo de desahogo sensitivo.

Los canes correteaban a buena distancia llevándole la delantera; el sol tibio pero bien dispuesto de finales de marzo llenaba de luminosidad la vasta extensión verde que se desplegaba infinita ante sus ojos, salpicada la superficie de abundantes espadañas y de un notable regimiento de salicarias en flor que se mecían ondulantes bajo una suave brisa. Entre los arbustos rastreros, los zarzales y los helechos que formaban improvisadas lindes sobre el terreno, canturreaban alegres los pajarillos, concediendo un inmejorable efecto sonoro al paseo. La primavera se desplegaba en toda su magnificencia, para despertar de golpe a la naturaleza del duro y prolongado letargo del invierno.

William detuvo sus pasos, elevó la mirada al límpido cielo azul, cerró los ojos un instante, inhaló en profundidad los aromas de la tierra y sonrió. Sabía perfectamente quién más disfrutaría de aquel paseo y de aquel entorno como era menester: su querida hermana Sophia. Abrió los ojos y sustentó la sonrisa. La echaba de menos; aunque sabía que su hermana gozaba de una gran y merecida felicidad junto a su esposo en su residencia de Ventus Magna, debía reconocer que en ocasiones como aquella la añoraba en profundidad.

Exhaló de forma sonora lanzando su hálito y sus emociones a la atmósfera. Al fin y al cabo, tal vez su anciana madre llevara razón después de todo y fuera hora de que él mismo se buscara esposa. Contaba ya con treinta y dos años; sus padres se encontraban en una senectud avanzada y Somerton Abbey necesitaba un heredero. En medio de la sonrisa que aún prendía de sus labios, se deslizó esta vez un suspiro y al tiempo tomó forma una negación de cabeza que pretendía reafirmar la hilaridad de sus pensamientos. “¡Ah,

William, en efecto debes de estar haciéndote viejo, pues ya hasta empiezas a permitir que auténticas necedades tomen forma en tu sesera!”.

Si había rebasado la treintena manteniendo imperturbable su soltería, había sido debido a que hasta el momento ninguna señorita había llegado a rozarle siquiera el corazón. Y si una cosa tenía clara William Somerton, era que su corazón debía ser tocado, rozado y agitado a como diera lugar. Jamás se desposaría con ninguna mujer por el simple hecho de acatar un compromiso conveniente o forzado.

Aunque sonara ridícula e innecesariamente romántico procediendo de un caballero maduro y juicioso como bien se consideraba él, tenía muy claro que mantendría su porfía –en realidad, estaba convencido de que tal pensamiento no se trataba de una absurda obstinación, sino de una consigna de vida– de no unirse jamás y por el resto de sus días a ninguna mujer que no le llevara a arder por dentro ante su simple contemplación. Necesitaba sentir la sangre convertida en auténtico fuego líquido en el interior de las venas, notar las entrañas en revolución y el corazón fuera de sitio. Precisaba, como el pajarillo precisa la alborada, experimentar esa convulsión, esa necesidad anhelante de saber que el alma no puede continuar habitando el cuerpo en ausencia de esa otra alma que sabe que la complementa. Necesitaba ese volcán en el pecho. Jamás se conformaría con menos.

Él no era uno de tantos caballeros venido a menos acuciado por la ingente necesidad de procurarse una heredera que solventara sus deudas y le ofreciera un futuro ventajoso, pero tampoco sería tan necio de dejarse embaucar por una cazafortunas con la sesera vacía y el corazón rebosante de vanidad. Había conocido a unas cuantas de ese género y, aunque resplandecientes por fuera, sabía que por dentro permanecían tan opacas como noche sin luna. Las lilliotas, sin ir más lejos, eran un claro ejemplo de escaparate digno de contemplación, pero carentes de ninguna otra cosa por la que valiera la pena molestarse en continuar mirando más de algunos minutos.

Exhaló en profundidad, tal vez para alejar esos pensamientos tan carentes de utilidad y, tras propinar un vigoroso fustazo al zarzal más cercano, reanudó el paseo. Esa tarde había quedado con Frederick Stuart para, entre los dos, tratar de disuadir al zorro que desde hacía semanas frecuentaba con indeseable asiduidad el gallinero de los Stuart. Sin embargo, el mayor de los hermanos lo mandó avisar esa mañana temprano de que resultaba imperativo suspender dicho proyecto, pues su hermana Mary regresaba a casa después de dos años lejos de Hylton.

Siempre había mantenido una buena relación con los Stuart, tal vez por

tratarse los tres de los pocos caballeros aún solteros en Hylton; y especialmente con Frederick, el mayor, por tratarse de un coetáneo y por compartir ambos infinidad de aficiones y gustos. Desde que los padres de Frederick habían fallecido años atrás y el primogénito de los Stuart se había hecho cargo de la casa y de la familia, William no había ocultado la gran admiración que le merecía aquel tipo debido a su nobleza de carácter, a su buen juicio y a su sensatez. Con él se podía conversar sin caer en el aburrimiento o en banalidades y, de hecho, en los últimos tiempos habían coincidido tanto a la hora de compartir distracciones y puntos de vista que a esas alturas de sus vidas podían llegar a considerarse amigos.

No obstante, jamás había preguntado por el motivo de la partida de la hermana. Consideraba que no era asunto suyo y que, si ninguno de los hermanos se había molestado en mentarlo, él no era quién para inmiscuirse en un asunto que pertenecía única y exclusivamente a la privacidad familiar. Había oído rumores, por supuesto, pero él jamás había entrado en el peligroso juego de dar pábulo a murmuraciones surgidas de lenguas malintencionadas y mentalidades ociosas.

Por lo que recordaba, Mary Stuart no era una joven que se destacara especialmente o que llamara la atención en medio de una reunión. Al menos a él nunca se la había llamado de forma expresa. Un poco mayor que su hermana Sophia, había un par de palabras que la representaban a la perfección en la memoria de William: silencio y discreción. Lo cual no era mucho a lo que aferrarse, en realidad.

Creía albergar el vago recuerdo de que Mary era una muchacha bonita, pero lo cierto era que la joven jamás le había concedido al mundo, ni a sus moradores, el tiempo necesario para ser observada, al punto de que ese mundo pudiera formarse una ligera idea acerca de su persona y de su carácter. Constitución menuda, cabello castaño, piel nívea y rostro simétrico… Ciertamente, no podía apuntar mucho más acerca de su exterior y en efecto aún mucho menos de un interior del que ni siquiera había tenido la más mínima constancia. Si se detenía a pensarlo, cosa que hasta entonces nunca antes había hecho, tal vez Mary Stuart no resultara tan distinta de la propia Sophia, pues, si bien su hermana detestaba asistir a fiestas y reuniones, la menor de los Stuart directamente evitaba acudir a ellas. Ambas se mostraban reservadas en el trato, evasivas y taciturnas, probablemente por poseer una inteligencia superior a la media que las incapacitaba para admitir e incentivar las frivolidades de quienes las rodeaban.

Recordaba también que se le atribuía una ligera tartamudez, que él jamás había presenciado, por cierto; y cómo las lilliotas solían hacer mofa de ella

continuamente debido a esa pequeña imperfección. Aunque, a decir verdad, las lilliotas hacían mofa de todo el mundo, incluida la propia Sophia, tal y como William podía recordar con notable disgusto, hasta el punto de que su lengua viperina y mordaz no dejaba títere con cabeza en todo el condado de Devon y hasta más allá. Como la opinión de aquella camarilla no servía de referencia a la hora de tratar de hacerse una idea acerca del carácter de otra persona, no albergaba mucho más recuerdo de la señorita Mary Stuart.

Los ladridos guturales de Lugh, uno de los sabuesos, para alertarlo de la presencia entre los arbustos de alguna alimaña, lo arrancaron de sus pensamientos recientes para conminarlo a ajustarse la escopeta al hombro y echar a correr en la dirección que marcaba el animal. Si se trataba del zorro merodeador, por su vida que no volvería a asediar el gallinero de los Stuart nunca más.

Capítulo 2

El carruaje se detuvo, por mandato de su única pasajera, en lo alto de la colina. A cierta distancia allá abajo, Hylton asomaba espléndido en un marco incomparable: como si una mano divina lo hubiera pincelado dentro de una vastísima y ondulante acuarela cuajada de bosques y parches de campiña de diferentes tonos verdosos que poco o nada tendrían que envidiar a los lienzos de Richard Wilson.

Inclinada sobre la ventanilla abierta, con los aromas de la naturaleza acariciándole el rostro y la suave brisa vespertina meciendo los cortos caracolillos castaños que le enmarcaban la cara, Mary sonrió. Sonrió sin tapujos y con sinceridad, no con una sonrisa de cortesía, forzada o fingida, ni una mueca contenida que pretendiera disfrazar sus verdaderos sentimientos. Sonrió mostrando toda la blanca hilera de dientes hasta que los pómulos se elevaron y los ojos, velados por lágrimas de felicidad, se achicaron graciosamente. ¿Cuánto tiempo hacía que no se permitía sonreír así? "Años, Mary, por lo menos más de dos…".

Sus pensamientos volaron en el viento mientras la mirada prendida y prendada de la brillante acuarela se desplegaba en derredor. Había echado tanto de menos aquel lugar… En el sucio y agrisado Londres, congestionado por el olor del carbón mal quemado y por esa perpetua neblina turbia, baja y reptante que lo empañaba todo, había añorado tantísimo el olor de la tierra húmeda, el frescor del campo y el canto alegre de los pajarillos… tanto que en ese instante sentía el alma henchida de una felicidad capaz de llevarla a explotar de contento. Y había echado tanto de menos a sus hermanos…

Regresaba a Hylton. A Stuart Lodge, su hogar. Con Fred y Rodrick, sus amados hermanos, y con esos vecinos cercanos que la habían visto crecer y le profesaban un sincero afecto. Sincero, porque veían más allá del sayo imperfecto. Aunque regresar a casa suponía también volver a encontrarse con otras almas menos amables e incapaces de ver más allá.

La sonrisa luminosa que le había dibujado un amanecer en el óvalo del rostro se esfumó de golpe y las arrugas de expresión que le enmarcaban los labios resaltaron con ferocidad en la repentina expresión de desasosiego. Se encontraría con… las lilliotas…

De forma instintiva, las manos se le cerraron en puños sobre el regazo y un repentino calambrazo le tensó la columna vertebral y la forzó a retirarse un ápice de la ventanilla, como si con ese gesto se retirara también de pensamientos indeseados. Tragó seco y rasposo. “Oh, Lilly y compañía…”.

Aquel punto era el inconveniente principal de regresar a Hylton: verse en la necesidad de lidiar con el grupo de almas despiadadas que disfrutaban martirizando –con una gracia y un entusiasmo tales que parecían nacerles de lo más profundo de las entrañas– a todos aquellos que no pertenecieran a su selecto círculo de señoritas altas, rubias, perfectamente estilizadas y, en definitiva, apropiados e impecables escaparates de una buena familia. Y ella, desde luego, no componía la representación perfecta y bonita con que debiera engalanarse un apellido notable. En ese punto, no era tonta ni se permitía llamarse a equívocos. Con las manos todavía en puños sobre los pliegues de la falda y la columna rígida, Mary deslizó un suspiro a través de los labios entreabiertos. Bajo la liviana Spencer color índigo, los brazos se le vistieron de delatora piel de gallina.

Gracias a la correspondencia continuada con sus hermanos, quienes la habían mantenido debidamente al tanto de las novedades sociales acaecidas en Hylton durante su ausencia, sabía que todas las lilliotas se habían desposado, y aunque algunas se habían marchado del pueblo por matrimonio, al menos tres de ellas permanecían aún en Hylton.

Tal vez, a la vista del estrepitoso fracaso de Lilly Stanford después de casarse con su anhelado forastero, algunas de sus leales seguidoras habrían decidido bajar el listón matrimonial para desposarse con jóvenes del condado, cuyas arcas y reputación pudieran ser comprobadas de antemano, y se habrían negado por tanto a aspirar a forasteros de pasado desconocido y grandes rentas, que al final resultaran ser un fiasco, como sucedió con Travis Pemberton.

Las lilliotas se habían desposado, en efecto, pero el matrimonio no había amansado su mordacidad, estaba segura de ello. Tan solo habrían visto reducido su número, asunto que tal vez las volviera incluso más despóticas que al principio y las engalanara de un ostracismo formidable, pues esas tres restantes erigirían un muro imposible de franquear y se mostrarían más que dispuestas a abatir a cualquiera que osara siquiera acercarse. Totalmente impías.

Las mandíbulas se le cerraron como prensas, lo que le provocó un dolor moderado en ascenso hasta las sienes.

La única señorita que la había respetado en todo Hylton, la única que se

había molestado en intercambiar conversaciones esporádicas con ella, Sophia Somerton, se había casado también justo antes de su partida y había viajado de inmediato hacia Somerset para formar allí su propio hogar. Por lo tanto, no existía ni una sola joven en todo el pueblo con la que se sintiera motivada a mantener un trato cordial y continuado en el futuro. Tampoco existía ninguna que fuera a esforzarse siquiera en fomentar un trato así, lo sabía a ciencia cierta. Nunca la había habido, de hecho. Todas las muchachas de su edad se habían permitido ignorarla directamente. "Como si nunca hubieras existido, Mary…".

Por fortuna para Mary, el hecho de encontrarse en una edad inconveniente y poco apetecible, por contar ya veintidós años y continuar soltera, la eximía de socializar y asistir a lugares en los que sabía que no sería bien recibida. No andaba a la busca de un esposo, no era un pavo real que debiera exhibir las plumas de salón en salón, no aspiraba a nada más que a convertirse en una tía amorosa para sus sobrinos, llegado el momento. Hasta entonces, permanecería en la seguridad de su casa, lejos de aquellos que tan solo buscaban convertirla en deseable objeto de murmuraciones o, peor aún, que la miraban con la conmiseración inevitable de quienes observaban a una joven que podría resultar aceptable… de no contar con una tara.

Se alejó de forma definitiva de la ventanilla para replegarse al interior del carruaje y fundirse entre los claroscuros. Allí, con la mirada perdida en la oscuridad y el cuerpo rígido contra el asiento, ella misma pasó a ser tan solo una sombra entre sombras. "Te mantendrás a salvo, Mary, no tienes por qué exponerte. Eres una mujer adulta y libre de obligaciones. Todo estará bien…". Deslizó la mirada por el habitáculo sin detenerla en ningún punto concreto, ni en los asientos de cuero, ni en los paneles laterales tapizados ni en las livianas cortinas descorridas que permitían apreciar la leve claridad a través de las ventanillas… y suspiró en profundidad. "Todo estará bien…".

El reducido espacio vacío que conformaba el interior del carruaje era tal vez la alegoría perfecta de la que había sido toda su existencia y del que en adelante sería su futuro: soledad, silencio y claroscuros. Pero todo estaría bien. El silencio y la soledad eran lugares seguros y confortables.

A un toque de la joven en el techo del carruaje, el vehículo reanudó la marcha.

Capítulo 3

Lilly se esforzó en disimular otro bostezo tras la mano enguantada, mientras deslizaba una mirada indiferente, y formidablemente olímpica, sobre el dúo femenino desplegado en torno.

Una, ataviada de morado y azul violáceo, permanecía sentada a su lado y hablaba sin parar sobre los maravillosos avances de su primogénita. Parecía una infatigable cacatúa enganchada en su rama, mientras derramaba sus molestos cacareos por doquier y llenaba el aire de aspavientos que Lilly se veía obligada a evitar con tal de mantener a salvo la integridad de su perfil. La otra, engalanada de morado y rosa, sentada en un escabel a los pies de la anfitriona, escuchaba encantada los tontos apuntes de la primera, como una vieja beata que observa embelesada y casi en trance la imagen aparecida de su Dios.

¡Oh, qué hastío tan terrible sentía ella, sin embargo, en medio de aquellas dos majaderas! La escena podría perfectamente remontarla en su memoria a un instante cualquiera en la sala de los Stanford tan solo dos años antes, cuando en vez de tres eran cinco las muchachas allí congregadas y ella, sentada en su trono, era plenamente consciente de que en su vida solo existía espacio para la despreocupación, el colorido y la dicha.

En el presente, solo quedaban tres y esas tres se habían convertido en mujeres casadas y con hijos. Y aunque por supuesto seguía imperando en la vida de Lilly todo el colorido del mundo que cupiera en un mar de muselinas y encajes, sombreros, ridículos y guantes, ella se sentía terriblemente infeliz y atrapada en las facetas que le había tocado representar.

¡Qué horror! ¡Nadie la había prevenido de que el matrimonio y la maternidad iban a suponer para ella una auténtica prisión emocional y, desde luego, no el motivo de alegría que impulsaba a todas las solteras a desposarse cuanto antes! ¡Ay, al menos aquellas dos bobas que parloteaban a su lado poseían esposos acordes a sus tontas naturalezas! Esposos, por cierto, que hasta parecían encantados con ellas y que se mostraban perfectamente serviciales y entregados a su papel de amantísimos maridos. Esposos que siquiera mantenían la decencia de no agraviarlas públicamente una y otra vez…

Frunció el ceño y cerró las manos con disimulo. Aferró a puñados los elegantes pliegues de la falda azul celeste hasta formar un gurruño de tela bajo los guantes del mismo tono. Volvió el rostro hacia el lado opuesto, deslizando la mirada por todas partes y por ninguna en particular con tal de tratar de desviar tanta frustración acumulada en su interior. Y, por cierto, para tratar de ocultar también algunas lágrimas que ya oscilaban en el arco dorado de sus pestañas.

Ojalá no se hubiera obsesionado con el recién llegado Travis Pemberton.

Ojalá hubiera insistido un poquito más con el otro, con Masterson, o con…

Tragó seco.

William Somerton.

¡Oh, William había estado siempre allí y, de hecho, siempre había sido la opción idónea! ¿Cómo había podido ser tan necia?

Elevó la barbilla con altivez, mientras inhalaba profundo por la nariz y una sonrisa, fruto de la inminente ensoñación, se le apoderó de los labios a la vez que sus puños aflojaban el agarre de la muselina.

De haber elegido a William, a esas alturas ella sería la señora de una magna abadía y viviría entre grandes comodidades, muchísimas más de las que gozaba en el presente en Stanford Manor; celebraría una fiesta cada pocos días y vestiría a la última moda. Sí, no tendría el menor reparo en agilizar las arcas de Somerton Abbey para nutrir su guardarropa. Y lo más importante: su esposo sería el caballero más apuesto y el mejor vestido de todo el condado. La envidia de todas las mujeres, tanto solteras como casadas.

¡Ay, la abundante cabellera oscura de William la volvía loca! ¡Qué sueño enredar los dedos entre esos bucles negros! ¡Y qué decir de su sonrisa y de su mirada penetrante! ¡Qué hermoso rostro varonil el suyo y qué constante expresión de gravedad, con ese oscuro ceño fruncido y aquella mandíbula viril!

Travis se había echado a perder.

La sonrisa se le borró de golpe ante la imagen que repentinamente asomó para sustituir el apuesto esbozo de William Somerton.

El necio de Travis.

Los chalecos se veían desfigurados debido al imparable y grotesco empuje horizontal de su estómago, cada día mayor, hasta el punto de que aparecían a medio abrochar o llenos de lamparones. Las bolsas bajo los párpados eran considerables y oscuras; los ojos se mostraban día y noche inyectados en sangre. No hacía otra cosa más que comer y beber… y perseguir a cualquier falda andante, aunque se tratara de una falda de miserable hule y, bajo ella, aparecieran unas piernas sin medias de seda.

Hasta el buen gusto había perdido el muy cretino.

Por supuesto, ya no despertaba deseo en ella. En realidad, ni deseo ni ninguna otra emoción más allá de la indiferencia y el hastío; últimamente de hecho su simple contemplación, su presencia en el pensamiento o la mención en las conversaciones le provocaban en exclusiva repulsa y vergüenza. Por suerte apenas lo veía. Travis gastaba sus días en cualquier parte lejos de casa; seguramente borracho, resacoso o ejerciendo de semental ante la estúpida de turno con los arrojos suficientes para soportar encima el peso de su flácido cuerpo.

—¿Tú qué opinas, Lilly?

El requerimiento de una de aquellas tontas la apartó de los turbios pensamientos para traerla a una realidad que también resultaba tediosa. Así de deplorable se había vuelto su existencia.

—No estaba escuchando —espetó agria, sin molestarse siquiera en disimular indiferencia. Por supuesto, sus seguidoras, cada día más conscientes de la apatía de su líder, sonrieron con amable condescendencia.

—Decía que uno de nuestros mozos —continuó la que parecía llevar el peso de la conversación— vio llegar ayer un carruaje a Stuart Lodge. Uno modesto y sin ornamento, por supuesto; tan solo el mayoral iba subido en el pescante. ¿Puedes creer que ni las ruedas ni las portillas se habían lacado? ¡Y no había cortinillas tras los cristales!

—¡Qué vulgaridad! —comentó la otra.

—Nuestro mozo dijo que vio bajarse a una mujer sin la compañía de criados ni de carabina y sin apenas equipaje.

—¿Podrá tratarse de Mary Stuart? —inquirió ansiosa la lilliota que había reclamado la atención de Lilly segundos antes—. ¿Crees que es posible que Mary haya regresado a Hylton?

—Teniendo en cuenta su condición de solterona, no precisaría carabina ni gran asistencia, desde luego, y tampoco un gran bagaje, así que sería una explicación de lo más plausible. ¿Quién otra podría ser?

Lilly descendió la comisura de sus labios en una mueca desdeñosa para mirarlas con escepticismo.

—¿Después de tanto tiempo? —apuntó. ¿Cuánto hacía que aquella simplona se había ido de Hylton? Al menos dos años, creía recordar—. ¿Para qué iba a volver?

—En realidad, no sabemos por qué se fue en su momento, querida Lilly…

La lilliota que se sentaba a los pies de Lilly, vestida de morado y rosa y aovillada en el elegante escabel, empezó a juguetear coqueta con uno de sus dorados y larguísimos tirabuzones justo antes de esbozar en voz alta una teoría:

—Mi querido John y yo siempre creímos que la habían enviado lejos para casarla con algún viejo carente de gusto.

—¡Ja! Y de oído, desde luego —apuntó Lilly en un jadeo sarcástico que secundó poniendo los ojos en blanco.

Las lilliotas acompañaron las palabras de su anfitriona con risas que durante algunos segundos cascabelearon por la estancia, mientras Lilly, artífice de la ocurrencia, permanecía en cambio perfectamente seria e imbuida en sus propias tribulaciones. Sus pensamientos la motivaron a encajar la mandíbula y apretar fuerte hasta que los molares restallaron, lo que le confirió a su expresión un hieratismo severo.

—Hubiera sido su única posibilidad, pobrecita: casarse con un viejo desdentado y completamente sordo —rumió entre dientes.

Recordaba a Mary Stuart, al igual que recordaba a Sophia Somerton, en la actualidad Masterson, y a alguna que otra tonta más. La remembranza de todas ellas le caldeaba la sangre en las venas hasta elevarla a la condición de auténtico magma. No por nada en particular, o quizás simplemente por todo… Tal vez por el simple hecho de existir, que a sus ojos resultaba de por sí suficiente ofensa. Los dedos volvieron a cerrarse sobre la muselina, para aferrarla nuevamente a puñados.

—¡Oh, estas dichosas mosquitas muertas! —exclamó, sin ser consciente

de que aquellos eran en realidad pensamientos íntimos que huían sin permiso de sus labios—. ¡Cómo las detesto! Siempre arrinconadas en una esquina, ocultándose entre las sombras, con el único y engañoso propósito de revelarse como pobrecitas damas desvalidas… ¿Nadie se da cuenta de que no son lo que aparentan? ¿Nadie comprende que lo hacen con el propósito de engatusar al primer necio que pase por allí con aires de caballero andante? —Apretó los dientes y acentuó el ceño sombrío—. Y lo peor de todo es que acaban saliéndose con la suya.

Sus acompañantes se miraron, luego observaron a su líder ya en silencio y con notable curiosidad. Lilly hablaba a través de los dientes apretados, mientras la mirada se prendía en ninguna parte, posiblemente en recuerdos de escenas pasadas que solo alcanzaban a disgustarla.

—¿Crees que se tratará de eso, Lilly? —inquirió la que se sentaba a su lado, deseosa de alejar a Lilly de sus pensamientos y atraerla de nuevo a la conversación—. Tal vez Mary Stuart, efectivamente, se haya casado y, después de dos años, enviudó, puesto que su esposo solo podía ser un carcamal con un pie en la fosa.

—¡Claro, por eso regresa a casa con sus hermanos! —Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar para las leales lilliotas—. ¿Vio vuestro mozo si vestía enlutada?

Lilly chasqueó la lengua de forma audible, mientras observaba con expresión exterminadora a las tontas que la rodeaban.

—¡Por supuesto que no vestía enlutada! —graznó, irritada—. ¿Mary Stuart viuda? ¿Mary Stuart casada? ¡Ja! ¿A quién se le ocurre? ¿Qué sería lo próximo que nos quedaría por ver?

Aquella boba no se había casado. ¡Imposible! Ni siquiera con un viejo desahuciado, ni con un ciego, un sordo o un simplón como ella. Antes verían un cerdo sobrevolar los tejados de Hylton que a aquella boba desposada. Sus hermanos no hubieran dejado pasar la oportunidad de hacer correr el rumor por todo el pueblo. Al fin y al cabo, una hermana retrasada que arreglara su vida mediante el matrimonio no era algo de lo que se supiera todos los días. Y, por supuesto, no era asunto que pudiera silenciarse.

—Es cierto que, al menos de ese modo, la Stuart hubiera catado varón siquiera una vez en su vida —concedió. Las lilliotas ocultaron unas risitas tras la palma de las manos enguantadas—. Pero ni un viejo se hubiera fijado en ella, queridas, ¡por favor! Al pobre anciano infeliz le saldría más rentable y menos vergonzoso mantener una gallina que a una esposa como Mary;

siquiera a una gallina se le entenderían mejor los cacareos.

Las risas despiadadas llenaron la estancia, acompañadas a menudo de ciertos apuntes subidos de tono, que tan solo mujeres casadas se hubieran permitido compartir en voz alta. Lilly, no obstante, se limitó a torcer los labios en una mueca desairada y ladear el rostro en otra dirección, mientras su séquito continuaba alimentando la mecha que ella misma había prendido.

—¡Es verdad que parecía cacarear cada vez que abría la boca! ¿Lo recordáis? —Rio una.

—¡Cla-cla-claro que sí! —se burló la otra.

—¡Por fortuna no la abría demasiado! —apuntó la primera—. Total, se demoraría una hora tan solo para comentar el tiempo; era un auténtico fastidio tener que esperar a que completara media palabra.

Lilly suspiró. Aquella boba de Mary siempre la había incomodado y no solo por su desquiciante forma de hablar; todo en ella le producía repulsa y desazón: su aparente docilidad, su sencillez, su eterna expresión de indolencia y resignación, de no importarle nada en la vida… ¿Cómo podía no arrojarse bajo las ruedas de un carruaje sabiéndose tan… horrible y desastrosa? ¿Cómo podía permanecer tan tranquila en una reunión sabiendo que avergonzaba y hacía sentir incómodo a todo el mundo a causa de su deficiencia? ¿No se daba cuenta de que, al imponer su presencia, obligaba a los demás a dirigirse a ella y a soportar un amago de conversación que no llevaba a ninguna parte? ¡Oh, odiosa bobalicona!

Si aquella necia en verdad había regresado a Hylton, más le valía recluirse en su casa y no dejarse ver ni una sola vez, pues ella no pensaba mostrar la menor consideración ante su persona, por más inválida o apocada que se mostrara, y mucho menos tenía intención de compadecerse de ella. Jamás había soportado a las mosquitas muertas con alma de mártires.

Capítulo 4

El cielo, preñado de gruesas y plomizas nubes bajas, albergaba la promesa inminente de lluvia, que ya se podía sentir en el aire. La brisa fresca y vehemente sacudía las altas copas de los robles, deslizando entre el follaje clamoroso susurro, mientras mecía a su vez los arbustos y las hierbas altas del campo con una cadencia casi hipnótica.

No obstante, al menos dos caballeros habían encontrado propicia tal condición atmosférica para salir a cabalgar. Después de haber permitido a sus monturas la necesaria liberación de energía mediante brioso galope, en esos momentos avanzaban al paso el uno a la par del otro, disfrutando de la compañía, del entorno y del aire fresco de la mañana.

—Muchas gracias, amigo Somerton, por ayudarnos con ese molesto zorro merodeador. —Frederick Stuart se dirigió a su amigo formando imaginarias volutas en el aire con su sombrero durante la ejecución de una hilarante reverencia—. Nuestras gallinas te lo agradecen y, por extensión, también nuestros estómagos.

William cabeceó una sencilla cortesía mientras los labios se le elevaban en una sonrisa mal reprimida. Su postura sobre el caballo, pese a ser de relajo, resultaba impresionante dada su envergadura física y su innata dignidad. Ataviado con una casaca azul oscuro de solapa aterciopelada y sombrero de copa, el conjunto que ofrecía era el de un caballero de posición elevada e innegable nobleza.

—Exageras, Stuart, no ha sido para tanto.

—¿Eso crees? —exclamó Frederick concediendo una exagerada teatralidad a sus palabras y a sus gestos—. Te aseguro, amigo mío, que sería bastante trágico vernos en la necesidad de prescindir cada día de huevos frescos o de degustar el delicioso pollo asado que prepara nuestra cocinera por culpa del asedio de un zorro.

William jadeó una risotada ante las ocurrencias de su compañero.

—¡Líbreme Dios de consentir que mis queridos amigos se vieran privados de golpe de manjares tan sabrosos pudiendo yo hacer algo al respecto! —añadió, siguiendo el tono chancero del mayor de los Stuart—. Al

fin y al cabo, tanto mis perros como yo mismo nos encontrábamos bastante ociosos esa mañana y sabes bien que aventurarme por los bosques es una costumbre que me agrada especialmente.

—Respecto a eso… lamento no haber podido acompañarte, como estaba previsto —admitió Frederick—, pero mi hermana regresaba a casa y quería encontrarme presente en el momento de su llegada.

—No me debes ninguna explicación; se trata de tu hermana y es lo propio.

William no dijo más, consciente de que tampoco Frederick parecía querer profundizar en el tema. En realidad, sus palabras eran ciertas: Frederick no le debía ningún alegato; teniendo en cuenta su nobleza de carácter lo raro hubiera sido que el mayor de los Stuart mantuviera el plan en lugar de recibir a su hermana como era menester.

Durante un rato continuaron en silencio. Tan solo los cascos de los caballos se escuchaban resonar con liviana sonoridad sobre la mullida alfombra verde que vestía el paisaje, así como también podía percibirse el canto de los pajarillos en la espesura y el susurro del viento entre el follaje. Calma, apacibilidad y un entorno perfecto. La vida en Hylton en un día como otro cualquiera.

—Ven esta tarde a casa a tomar el té —propuso de pronto Frederick, dejando a un lado la comicidad de minutos antes—. La cocinera ha preparado bizcochitos esponjosos en tu honor.

William arqueó ambas cejas.

—¿Hablas en serio? ¿Los famosos *sponge cakes* de la señora Mildred?

Frederick elevó la diestra para simbolizar un juramento, mientras sostenía las riendas con la mano izquierda.

—Te lo prometo —afirmó solemne—. William Hood de los bosques, te llama. Creo que ya te has convertido en un héroe nacional, amigo mío, tu leyenda sobrevivirá generaciones.

William meneó la cabeza, mientras una gran carcajada le sacudía los hombros, y todo el cuerpo, sobre la montura.

—Estás loco, Stuart —apuntó en medio de la risa.

—Es posible, pero te garantizo que el nombre de William Somerton

mantendrá peso entre la descendencia de los Stuart como el valeroso salvador del corral de la familia. —Como William continuaba rendido a la hilaridad, Frederick apuntó—: Y de todos es sabido que nuestros *sponge cakes* son los mejores del condado, así que no deberías ignorar la invitación.

* * *

Conforme se acercaba a Stuart Lodge, la suave melodía le llegó a los oídos y alcanzó su entendimiento con la certeza de una flecha que es lanzada y se inserta justo en el blanco de la diana. Durante algunos segundos, se permitió detenerse en el atrio de grava para escuchar los lánguidos acordes de piano que una mano experimentada arrancaba a la vieja espineta de la familia. Cerró los ojos un instante, ladeó el rostro y se concedió inhalar profundo aquellas notas que se le adentraron en el alma con ligereza y rotundidad. Podría haber continuado allí parado como un pasmarote toda una eternidad escuchando lo que le pareció una melodía celestial, de no ser porque los Stuart lo estaban esperando para tomar el té y resultaría una gran descortesía hacerlos esperar.

La doncella lo convidó a entrar nada más hizo sonar una única vez la aldaba de la puerta principal. No se atrevió de ningún modo a hacerla sonar más tiempo, pues no deseaba perturbar con el metálico y grotesco impacto de la anilla los dulces acordes que fluían en la atmósfera. Sería un auténtico sacrilegio. Mientras cruzaba el vestíbulo precedido por la diligente mujer, la música continuaba llenándolo todo, resonando entre las paredes de la vivienda y deslizándose por cada estancia a través de las puertas entreabiertas como suave caricia de brisa. Resultaba para William un auténtico deleite avanzar abrazado por el halo mágico y sinuoso de una melodía que conocía, pero a la que jamás hasta entonces había atribuido semejante ternura y sentimiento. Desde luego, tampoco habría prestado la menor atención de haberla escuchado durante el transcurso de algún baile. Se notaba que la mano que la hacía brotar derramaba una sensibilidad especial y, por eso, temía incluso perturbar el eco con el sonido que producían sus pasos sobre el suelo de madera.

Y entonces, antes de alcanzar el salón, se elevó por vez primera sobre la música la parte vocal de la composición. El corazón de William, sacudido por una conmovedora emotividad que desconocía poseer, empezó a bombear con fuerza bajo la carcasa de su pecho. Una voz vibrante, armoniosa y nítida como una cascada en primavera daba forma a la maravillosa *Weep you no more sad*

fountains, y estuvo seguro William de no haber escuchado jamás una interpretación más sentida ni más emotiva que la que escuchaba en aquellos momentos en Stuart Lodge.

Temeroso de interrumpir al vibrante pájaro cantor, rogó con un gesto a la doncella que no anunciara su llegada, por lo que continuó en solitario hasta posicionarse bajo el umbral de la sala de la que manaba la dulce voz del ángel. Se quitó el sombrero, vivamente impresionado, para permanecer de pie y en silencio observando a la joven que se sentaba frente al instrumento, al fondo de la estancia, mientras se mecía con gran concentración siguiendo los compases de la música. De espaldas a él e ignorantes también de su presencia, se encontraban los hermanos Stuart, que observaban a la muchacha con silenciosa admiración.

Ataviada con un discreto vestido de muselina *beige* salpicado de diminutos lunares verdes, escote cruzado y manga abullonada, la intérprete imitaba la apariencia de un ángel… y no solo por su voz. El cabello castaño, recogido sin aderezos en un rodete alto sobre la coronilla, apretado y sencillo, dejaba al descubierto un cuello largo y un rostro ovalado perfecto. La nariz respingona, la boca diminuta, los párpados entornados…

William tragó seco.

¿Quién era aquel ángel y en qué cielo había permanecido oculto hasta entonces?

Recordaba a Mary Stuart vagamente, pues siempre había sido una joven que no se había molestado en sociabilizar o dejarse ver; y de hecho puede que aquella fuera incluso la primera ocasión en la que pudo permitirse observarla durante largo rato y a placer.

Y, desde luego… era un gran placer observarla.

Aspiró una gran bocanada de aire y la retuvo durante eternos segundos en los pulmones. Aquel caudal de voz claro, potente y continuado le removió las entrañas como se remueve un grupo de algas flotantes arremolinado sobre la superficie del agua al ser traspasado por un bote en plena singladura.

Con el ceño fruncido a causa del desconcierto y la mirada prendida en la muchacha, haciendo rodar de forma refleja entre las manos el ala del sombrero, William empezó a lanzar preguntas a su subconsciente del mismo modo que brota el agua de un surtidor: de forma imparable y sin mesura.

¿Acaso se había vuelto loco y le fallaba la memoria o no se sabía en todo

el condado que Mary Stuart era tartamuda? ¿Sus oídos lo engañaban entonces? Por fuerza había de ser así. ¿O acaso había escuchado alguna vez una voz más clara y ligera que la que brotaba del alma de aquella muchacha? ¿Alguna vez otra voz había sonado tan deliciosa a sus oídos como el caudal sonoro que deslizaban los labios de la señorita Stuart?

La respuesta retumbaba clara en su mente: no.

Jamás.

Debía haber perdido la razón o acaso sus oídos mentían como bellacos.

La interpretación finalizó y Mary, que había permanecido en trance durante todo aquel tiempo, elevó la mirada por vez primera. Al descubrir al inesperado espectador bajo el umbral, dio un respingo y un jadeo ahogado huyó de sus labios. Sus hermanos, que siguieron la dirección de su mirada, descubrieron también la figura de William Somerton inmóvil bajo el umbral y lo recibieron de inmediato con gran regocijo.

—¡Somerton, no te quedes en la puerta, hombre!

Con un gesto de la mano, Frederick lo invitó a adentrarse en la estancia para acompañarlos. William cruzó la sala en dos amplias zancadas para situarse a su lado.

—Tal vez recuerdes a nuestra hermana Mary. —Se dirigió a la joven—: Mary, te presento a nuestro gran amigo y vecino William Somerton.

La joven, que ya se había incorporado del asiento, permanecía con las manos enlazadas frente al talle y la cabeza inclinada. Dos espléndidas rosas escarchaban sus mejillas. Conocía a William Somerton. ¿Cómo no hacerlo? Toda su vida lo había admirado a distancia y desde las sombras, como debía ser en su caso. Toda su vida lo había tomado por un ser inalcanzable, paradigma de perfección, un auténtico caballero como solo los héroes de las novelas artúricas podrían serlo.

Rápidamente, ejecutó una reverencia al recién llegado, que él correspondió con una correcta y firme cabezada. Sus miradas no se cruzaron ni medio segundo, asumió William que en aras de la vergüenza que la muchacha experimentaba en esos momentos tras haber sido sorprendida en plena ejecución musical. ¡Pero por su vida que no debería avergonzarse, cuando ni siquiera un ser celestial hubiera ejecutado con idéntica destreza cualquier otra composición más simple!

—Señorita Stuart, es un auténtico placer.

William no podía apartar la mirada de la figura rígida de la joven, tan grande era la conmoción con la que, segundos antes, tanto ella como su magia habían sacudido todo su ser. Consciente de que William Somerton se había dirigido a ella, Mary tragó seco una, dos y hasta tres veces. Sin elevar la mirada del suelo y sintiéndose completamente resignada a su infortunio –que lo era, desde luego–, con el ceño fruncido y el corazón en un puño, tomó aire y se forzó a responder.

—Se-señor So-Somer-Somerton…

William quedó de inmediato tan helado como los casquetes polares del norte. ¿Cómo era posible? ¡Si apenas segundos antes la había escuchado declamar con una pulcritud maravillosa! Su desconcierto duró apenas media fracción de segundo, lo que duraría un parpadeo tal vez o el envío urgente de saliva para aligerar nudos en el gaznate. Tras el breve extravío, fue capaz de recomponerse a tiempo y cuadrarse para tratar de alejar la confusa imagen de perplejidad que, sin pretenderlo, acababa de ofrecer.

Mary, que para su desgracia se había permitido elevar la mirada del suelo para dirigirla al caballero, fue consciente del momento exacto en el que Somerton mostraba un claro retrato de desconcierto. La misma expresión que había visto mil veces a lo largo de su vida. La sangre se le fue del rostro y un agujero del tamaño de un penique, pero que amenazaba con crecer a ritmo urgente, se le formó en el centro del pecho, le aplastó los pulmones y su capacidad de respirar.

Él había enmudecido tras escucharla hablar.

El agujero del pecho había alcanzado ya el tamaño de un puño y le aplastaba el corazón.

¿Y cómo no había de enmudecer? ¡Por fuerza había de ser así!

Ella era como una muñeca de cuerda a la que la cuerda se le trababa una y otra vez… y a nadie le gustaba un juguete estropeado. Nadie disponía de la paciencia necesaria para soportar un traqueteo tan desesperante.

William Somerton debía de sentirse avergonzado, incómodo, horrorizado… o, posiblemente, todo a la vez. Quizá, incluso, teniendo en cuenta ese buen corazón del que tanto hablaban sus hermanos, experimentaba una inmediata compasión hacia ella, lo cual todavía era peor.

¡Cielos, no deseaba la compasión de aquel caballero! ¡No deseaba miradas condescendientes ni sonrisas forzadas!

Las manos enlazadas frente al talle se ajustaron hasta que los nudillos se tornaron blancos. Tragó seco de nuevo, tratando de desplazar hacia el fondo de su ser la bola que ya se le había formado en la garganta. El agujero del pecho… ¡Oh, el agujero del pecho era ya tan grande que alcanzaba la garganta!

No debió hablar.

No debió hacerlo.

Bastaba con una reverencia de cortesía.

Pero él se había dirigido a ella directamente y hubiera resultado muy descortés de su parte no responder del mismo modo.

Pero no debió hablar.

Se hubiera ahorrado a sí misma la vergüenza… y a él, la decepción.

Debería haber permanecido en silencio y mostrarse descortés; sí, mejor descortés que incapacitada. De ese modo, tan solo pensaría que era una señorita incorrecta en lugar de lo que fuera que en esos momentos estuviera pensando acerca de ella.

"¡Incapacitada, boba y pobrecita tartaja!", eso debía de estar pensando.

Inclinó la cabeza para perder la mirada, sombreada por un notable ceño de confusión y bochorno, en la puntera redondeada de sus zapatos rasos y estaba más que dispuesta a no apartarla de allí jamás. O al menos a no volver a abrir la boca en toda la tarde si no era estrictamente necesario. Algo que debió haber hecho desde un principio.

—Siéntate, amigo, te estábamos esperando. —Frederick rompió el repentino velo de silencio descendido de pronto sobre los presentes—. El té está listo para ser servido y los bizcochitos, todavía calientes.

Tras una última y prolongada mirada a la joven, que sin duda parecía terriblemente incómoda en ese instante, William aceptó ocupar un asiento en la butaca de tres plazas ubicada frente a la mesita donde permanecían dispuestos el servicio de té y los pastelitos.

Mary, en perfecto silencio y sigilosa como un ratoncito, se sentó en una

silla cercana para dedicarse a servir con diligencia a los presentes. Efectivamente, la joven no volvió a abrir la boca en lo que restó de tarde, ni siquiera para regalar a los caballeros allí reunidos el esbozo de media sonrisa o lanzar al aire un suspiro.

Tuvo, por tanto, que conformarse William con la conversación que le ofrecieron los hermanos Stuart, de la que participó gustoso. También hubo de contentarse con las miradas furtivas que de cuando en vez no pudo evitar dirigir a la joven que, sumida en un impenetrable halo de discreción y silencio, permaneció perfectamente entregada a la tarea de degustar el té y extraviar la mirada –que ni una sola vez levantó– en el intrincado trenzado de la alfombra.

Capítulo 5

Aquella noche, mientras esperaba en la alcoba la llegada del valet para que lo ayudara a desvestirse, William se forzó en acercar a su memoria cualquier recuerdo pasado de Mary Stuart. Y de hecho en aquel instante, parado frente al espejo de cuerpo entero, se encontraba tan perfectamente obcecado en su empeño evocador que un ligero dolor de cabeza empezaba a germinar en las sienes y sobre la frente, y amenazaba con perdurar toda la noche.

Y aceptaría el tormento como merecida penitencia ante su estupidez.

¿Cómo demonios había podido compartir vecindario durante toda su vida con la familia Stuart y no guardar apenas memoria de una joven a la que debía de aventajarle apenas… cuánto? No más de diez años, desde luego.

¿Cómo había podido pasar por alto, hasta el punto de ignorar por completo, a un ángel como aquel? ¿En qué momento podía declararse a sí mismo rematadamente ciego, o necio… o imbécil?

En su descargo, reconocía que sí la recordaba de algunos bailes y reuniones, de cenas comunitarias y domingos en la iglesia; pero apenas y con pereza, perfectamente escoltada por sus hermanos y siempre al sesgo, camuflada entre los claroscuros, como una sombra fugaz o como ese rayo de luna que se filtra sutil a través de los cortinajes sin apenas consentir en ser observado.

Jamás la había visto bailar ni formar parte de ningún corrillo conversador.

Se aflojó el nudo del *cravat* para dejar caer después la cabeza hacia atrás, la nuca apoyada entre los hombros. En esa posición, con la mirada fija en los elevados artesones del techo, hizo rodar la cabeza a un lado y al otro con el fin de destensar los músculos. Tras el ligero alivio muscular, se cuadró de nuevo. Mientras se desprendía lentamente de los botones del puño de la camisa, miró a los ojos al caballero que se reflejaba en la superficie espejada.

—¿Por qué tú nunca la has invitado a bailar?

El hombre del espejo le devolvió una mirada intensa plagada de

interrogantes a modo de estúpida justificación. Pero no había justificación. No la encontraba al menos en esos momentos.

Mary Stuart era bonita, derramaba dulzura y sensibilidad… ¿Por qué nunca antes se había fijado en ella? Un baile, siquiera un baile... Meneó la cabeza, enojado consigo mismo.

Él no era un consumado bailarín y desde luego no bailaba si podía dedicarse a otra cosa, pero fue consciente en más de una ocasión de la presencia de la joven Stuart en un aparte, confundida entre las sombras y observando en perpetua espera a quienes no le dedicaban ni medio segundo de atención, y jamás hizo nada por remediarlo. ¿No se daba cuenta de que había hecho con la señorita Stuart lo mismo que tantos otros caballeros con su hermana Sophia?

—Debiste prestarle atención. Invitarla a bailar, ofrecerle conversación. Era lo menos que podrías haber hecho —habló con dureza al hombre del espejo, entonces con aspecto derrotado—. Has sido un completo idiota, William Somerton, y lo sabes.

El sonido de un ligero toque en la puerta borró de un manotazo todos aquellos pensamientos que se le atropellaban en la cabeza.

—¿Señor…?

La voz del valet del otro lado acaparó su atención y, por un momento, liberó su espíritu de la mortificación y el terrible sentimiento de culpa que lo embargaba.

—Adelante, Taylor.

* * *

La habitación se encontraba en penumbra. La única luz procedía de una pequeña palmatoria situada sobre el tocador, cuya llama derramaba liviana y fluctuante luminosidad en la alcoba.

Mary se ataviaba con ligera camisa de dormir, sentada frente al coqueto mueble de palisandro. En la diestra, sostenía todavía el cepillo con el que acababa de alisar la larga melena castaña, entonces trenzada con indolencia hacia un lado, mientras sobre la palma de la mano izquierda, adaptada como

práctico sostén, reposaba la barbilla.

La mirada permanecía perdida en la imagen que le devolvía el espejo; los labios se apretaban en un mohín de contrariedad y los pensamientos parecían una bandada de pájaros encerrada por fuerza en una jaula demasiado pequeña para albergar semejante cuantía.

No podía alejar de la mente la aplastante sensación de ridículo que pesaba sobre su alma desde esa misma tarde. ¡Cielo Santo, ojalá la tierra se hubiera abierto entonces bajo sus pies para tragársela entera, para evitar la humillación!

Exhaló profundo entre los dedos mientras los colores de la vergüenza le escarchaban las mejillas. No se trataba de que no hubiera experimentado antes una sensación similar; de hecho recordaba haber pasado por trances semejantes en diversas ocasiones, demasiadas en realidad, como cuando algún caballero despistado se había acercado a ella para solicitarle un baile, o tal vez para tratar de mostrarse amable dando inicio a una conversación que terminaba siempre más pronto que tarde.

No, no se trataba de eso.

Todo esto lo había sufrido ya y había aprendido a sobrellevarlo de peor o mejor manera, del mismo modo que se obligó a sobrellevar las expresiones de espanto de dichos caballeros, o a presenciar cómo retrocedían, a menudo entre torpes tropiezos y aún peores excusas, al percatarse de sus dificultades expresivas. Reculaban como animalillos asustados ante una trampa mortal: ella.

De un modo similar, la experiencia y la cotidianidad la habían obligado a asumir y soportar las risas de las otras jóvenes tras ser conscientes del bochorno sufrido por la pobre y boba señorita Stuart, aquella capaz de espantar a cualquier incauto caballero por el simple hecho de abrir la boca.

Pero esa tarde había sido distinto porque… se trataba de William Somerton. ¡Cielo Santo! No de cualquier caballero. Y estaba segura de no estar preparada, ni de estarlo jamás, para asumir la decepción o el horror en la mirada de William Somerton.

¡Dios, no lo estaba!

Las verdes pupilas se movieron del espejo a la llama danzarina de la palmatoria para prenderse en ella y seguir con fijeza su obstinado baile.

—Te has lu-lucido, Mary. A es-estas alt-alturas ya nun-nunca más se acerc-acercará a ti. —Suspiró profundo—. Huirá de-de ti co-como de la pest-peste. Y será jus-justo.

Sin variar la pose, con la barbilla todavía descansando sobre la peana que formaba su mano doblada, ahuecó los labios y, de un firme soplido, dejó la estancia sumida en la oscuridad.

Capítulo 6

William se liberó del sombrero para depositarlo en el hueco entre sus piernas, acto seguido, se mesó el cabello con impaciencia y resopló en voz alta.

Hacía un buen rato que cierto asunto le daba vueltas sin parar en la cabeza; en realidad, no había dejado de darle vueltas desde la tarde anterior. Aquel momento, con el compañero que tenía al lado y hallándose ambos en la privacidad que concedía la campiña, era sin duda el más apropiado para dar alas a sus pensamientos y liberarse de la carga que caía con fuerza sobre sus hombros.

Con un movimiento firme tiró de las riendas, obligando a su montura a detener el paso acometido desde el inicio del paseo.

—Frederick, me gustaría comentarte algo.

El jinete que montaba a su lado se detuvo al momento, sorprendido por la gravedad que Somerton confería de pronto a su tono.

—¿Qué te preocupa, amigo?

William se humedeció los labios y exhaló despacio. "¿Qué me preocupa? La culpa, la culpa que me tortura, o la consciencia de mi estupidez".

—Me temo que ayer la señorita Stuart se sintió incómoda por mi culpa —dijo—. Y considero terrible que mi presencia la obligara a sentirse disgustada e incómoda en su propia casa.

Frederick arqueó ambas cejas, en verdad sorprendido por tales palabras. Se quitó también el sombrero para rascarse el cogote con la mano con que aún lo sostenía.

—Es muy considerado de tu parte, Somerton, pero no se trata de ti en modo alguno. Tú siempre serás bien recibido en nuestro hogar y Mary te respeta profundamente, es solo que… —Al percatarse de la expresión interrogante de su acompañante, Frederick Stuart se apresuró a aclarar tras un prolongado suspiro—: Mi hermana sufre mucho a causa de su defecto en el

habla; de eso no me cabe la menor duda, por más que ella trate en todo momento de silenciar sus pesares. Y, conociéndola como la conozco, sé perfectamente que jamás exteriorizará su malestar o dejará constancia siquiera de que pesar alguno exista.

William sostuvo con largueza la mirada de su buen amigo. En efecto, había sido consciente del titubeo de la joven al dirigirse a él, había percibido el modo en el que aquellas sílabas se enredaban como leves jirones de bruma entre las ramas de los árboles al amanecer, aunque segundos antes no había apreciado ni rastro de semejante cadencia vocal mientras la joven entonaba aquella hermosa canción. Había sido una pequeña conmoción para él, sin duda, pero nunca nada tan relevante como para motivarlo a distanciarse o a mirarla a través de otros ojos distintos.

—Sé de lo que hablas —afirmó—. Mi hermana Sophia sufría la tortura constante de Lilly y su funesta camarilla; no obstante, jamás compartió conmigo sus aflicciones. Siempre se mostró como una jovencita fuerte e independiente, conducta que me llevó a admirarla aún más.

—Así Mary —confió Frederick—. Jamás ha mostrado tristeza o dolor ante su situación, ni siquiera ante la forzosa soledad a la que la obliga la indiferencia del resto. —William encajó la mandíbula, consciente de haber formado parte de ese resto—. ¿Puedo confiarte algo, amigo?

William parpadeó para devolverse al presente, perfectamente derecho sobre su silla.

—Por descontado.

Frederick se tomó unos segundos, tal vez para escoger con acierto las siguientes palabras. El tema resultaba bastante sensible para él, para toda la familia Stuart en realidad, aunque William Somerton no era un cualquiera ajeno a todos ellos; William Somerton era un amigo de verdad. Uno de los buenos.

—¿Sabes por qué nuestra hermana permaneció lejos de Hylton durante estos dos años?

William no respondió. Había escuchado rumores, por supuesto, y todos malintencionados, fruto de lenguas viperinas y comadres aburridas, algunos por demás bastante ridículos e inauditos: casamiento de conveniencia, embarazo vergonzoso… Los más hirientes procedían de la perfidia incontrolable de las lilliotas y, por tanto, no tenían cabida a su juicio, como no deberían tenerlo tampoco en el de nadie con al menos dos dedos de frente.

A la vista de que Somerton no respondía, temiendo tal vez que hubiera sacado ya conclusiones erradas basadas en ciertos rumores que sabía que pululaban por el pueblo, Frederick continuó con su explicación.

—La enviamos a Londres para tratar de ayudarla —afirmó con cautela, procurando interpretar la expresión hierática de su amigo—. Conocemos a un doctor afecto de la familia que investiga en profundidad acerca de las dificultades del habla. Él mismo cuenta con varios casos entre sus allegados y, por iniciativa propia, motivado por un empeño personal que sus colegas jamás se han molestado en sustentar, hace tiempo que se dedica a investigar estos temas para tratar de buscarles solución.

William escuchaba atentamente, calibrando la información recibida. Su mirada permanecía fija en todo momento en el mayor de los Stuart, mientras su conciencia volaba hasta la última imagen de Mary que retenía en la memoria y que obedecía apenas a menos de veinticuatro horas antes.

—Todo el mundo sabe que la mayoría de quienes padecen este tipo de imperfecciones acaban sus días recluidos en sanatorios mentales y que son tratados de retrasados o locos por el resto de la humanidad, por sus familias incluso, en lugar de ser consideradas personas normales aquejadas de dificultades concretas.

William se removió sobre la silla. En esos momentos no daba crédito a lo que escuchaba y esa desazón que le roía las entrañas empezaba a exteriorizarse. El ceño fruncido, el nervio vivo que le impedía permanecer inmóvil sobre la silla, la mandíbula apretada y la expresión de indignación que imperaba en su rostro daban buena fe de ello.

—No creo que la señorita Stuart sea ninguna de esas dos cosas —desaprobó muy serio. ¿Loca? ¿Retrasada? Por el amor de Dios, ¿acaso quien así la considerara se había tomado la molestia de escucharla tocar? ¿O de observar su gesto apacible y su sonrisa dulce?

Frederick estiró los labios en una sonrisa agradecida. No esperaba una reacción diferente de William Somerton, uno de los caballeros más nobles y leales que había conocido en sus más de tres décadas de vida.

—No, no lo es en absoluto. Mary es una muchacha muy especial —sentenció con una exhalación lenta y prolongada—. Ojalá el resto lo tuviera tan claro, amigo mío.

El caballo de William cabeceó inquieto, muy posiblemente contagiado de los ánimos repentinamente turbios de su jinete. Tirando de las riendas con

firmeza, William no tuvo problemas para dominarlo y obligarlo a permanecer en el sitio, aunque el animal no dejara de patear el suelo y piafar con sonoridad. Un modo como otro cualquiera de liberar tanta energía bruta reprimida.

—¿Lo tenéis vosotros?

Frederick se humedeció los labios, sustentando en todo momento la mirada de su amigo.

—Por supuesto.

—Es lo único que importa —decretó William con gravedad—. Lo que opine el resto carece de importancia, especialmente cuando la opinión procede de matronas aburridas o de señoritas prejuiciosas con el alma vacía y un grueso sayo de vanidad sobre los hombros. Lo único necesario es que la señorita Stuart sea lo suficientemente fuerte y serena para lidiar con ello.

Frederick cabeceó su gratitud.

—Gracias por comprenderlo así.

—Es el único modo de comprenderlo. Por lo que he podido comprobar, la señorita Stuart no tiene nada de enferma, mucho menos de demente o inválida. Quien diga lo contrario se merece que lo cuelguen de los pulgares.

Frederick esbozó una sonrisa otorgante y continuó con su descargo.

—Hubo un tiempo, cuando Mary dejó atrás la tierna infancia, en el que un médico de Devon aconsejó a nuestro padre enviarla a un sanatorio. —William alzó ambas cejas, sorprendido—. Incluso nos recomendó uno en concreto en Londres, el hospital de Bethlem. Dijo que su anomalía no tenía cura y que jamás podría llevar una vida normal, aseguró que mantenerla a buen recaudo en un centro especializado sería lo mejor para todos, especialmente para ella misma.

William cerró puños con fuerza sobre las riendas. Tan solo el hecho de que vistiera guantes de cuero ocultó los nudillos blancos y los tendones tensos como cuerdas.

—¿Por supuesto tu padre tuvo el buen juicio de no prestar oídos a semejante patraña?

No era una pregunta real, aunque la mirada profunda e inquisitiva de William esperara con ansia recibir una afirmación como única y aceptable

respuesta.

—¡Por supuesto que no! —Frederick, que hasta el momento había mantenido una expresión contrita, no pudo evitar esbozar una sonrisa traviesa para adornar sus siguientes palabras—. De hecho, poco faltó para que el galeno abandonara nuestra casa con un par de perdigones en sus asentaderas. Nosotros éramos jóvenes todavía, pero perseguimos al doctor y a su caballo más allá de la colina, hasta que los perdimos de vista. Creo que, si lo hubiéramos alcanzado, bien lo podríamos haber reventado a patadas.

William no se sintió capaz de seguirle la chanza, tan grande era su rabia en aquellos momentos.

—Y sería justo. Patearlo o cerrarle la boca de un puñetazo. Me parece que la suya era una solución totalmente inaceptable —atinó a decir.

Había oído hablar de aquel psiquiátrico, nada bueno en realidad, y lo indignaba imaginar a una joven de la sensibilidad y el talento de Mary Stuart encerrada de por vida entre cuatro miserables paredes tan solo por ser incapaz de expresarse con claridad.

—Era inaceptable, Somerton —corroboró Frederick—. Y te aseguro que, mientras me reste un hálito de vida, jamás consentiré que mi hermana se vea relegada como un mueble inservible.

—No deberías hacerlo, desde luego.

William encajó la mandíbula y apretó hasta que los molares restallaron y una sensación de severa opresión le abrazó las sienes.

Una consigna similar era la que había imperado en su determinación mientras Sophia permaneció en Somerton Abbey bajo su cuidado. Entendía perfectamente a Frederick en su papel de hermano mayor; teniendo en cuenta que Sophia y Mary eran tan similares en demasiados aspectos, comprendía su celo y la meticulosidad que concedía a todo lo relativo al porvenir de Mary. Frederick Stuart era un hombre digno y cabal. En lo personal y tras la brevísima aproximación del día anterior, estaba convencido de que tampoco la señorita Stuart se merecía menor consideración.

Con un chasquido de lengua, Frederick instó a su caballo a reanudar el paseo y de ese modo daba también a entender que la conversación, en lo concerniente a ese tema concreto, había finalizado.

Durante algunos segundos, William observó el mutis de su compañero,

perdida la mirada en la masculina espalda ataviada con casaca verde de montar, mientras toda la información recibida iba acomodándose poco a poco en su sesera, del mismo modo que se acomodan los muebles recién llegados en una casa nueva. “Demencia, sanatorio, incapacitada para llevar una vida normal, encerrada de por vida, mueble inservible…”.

Cuando consideró que ya había quedado suficientemente rezagado y que los demonios que le susurraban en los oídos se habían entretenido demasiado, animó a su caballo a imitar al lozano mustang que lo precedía.

Durante bastante tiempo, ambos jinetes acataron el aire natural de sus monturas, disfrutando del sosiego del paseo y de la apacibilidad del entorno. Tras el momento de distensión, en el que ambos se dejaron imbuir por sus propias cavilaciones, Frederick reanudó la charla con nueva gracia.

—¿Te veré en el baile de primavera de los Grisom?

William jadeó, y su jadeo no conllevaba sorpresa, sino un sincero fastidio. Aunque sin duda agradeció el cambio de tema.

—¡Oh, cielos, el baile de los Grisom! —Bufó—. Lo había olvidado por completo.

Frederick estalló en una escandalosa carcajada mientras meneaba la cabeza.

—¡No puede ser en serio! —Resopló, ahogado por la risa—. ¿Un caballero soltero olvidándose del primer baile de la temporada? Me decepciona, señor Somerton, ¿cómo piensa usted encontrar esposa si se olvida de asistir a eventos propicios para tal fin?

William esbozó una sonrisa torcida y apretada.

—Bueno, no ando precisamente a la busca de una, mi querido Frederick, usted debería saberlo —apuntó.

—Pues me parece un descuido terrible de su parte, mi querido William —señaló, imitando el tono incisivo de su amigo—, teniendo en cuenta que casi todas las damas solteras del condado suspiran por el señor de Somerton Abbey.

William resopló por la nariz.

—Por fortuna para ti, no todas —señaló con astucia—. Cierta señorita del condado parece solo tener ojos para un tal Frederick Stuart…

Escoltados por las carcajadas del mayor de los Stuart, que se deslizaban en la atmósfera a su alrededor como sutil e hilarante legión aérea, ambos caballeros continuaron el paseo, abandonando esta vez el aire lento y natural para conceder a sus monturas el brioso galope que pretendían.

Capítulo 7

Aunque William Somerton adoleciera de un exceso de extravío en lo concerniente a determinados eventos sociales, estaba claro que el resto de habitantes de Hylton tenía bien presente el baile de primavera de los Grisom. Aquella noche, todo el vecindario se encontraba congregado en la vivienda familiar.

Los corrillos de comadres se arremolinaban junto a los ventanales o en torno a las dos chimeneas bien nutridas, que dispensaban temperatura y luminosidad a la estancia. En cualquier caso, estas damas de lengua ligera y mirada perspicaz se habían posicionado de forma estratégica para poseer una generosa visión del comedor, dispuesto ese día como idóneo y amplio salón de baile. Eventos como el presente se convertían en motivo predilecto de reunión para estas damas que, aburridas con su propia existencia, se encargaban con gusto de adornar la de los demás, a menudo a base de exageraciones y fábulas.

Algunos caballeros permanecían al pie de la pista de baile escoltando a sus esposas o prometidas, mientras estas se tomaban un descanso y algún refrigerio antes de reanudar la danza. Otros sencillamente se habían agrupado para beber y conversar acerca de política, caza o carruajes, tal vez también para observar con cierta libertad a las damas que bailaban en medio del salón. En este último caso, las risas socarronas y los chascarrillos subidos de tono flotaban a su alrededor, al alcance de cualquier oído receptivo que pasara cerca.

Se veía alguna que otra reluciente casaca escarlata, muchas levitas largas de terciopelo y cantidades ingentes de gasa y muselina deslizarse con sutileza sobre el pulido suelo de madera, mientras un refinado grupo de cuerda ubicado en una cabecera de la sala, al amparo de dos grandes columnas ornadas con flores, amenizaba la velada.

William era uno de aquellos caballeros que, de pie en un lateral de la estancia, permanecía en solitario, pues no existía prometida ni esposa a la que escoltar. Sin embargo, no sucedía esto por falta de candidatas, ya que las miradas anhelantes y los suspiros dramáticos no dejaban de sucederse en su dirección, por más que el receptor en cuestión las ignorara.

Hacía un rato que Frederick lo había abandonado para solicitar un baile a la señorita Delaney y Rodrick no había salido de la pista desde que había dado comienzo la velada.

Todo ello era justo.

Frederick Stuart llevaba semanas bebiendo los vientos por la señorita Delaney, y a ella, al parecer, no le resultaba tampoco indiferente, por lo que muy probablemente antes del otoño llegara a festejarse un matrimonio en el hogar de los Stuart. Rodrick, por su parte, era un picaflor sin remedio que tan solo pensaba en pasarlo bien; por suerte para él, gozaba de un cierto atractivo que le granjeaba abundancia de éxitos entre el sexo bello.

Deslizó una mirada hastiada por la estancia y no encontró ningún otro grupo de interés con el que compartir conversación, por lo que decidió quedarse allí observando tan solo el tiempo necesario para urdir una justificación creíble con la que despedirse de sus anfitriones sin resultar descortés. ¿Cuánto más debería soportar aquella tortura antes de realizar una retirada digna? ¿Veinte minutos? ¿Treinta quizás?

Posiblemente se estuviera haciendo viejo, pero cada vez detestaba con mayor empeño aquellos tumultos, todo aquel alboroto y, por supuesto, semejante profusión de sonrisas hipócritas y estudiados parpadeos. ¿Cuántas matronas se habían acercado con el propósito mal disimulado de presentarle alguna hija o sobrina en edad de desposar? Las mismas que había despachado con la sutileza necesaria para no resultar desconsiderado, pero al mismo tiempo con la firmeza obligada para que se abstuvieran de continuar insistiendo.

A pesar de todo, las invitaciones no dejaban de llegar a Somerton Abbey; asunto que resultaba del todo entendible teniendo en cuenta que en la abadía moraba un caballero de sonantes arcas e ingentes propiedades. Y soltero, por más señas; condiciones idóneas para que el mundo lo tuviera en cuenta en semejante suerte de eventos. Especialmente, si había jóvenes solteras de por medio y progenitores deseosos de arreglar un buen matrimonio con un activo importante, como él. William Somerton –era consciente de ello– se había convertido muy a su pesar en el mejor partido de todo el condado de Devon.

Lilly consiguió dar de lado al caballero con el que acababa de bailar justificando un repentino dolor de pies. No había dejado de danzar desde el comienzo del baile. Aunque ninguno de los caballeros resultaba de su agrado o digno de su compañía durante más de diez minutos consecutivos, al menos no se había visto en la odiosa necesidad de tener que permanecer sentada ni

una sola pieza. Sus dos compañeras habituales conversaban y bailaban con sus respectivos esposos, mientras que en su caso… Bueno, en su caso, no había ni rastro de Travis.

Los dedos enguantados se cerraron con firmeza en torno al abanico plegado. Seguramente Travis anduviera por los jardines seduciendo a la primera incauta dispuesta a escuchar sus bobadas. Ninguna con dos dedos de frente, desde luego, más allá de cualquier sirvienta con pretensiones o alguna vieja viuda que se dejara comer la oreja.

Mientras con un brioso movimiento desplegaba el abanico y lo agitaba contra el expuesto escote, deslizó por la estancia una larga mirada en busca de cualquier entretenimiento que valiera la pena. Ningún caballero atractivo con el que coquetear, ninguno que le reportara la menor satisfacción.

Pero entonces descubrió a William Somerton del otro lado del salón.

El vaivén del abanico cesó justo al tiempo que Lilly atrapaba el labio inferior entre los dientes en un inconfundible gesto de deseo. Ahogó un jadeo en tanto dirigía a Somerton, a través de los párpados entornados, una mirada preñada de anhelo.

Alto, gallardo, atractivo… Aquel hombre era simplemente formidable. Su exterior solo podía traducirse en una única palabra: tentador. Ataviado con un elegante frac azul marino de largos faldones, botonadura dorada y cierre abierto que permitía la visión del chaleco brocado plateado –un chaleco que, por cierto, se ajustaba a la perfección a un estómago plano y a un amplio pectoral–, estaba claro que su apostura lo hacía distinguirse entre los caballeros presentes.

William Somerton se cuadraba en una pose rebosante de dignidad y sus hombros, amplios y perfectamente definidos bajo la chaqueta de corte impecable, sobresalían por encima de quienes lo rodeaban. Su cabeza presidía la marea de plumas, tocados y restantes testas del salón, como solo podría hacerlo la insigne figura de un líder. Las piernas separadas y afianzadas sobre el suelo, las manos recogidas a la espalda, la cabeza alta y la mirada centinela…

Lilly no se cansaba de mirarlo, de deleitarse en la contemplación de esa abundante cabellera oscura o de aquellas pobladas patillas que reseguían el contorno de la mandíbula declamando una virilidad brutal. No se cansaba tampoco de embriagarse con aquella mirada obsidiana que, aunque entonces no le pertenecía, sabía que debía ser capaz incluso de atravesar el alma. Cualquier alma.

Barbilla en alto, bordeó el salón, arrolladora en su hermosura, en dirección al único caballero que valía la pena en todo el condado.

—¿No baila usted, señor Somerton?

William inclinó la mirada para descubrir con gran sorpresa a su lado la presencia de Lilly, quien, de forma pretendida y con el rostro a medio ocultar tras un elegante abanico de raso y encaje, lo observaba con descarada fijeza y una sonrisa en los labios.

—No si puedo evitarlo, señora Pemberton.

—Vaya, ¡qué lástima! —protestó ella, sin achicarse ante el corte—. Me hubiera gustado bailar con usted.

Tuvo William que contener la sonrisa ante el exagerado mohín de decepción que compuso la dama de apretados caracolillos dorados. No era decepción, no obstante, lo que apreció en su mirada, sino un brillo travieso, latente, además tras aquella sonrisa sinuosa que la delataba de forma demasiado obvia.

—Tendrá que ser en otra ocasión; estaba a punto de retirarme.

Lilly arqueó las cejas doradas y finamente perfiladas.

—¿Tan temprano? —Jadeó; sus labios ahuecados formaban un capullito rosado—. ¡Oh! ¿Un caballero soltero como usted será capaz de mostrarse tan ingrato como para privarnos tan pronto de su compañía?

—Me temo que soy el caballero más ingrato de Hylton, señora.

Ignorando el tratamiento distante que él le concedía, Lilly se humedeció los labios apenas con la punta rosada de su lengua, mientras lo miraba con atrevida fijación, tratando de componer una imagen de inocencia, sin lograrlo.

—¿No hay modo de convencerlo para que se quede?

William frunció el ceño cuando se percató del roce de una mano que le acariciaba en sentido descendente el brazo, que permanecía recogido a la espalda. Se movió ligeramente y con disimulo para evitar el contacto, mientras dirigía a la dama una mirada adusta que pretendió que ella apreciara también reprobadora.

—No soy hombre que cambie fácilmente de opinión —aseguró con gravedad—. Por cierto, no he visto al señor Pemberton…

Lilly esbozó una sonrisa demasiado amplia como para ser sincera. Estaba claro que había captado la pulla y, con la sonrisa, pretendía demostrar que no resultaba tan sencillo ofenderla. No obstante, a juzgar por sus siguientes palabras, por su sonrisa exageradamente radiante y por la mirada porfiada que dirigía a su interlocutor, estaba claro que algo de mella sí había sufrido la coraza de su vanidad.

—He oído que la señorita Stuart regresó hace unos días a Hylton —soltó de pronto—. Usted, como asiduo de la familia, habrá tenido ocasión de verla ya. Dígame, ¿sigue tal y como la recordamos?

William se cuadró, evidenciando con su pose tanto la diferencia de estatura como su amplia envergadura, también por supuesto lo ofensivo e inapropiado que resultaba aquel comentario.

—Desconozco el recuerdo que albergue usted de la señorita Stuart —apuntó con acritud—. Personalmente, puedo asegurarle que la encontré encantadora.

La sonrisa de Lilly se congeló en el acto.

—Buenas noches, señora Pemberton.

Con una firme cabezada y sin mediar otra palabra ni ningún gesto amable, se despidió. La dama quedó allí, de pie entre los asistentes, mientras observaba con pasmo su retirada. Torciendo los labios en una sonrisa pérfida, esbozo sin duda de propósitos tan oscuros como el alma de su propietaria, Lilly susurró apenas para el collar de perlas de doble vuelta que le rodeaba el cuello de cisne:

—Buenas noches, mi querido señor Somerton.

Capítulo 8

Había transcurrido una semana desde el baile de los Grisom. Por supuesto que Mary, firme en su porfía de alejarse cuanto pudiera de eventos que no le reportaran ninguna satisfacción en lo personal, se había negado a asistir, a pesar de las protestas de su hermano mayor y de la insistencia de Rodrick para que los acompañara, aunque nada más fuera en modo observador y desde una distancia prudencial.

Llegados a ese punto de no entendimiento, Mary quiso dejar claro a ambos que en el futuro no albergaba el menor deseo –mucho menos la intención– de asistir a eventos de índole similar y que su única aspiración era la de alcanzar una existencia tranquila lejos de ese ambiente frívolo que otros tanto anhelaban.

Frederick, para evitar una discusión innecesaria, decidió transigir a los deseos de su hermana, aunque se negaba a resignarse a una postura tan absurda como poco práctica. Por su vida que Mary no se merecía acabar sus días convertida en una triste solterona cuya existencia debiera verse reducida a una entrega completa hacia sus hermanos y futuros sobrinos. Mary se merecía su propia familia y su propia felicidad, y él, como hermano mayor, no iba a conformarse con menos para ella. Era una mujer muy hermosa, inteligente, sensible y juiciosa. Su único problema surgía a la hora de expresarse, y no por falta de ideas o de criterio, sino por una dificultad real a la hora de manifestarlas. En tales reflexiones se enredaba, mientras la observaba aquella tarde, sentada una vez más al frente de la espineta familiar.

Mary creaba magia a través de sus finos dedos de nieve, y disfrutaba haciéndolo. Bastaba observarla durante un rato desde la distancia para percibir ese nimbo de apacibilidad, invisible para la mayoría, que la rodeaba cada vez que la música se enseñoreaba de sus sentidos y hasta de su alma. Con los ojos cerrados, deslizaba las manos ligeras sobre las teclas de marfil y se mecía al son de los acordes, mientras de sus labios surgía liviana sonrisa.

A menudo también cantaba *sottovoce*, y entonces nada de aquella dificultad expresiva existía, pues la música conseguía desterrar los balbuceos para hacer que su voz sonara diáfana, vibrante y continuada como el curso de un arroyo murmurador. La música era su lugar feliz, no cabía la menor duda de ello; el método más simple y eficaz a través del cual la joven alcanzaba la

alegría en un mundo lleno de hipocresía y perfidia.

En un momento de la interpretación, Mary abrió los ojos para fijar la mirada en el exterior, más allá de la amplia ventana que brindaba una perfecta visión del atrio de la vivienda.

Y entonces lo vio.

El descubrimiento le hizo detener los dedos en el aire sobre las teclas; se paralizó la música y tal vez incluso el tiempo. Con toda seguridad, también se detuvo un momento el latido de su corazón.

Ataviado con un elegante frac azul marino de cierre cruzado al frente, de botonadura dorada y amplios faldares, generosa solapa oscura y elegante nudo blanco de *cravat*, William Somerton caminaba con diligencia hacia la casa y sus andares enérgicos suscitaban que los pantalones negros se ciñeran alrededor de unas piernas atléticas, cuya solidez enfatizaban las altas botas de montar.

Y cada paso del caballero invalidaba un latido del corazón de Mary.

Decir que era apuesto sería quedarse corta. William Somerton era sencillamente perfecto. Eso lo sabía a ciencia cierta. Hacía demasiado tiempo que lo sabía, de hecho, pues aunque no había frecuentado mucho los lugares habituales de reunión, nunca se había considerado boba, o ciega, como para pasar por alto la apostura de un hombre como aquel.

Y como tampoco era estúpida, sabía lo que podía o no podía esperar de la vida y de su propia realidad. También sabía perfectamente dónde no debía permanecer, por lo que se levantó en el acto con tal énfasis que el taburete se vio arrastrado de forma ruidosa hacia atrás sobre el suelo tableado.

—El se-señor So-Somer-Somerton. —Sus labios, en apenas un susurro, concedieron forma a la silueta varonil que ya se alzaba frente a la puerta principal dispuesta a hacer sonar la aldaba.

Frederick, que se había levantado también tras observar la inesperada reacción de su hermana, echó un vistazo a la distancia a través de la ventana, siguiendo la dirección de su mirada.

—¡Ah, sí, lo invité a tomar el té! —informó—. Le pedí asesoramiento acerca de ciertos asuntos legales y me tomé la licencia de convidarlo a acompañarnos. Espero que no te moleste.

Mary cabeceó su consentimiento en silencio, y en silencio también hizo

ademán de retirarse.

—Pero ¿te marchas? —inquirió Frederick.

Mary pausó su retirada, inclinó la mirada y replegó los labios al interior de la boca.

—Cre-creo que es lo me-mejor —murmuró cabizbaja—. A-así podréis con-conversar de vu-vuestras co-cosas.

Frederick dio un paso hacia ella.

—Podemos conversar perfectamente de nuestras cosas contigo cerca, querida hermana —afirmó—. Quédate, Mary, te lo ruego —pidió con dulzura —. Sería un honor que nos acompañaras y que tal vez tocaras algo para amenizar la tarde.

Mary contuvo la respiración un largo instante, cuando se permitió liberarla fue para hablar de corrido.

—No-no es bue-buena idea, Fred.

—¿Por qué no? —insistió él, manteniendo la terneza del tono—. No tienes por qué conversar si no lo deseas. —Dio otro paso hacia ella hasta situarse a su espalda y tocarle el codo en un gesto que trató de transmitirle seguridad—. No quiero que vivas relegada en un segundo plano, hermana. No lo acepto. Eres un miembro de esta familia y no pienso esconderte… ni voy a consentir que te escondas.

Cuando Mary volvió la cabeza, Frederick se encontró con las verdes pupilas brillantes de agonía. La liviana arruga del entrecejo femenino evidenciaba la enorme contrariedad que le turbaba el espíritu y que contrastaba vivamente con aquella sonrisa incapaz de alcanzar la mirada.

—Fred, tú no… no lo en-entien-des…

—Quédate, Mary, por favor; y simplemente toca algo para nosotros.

Mary gimoteó para sus adentros sintiéndose contrariada, compungida y afligida. Su hermano mayor le había hecho una petición y ella no podía negarse. No era justo. Frederick se merecía todo porque había hecho mucho por ella, pensando en ella y en su bienestar. Con un jadeo a modo de claudicación, se obligó a regalarle una sonrisa.

* * *

Hacía un buen rato que Frederick observaba en silencio y atentamente a aquellos dos. En un primer lugar, la observación surgió sin premeditación alguna, fruto de la casualidad y como aderezo a los silencios que de vez en cuando se apoderaban de la conversación para conceder prioridad a la música. Después, conforme concedía mayor atención a su escrutinio, fue capaz de percibir ciertos detalles que al principio había pasado por alto.

Mary tocaba con absoluta entrega, mientras mantenía en todo momento el ceño fruncido, los labios apretados y dos rosas escarlata pintadas en sus mejillas. Además, su espalda permanecía tan rígida que seguramente la joven se encontrara padeciendo en ese instante una gran incomodidad; y estaba convencido Frederick de que ninguna de estas circunstancias obedecía a la concentración que exigía la interpretación musical. Mary dominaba aquel arte a la perfección, para ella tocar equivalía a lo que para cualquier otra persona el mero hecho de respirar. Su crispamiento, por tanto y sin duda, procedía de otra parte.

Sonrió satisfecho antes de desviar la mirada hacia su diestra, lugar que ocupaba William Somerton, a sus ojos el responsable real de la rigidez de su hermana. Debía reconocer que William atendía de forma diligente a la conversación, mientras degustaba el té, aunque de vez en cuando se permitía desviar la mirada para perderla durante un largo instante, a veces lo suficientemente largo como para ser tenido en cuenta, en la genialidad de la intérprete. Él, por el contrario, no permanecía envarado, tenso o incómodo. Repantigado en el sillón, con una pierna cruzada sobre la otra a la altura de la rodilla, la sonrisa apenas perceptible que asomaba a los labios de William hablaba de complacencia.

De deleite.

Y entonces, alternando la mirada de uno a otra, caviló Frederick que tal vez no fuera tan mala idea aquella que, de forma repentina, acababa de cruzarle la mente con la premura de un relámpago que rasga la plomiza bóveda celestial para anunciar e imponer su presencia. Sonrió de nuevo para sus adentros, mientras los envolventes acordes de la espineta flotaban en la atmósfera con la cadencia de un eco celestial. Tal vez, después de todo, aquella idea resultara una gran revelación y valiera la pena llevarla a cabo.

Al menos nada perdía por intentarlo.

William se levantó para acompañar a Frederick a la biblioteca una vez que degustaron el té y los emparedados de pepino que la doncella sirvió con diligencia. Había acudido a Stuart Lodge con el fin de asesorar a su amigo respecto a la compra de unos terrenos, y aunque la velada había resultado encantadora, era momento de tratar otros asuntos más serios y menos prestos a ensoñaciones.

Mary permanecía de pie al lado de la espineta. Mantenía las manos enlazadas frente al talle y la cabeza inclinada. Cuando William cruzó a su lado siguiendo a Frederick, no pudo evitar detenerse un segundo frente a la joven.

—Quisiera darle las gracias por su música…

Mary, sin variar un ápice su eterna pose sumisa, estiró los labios en una sonrisa forzada dirigida al suelo, mientras se sabía terriblemente consciente del color que le encendía el rostro.

—… y por su compañía.

La mirada se alzó de golpe para encontrarse con aquellas pupilas obsidiana que la observaban con determinación y que parecían muy capaces de traspasar hasta las montañas de hielo de los mares del norte. Entreabrió los labios para dejar escapar un leve jadeo, seguramente también para liberar la presión que le ahogaba los pulmones y le contraía el corazón.

Y entonces William simplemente le sonrió.

A ella.

A ella y a nadie más.

Y el sol afloró en medio de la sala de estar. Las rodillas femeninas se doblegaron como si hubieran sido esculpidas en mantequilla en pleno verano. El corazón inició un feroz golpeteo y los negros pozos sin fondo, apetecibles abismos profundos, la engulleron del todo.

—Buenas tardes, señorita Stuart.

Con un golpe de cabeza seco y firme, William retomó camino detrás de su anfitrión, prolongando la mirada, en su retirada, a la joven que lo observaba en aquietada fascinación.

Capítulo 9

El sol derramaba su tibieza sobre la acuarela verde que conformaba la campiña en las postreras horas de la tarde. Los pajarillos canturreaban incansables sus alegres melodías desde cualquier improvisado refugio vegetal y los aromas de la madreselva silvestre que crecía en los ribazos, de la hierbabuena y de las caléndulas tempranas llenaban el aire de fragancias.

Abril había dado comienzo regalando a los habitantes de Hylton un clima apacible e idóneo para disfrutar de la naturaleza y el aire libre, por lo que Frederick y Mary decidieron aprovechar la amabilidad atmosférica para recorrer a pie el bosquecillo que rodeaba su propiedad. Al fin y al cabo, en aquellas latitudes la lluvia surgía de improviso, para anular enseguida la posibilidad de tal disfrute; no era cuestión de desaprovechar la menor oportunidad.

Ataviada con una Spencer ligera de color azul cerrada al frente con doble botonadura y solapa de encaje blanco sobre un vestido de muselina del mismo tono y bonete a juego, Mary caminaba tranquila al lado de su hermano mayor, sujetando con una mano la falda para evitar tropezarse. Habían abandonado el camino hacía un buen rato y paseaban entonces a través de campo despejado, aunque irregular, en el que de cuando en vez surgía reducida legión de olmos y esporádicos abedules como bucólico atrezo escénico.

—Me alegra tenerte de vuelta, Mary —confesó Frederick en un momento dado—. Te he echado muchísimo de menos todo este tiempo.

Mary sonrió agradecida.

—Y yo —confirmó, entretenida en mirar la puntera de sus botinas cada vez que asomaban bajo el ruedo de la falda.

—Rodrick no es la mejor compañía del mundo para convivir durante dos años. Puede resultar desesperante si no se aprende a ignorar sus manías.

Mary de nuevo sonrió. Sus hermanos eran adorables, cada uno a su manera, pero sin duda ella guardaba mayor afinidad con Frederick, pues su carácter asentado y prudente encajaba más con el propio.

—La-lamento pro-profunda-mente no haber rea-realizado ningún pro-progreso, hermano —comentó, aprovechando la ocasión para sincerarse sobre ese punto. Hacía mucho tiempo que deseaba hacerlo, desde el primer momento que comprendió que anular su tartajeo iba a resultar un imposible.

—¡Pero sí has hecho progresos, querida Mary! ¡Grandes progresos en realidad! —la animó su hermano—. Hace dos años se marchó de Hylton una muchachita tímida e insegura de veinte años que dio paso a una mujer preciosa y valerosa. Has ganado en seguridad y confianza, aparte de haber descubierto que posees un maravilloso don para la música y el canto.

—To-todo el gasto que he oca-ocasionado a la fa-familia s-solo pa-para poder cantar sin tra-trabarme… —Exhaló despacio su pesar—. S-siento… siento ha-haberos decep-decepcionado.

Frederick se detuvo de forma repentina y obligó a Mary a hacer lo mismo.

—No quiero que vuelvas a decir nunca más algo así, Mary —aseguró muy serio. Tomó una de las finas manos de nieve entre las suyas y la sostuvo con firmeza, exigiendo su mirada—. Tú jamás nos podrías decepcionar, ¿lo entiendes? Los dos estamos orgullosos de ti. —Buscó su mirada con insistencia, una mirada que ella porfiaba en inclinar—. Yo estoy orgulloso de ti, mi querida hermanita.

Mary no dijo nada; se limitó a sonreír con tibieza mientras le sostenía la mirada, y aquella fue respuesta suficiente para su hermano mayor.

—Eres la mujer más valiente que he conocido, Mary Stuart, no te quepa la menor duda de ello. No permitas que nadie te haga sentir lo contrario.

Ella replegó los labios al interior de la boca y negó con la cabeza.

—No, no lo s-soy. Va- valiente no soy, hermano.

Frederick resopló, aunque sin dureza.

—Y terca también, pues te niegas a aceptar tus cualidades una y otra vez.

Mary jadeó y liberó despacio la mano del sostén que le ofrecía Frederick. Este aceptó la liberación, del mismo modo que aceptaba, por el momento, el ostracismo de su hermana con respecto a sí misma y a sus múltiples posibilidades.

—Menos mal que aquí estaré yo para recordártelo, una y otra vez también, pues me temo que soy tan terco como tú —remató con una sonrisa —. Solo necesito que no te impongas ninguna traba, Mary, y que confíes más en ti y en tu valía.

El sonido de los cascos de un caballo que cruzaba el campo a sus espaldas los distrajo de pronto y anuló cualquier oportunidad de respuesta por parte de Mary o, Dios no lo quisiera, la posibilidad de que Frederick continuara insistiendo en un tema sensible para ella.

William Somerton montaba un caballo castaño de lacia y larguísima crin y, perfectamente erguido sobre su silla, sujetando las riendas con ligereza, imitaba a ojos de Mary la apariencia de un auténtico príncipe. Ataviado con casaca de montar de terciopelo color marino, chaleco gris pulcramente abrochado, pantalón blanco y botas de montar, coronaba la cabeza con un estiloso sombrero de copa alta que enfatizaba un exterior apuesto y magnífico. Su semblante circunspecto y su mirada profunda lo proclamaban, además, como el caballero distinguido que era.

Nada más verlos, William hizo detenerse su montura a la par de los paseantes para tocarse el ala del sombrero a modo de saludo.

—Frederick, señorita Stuart…

Mary ofreció una reverencia tal vez demasiado torpe, consideró, a causa de la sorpresa. Notaba encendido el color de su rostro y tal certeza la mortificaba de forma horrible. Frustrada consigo misma, descendió con rapidez la mirada, mientras inclinaba también la cabeza, rogando al cielo para que el ala del bonete ocultara lo suficiente sus rubores. ¿Por qué debía ruborizarse siempre en presencia de William Somerton? ¿Acaso era necesario que él la considerara aún más boba de lo que podía serlo ya?

—¡William, qué agradable sorpresa! —exclamó Frederick con sincera alegría.

Aprovechó para observar de soslayo la reacción de su hermana y, por supuesto, no pasó por alto los colores de sus mejillas ni la mirada porfiosamente inclinada al suelo.

—Un tiempo magnífico, ¿no te parece?

—Cierto, agradable a más no poder —concedió William.

Después de varios segundos de feliz observación a la encantadora joven

de azul, William desvió la mirada hacia su acompañante.

—Por eso aprovecho para salir a montar. Sabes que en la naturaleza, al aire libre, me encuentro en mi zona de confort.

—Lo sé. —Frederick miró de nuevo a Mary, que continuaba callada, ceñuda y plagada de rubores, lo cual no era mal signo después de todo—. Mary disfruta especialmente del campo y sus bondades durante esta estación —añadió de pronto, y la mención obligó a Mary a elevar la vista para fijar en su hermano una mirada interrogante. ¿Qué podía importarle dicha información a un caballero del calibre de William Somerton?—. Por eso hemos decidido salir a pasear. Después de dos años en la ciudad, es justo que aproveche cada minuto al aire libre para disfrutar de las maravillas de Hylton.

—Por supuesto —corroboró William, sonrisa en ristre, sin apartar la mirada de la señorita Stuart—. Ninguna hermosa joven debería permanecer encerrada en casa a riesgo de perderse la contemplación del despertar de la naturaleza.

Mary tragó seco. El corazón acababa de ascenderle hasta la garganta e impedía el paso obligado y necesario de saliva. "¿Hermosa joven? ¿Eso había dicho de ella William Somerton?".

—Lo cual me recuerda… —Frederick extrajo del bolsillo del chaleco una leontina de plata que dio paso al reloj en el que consultó la hora—. Debería acercarme a visitar a nuestro vecino. El viejo Hendelson es hueso duro, pero no me resigno a dejar pasar la oportunidad de comprar ese dichoso terreno del que hablamos.

—Tiéntalo con la cantidad adecuada —sugirió William, regresando la mirada a su amigo—. Él no necesita esas tierras para nada y a ti te supondría un ventajoso añadido a la propiedad familiar.

—Así haré; seguiré tus buenos consejos, amigo mío —añadió—. Aprovechando tu grata presencia, y por la amistad y la confianza que tenemos, me gustaría pedirte algo más.

A lomos todavía de su montura, William ladeó la cabeza en dirección a su amigo.

—Tú dirás.

—¿Podrías acompañar a Mary a casa? —Mary boqueó como pez fuera del agua aunque ni un sonido cruzó sus labios—. No sé lo que vaya a

demorarme con el viejo Hendelson; seguramente, el bribón trate de engatusarme con su mejor *brandy* y me retenga por horas. —Alzó la mirada al cielo—. No creo que tarde demasiado en oscurecer y no quiero que mi hermana regrese sola a casa.

Mary continuaba observando perpleja a su hermano con un marcado ceño que se acentuaba con indignación, tras darse cuenta de que la ignoraba por completo.

—¡Yo… no! ¡Fred! —balbuceó en protesta, y esta vez no debido al obligado tartajeo que padecía, sino a causa del enfado que le nacía en las entrañas y le borboteaba pulsante hasta la garganta. ¿Cómo se atrevía Frederick a hablar en su nombre, encontrándose ella presente?

—¡Por supuesto! —accedió William en el acto.

De un salto, descendió de su montura para situarse entre ambos hermanos. Mary exhaló urgente y profundo. De nuevo, refugió la mirada en un lugar seguro, como lo eran las punteras ovaladas de sus botinas.

—Será un gran placer acompañar a la señorita Stuart a donde haga falta.

Supo Mary, tras visualizar el gesto por el rabillo del ojo, que William acababa de tocar nuevamente el ala del sombrero en su dirección en un gesto de cortesía.

—Gracias, amigo mío.

Con una cariñosa palmada en el hombro, Frederick se despidió, encantado consigo mismo y con la llamita que, esperaba, acababa de prender entre aquellos dos. Ahora solo era cuestión de ir avivándola poco a poco para que la débil e imperceptible flama alcanzara más pronto que tarde la categoría de hoguera. Si todo salía como pretendía, teniendo en cuenta la naturaleza afable y afectuosa tanto de William como de Mary, estaba convencido de que la pira terminaría siendo formidable.

Capítulo 10

Odiaba a Frederick. Bueno, en realidad no lo odiaba, jamás podría manifestar hacia su querido hermano un sentimiento semejante. Sin embargo, lo cierto era que en esos momentos lo que bullía en su pecho se aproximaba demasiado al enojo y a unas terribles ganas de pisotearle un pie con el tacón de la botina hasta magullarle los dedos. La próxima vez que lo tuviera delante acomodaría el talón sobre las botas perfectamente lustradas de su malvado hermano mayor.

Tremenda emboscada. ¿Cómo se le había ocurrido? ¿En qué estaba pensando? Rogaba al menos que el señor Somerton no se encontrara muy hablador en esos momentos; esperaba que se conformara con entretenerse observando el paisaje o cavilando en sus cosas, lo que fuera, con tal de que ella no se encontrara en la horrible necesidad de responder e interactuar con él.

"¡Oh, Fred, Fred, debería matarte! Tal vez lo haga…".

Suspiró lenta y profundamente al sopesar las diferentes disyuntivas que se le presentaban. Cualquier opción resultaría terrible, pues, si accedía a una conversación, él acabaría espantado ante su incapacidad para mantener un diálogo continuado y correcto. Sabía lo que sucedería: él compondría esa expresión de indulgencia que ella tanto detestaba, mientras realizaba el monumental esfuerzo de tratar de adivinar la palabra en la que ella se hubiera atascado; la ayudaría a completarla y remataría con una sonrisa de conmiseración y un posterior silencio aplastante. Solía suceder así cuando el interlocutor era amable; cuando no, se alejaba sin más, dejándola –y nunca mejor dicho– con la palabra en la boca.

En el caso de que ella se negara a conversar, que sería la opción más prudente debido a su condición, acabaría por retratarse a sí misma como una ingrata carente de educación, adjetivos que vendrían a secundar los que él ya le habría atribuido en su cabeza.

¡Oh, cielos, Frederick iba a tener que rendir cuentas por aquello!

—No me ha respondido, señorita Stuart…

Mary boqueó al darse cuenta de que William había inclinado

ligeramente el rostro hacia ella, buscando su mirada y su atención. Y sin duda esperaba una respuesta. ¿Cuál era la pregunta?

Como ella lo miraba interrogante, William aclaró:

—Le preguntaba si estaba disfrutando de su regreso a Hylton.

Mary continuó mirándolo como una tonta, perdida en aquellas pupilas del color de la brea, insondables lagos de obsidiana, en los que resultaba tan sencillo embobarse y hasta naufragar. Al cabo de unos segundos, parpadeó con nerviosismo para devolverse a la realidad y dejar atrás el naufragio del alma.

—¡P-Por supuesto! —soltó de corrido.

Había resultado sencillo: solo necesitaba tomar aire y soltar de golpe, casi sin respirar, aquello que fuera a decir. Por fuerza había de tratarse de una respuesta breve y concisa, o de lo contrario la fluctuación vocal estaba garantizada. Estiró los labios en una sonrisa forzada y urgente, y devolvió la mirada al suelo.

—Me alegra oír eso, porque Hylton sin duda resulta especialmente agradable y hermoso en esta estación; siempre hay mil cosas que hacer por aquí, ¿no le parece?

William se negaba a dar por finalizada la conversación. Se encontraba a solas con la señorita Stuart, una joven misteriosa, inteligente y bonita que había llamado poderosamente su atención desde que la había escuchado tocar por vez primera en el salón de Stuart Lodge. Desde luego no iba a limitarse, ni a resignarse, a un acompañamiento silencioso. Mary tragó seco y, por respuesta, hizo perdurar la sonrisa mientras cabeceaba en apresurado gesto. No iba a hablar, y por tanto a exponerse, si no era necesario. William observó que la joven no resultaba muy conversadora, condición que atribuyó a sus dificultades dialécticas, a una elevada timidez y, sin duda alguna, a la escasa empatía que hubo de encontrar durante toda su vida a la hora de tratar de sociabilizar.

No obstante, la breve visión lateral del semblante de nieve que le concedía el ala de su bonete le revelaba un rostro de bellas facciones, expresión inteligente y aura sosegada. Detrás de la coraza defensiva erigida en torno a la señorita Stuart, sospechaba que se escondía un alma a la que resultaría maravilloso asomarse. Y él no pensaba rendirse hasta conseguir vislumbrar siquiera un resquicio breve del alma de la señorita Stuart.

—Este es sin duda el lugar más hermoso del mundo para vivir —continuó en tono afable—. Tanto mi hermana Sophia como yo adoramos este lugar. Siempre lo hemos hecho y no comprendemos que exista alguien incapaz de apreciarlo. Nos gusta la vida sencilla y apacible del campo, lejos de cualquier alboroto, de prisas innecesarias y de voluntades petulantes. Eso es lo que nuestros padres nos inculcaron desde muy pequeños y ha pasado a convertirse en el credo que hoy predicamos.

Mary se permitió alzar la mirada y volver ligeramente el rostro hacia el caballero mientras caminaban, sorprendida por aquel inesperado acceso de intimidad.

—Creo que no viviría en ningún otro lugar, si me permitieran escoger. Todo este silencio, la tranquilidad que nos abraza…

Imitando el gesto de William, Mary elevó la mirada hasta los árboles que los rodeaban y creaban un hermoso decorado sobre la acuarela frondosa de la que formaban parte. Sobre sus cabezas, un cielo plomizo preñado de las luces lánguidas y neblinosas del atardecer actuaba como gala y ornato de un escenario bucólico y apacible.

—Usted ha vivido en Londres, está en disposición de poder comparar y opinar, ¿cambiaría Hylton por cualquier otra parte de nuestro magno Imperio?

Mary deslizó la mirada hacia aquellas pupilas obsidiana que parecían encerrar en sus profundidades un misterioso e hipnótico abismo, y estiró los labios en una sonrisa absolutamente sincera.

—Ja-jamás.

William pareció muy conforme con la respuesta, al menos su sonrisa complacida así lo dio a entender.

—Resulta totalmente entendible. El aroma de la tierra, los colores de la naturaleza, el canto de los pajarillos… hacen que uno se sienta vivo y parte de algo mucho más grande que la propia humanidad, ¿verdad?

Conforme William hablaba en un tono calmoso y cautivante, Mary se permitió bajar la guardia y cerrar los ojos apenas medio segundo para apreciar mejor todo aquello que mentaba su acompañante. Efectivamente, el canto alegre de los pájaros se impuso sobre todo lo demás, del mismo modo que lo hicieron las fragancias vegetales y la brisa fresca recién desperezada, que anunciaba la hora reflexiva del atardecer. Sentir la suave caricia del viento sobre el rostro, arrastrando aromas y sonidos, era un placer que no se

encontraba al alcance de todos, tan solo de aquellas almas dispuestas a sentirlo y valorarlo. Fue un auténtico placer descubrir que William era una de esas almas.

—Verdad… —Se encontró susurrando al viento, todavía con los ojos cerrados y el alma evadida.

—¿Le gusta pasear? —preguntó William de pronto. Ante la expresión contrariada de la joven, añadió—: Es decir, sé que estamos paseando ahora, pero mi pregunta es si se trata de un pasatiempo que usted disfrute en particular.

Sin darse cuenta, Mary se había detenido durante su abstracción sensitiva y William, al parecer, también. En esos momentos, parado a su lado, la miraba fijamente esperando una respuesta. Y ella, que no sabía qué responder ni cómo proceder, se limitó a sostenerle la mirada mientras tragaba seco. No esperaba que William Somerton le preguntara acerca de sus aficiones, por lo que la cuestión la había tomado por sorpresa.

—Si le gusta pasear, me gustaría que me permitiera acompañarla un día hasta un lugar precioso aquí cerca. —William no parecía achantarse ante el mutismo de su compañera, por lo que continuaba acercándose con amabilidad y paciencia—. Hay una zona, en el bosquecillo a la entrada del pueblo, donde las mimosas ya han empezado a florecer. Era uno de los lugares favoritos de mi hermana Sophia. Me gustaría poder mostrárselo, si me lo permite, aunque tal vez usted ya lo conozca.

Mary se humedeció los labios mientras permanecía absorta en la contemplación de aquellas pupilas que le sostenían con firmeza la mirada.

—N-no lo conoz-conozco…

La sonrisa se William se amplió; los dientes blancos y hermosos iluminaban como un rayo de sol ilumina una mañana gris.

—Entonces será un honor para mí ejercer de anfitrión en tan bello paraje, señorita Stuart.

Mary exhaló en profundidad. Un ejército de mariposas parecía habérsele asentado en el vientre y al parecer habían dispuesto aletear todas a un tiempo.

—E-en otra o-ocasión, tal vez —comentó bajito; encendido el color, las mariposas en revolución.

—En otra ocasión, entonces, pues ya se hace tarde.

Satisfecho con la concesión, William sonrió. No había dejado de sonreír, de hecho. Elevó la mirada al cielo y, al apreciar los claroscuros que ya descendían sobre el paisaje como suave manto crepuscular, añadió:

—Debemos continuar antes de que anochezca. Su hermano me encomendó la misión de hacerla llegar sana y salva a su casa, y por mi vida que soy un caballero que acata firmemente sus responsabilidades.

Mary esbozó una sonrisa libre de tapujos por primera vez durante todo el paseo y, a un gesto de su galante compañero, quien alargó el brazo para instarla a reanudar la caminata, retomó sus andares sintiéndose cómoda, segura y radiante al lado de William Somerton, el mejor caballero con el que podría desear –soñar o siquiera imaginar– dar un paseo.

Las mariposas del vientre aleteaban felices formando amplios círculos en su interior.

* * *

Aquella noche, ataviada con camisa de dormir y en la única compañía de una palmatoria, Mary esperó a su hermano entre los claroscuros de la sala de estar, aovillada en el viejo sillón orejero, al amor de las postreras brasas de la chimenea.

Si en semejantes términos hubiera aparecido Frederick, ni la Divina Providencia lo hubiera salvado de recibir una buena reprimenda por parte de su hermana, quien se sentía no solo indignada, sino además sumamente avergonzada por la situación tan infortunada a la que la había orillado esa misma tarde. Por suerte para él, el viejo Hendelson lo entretuvo más de lo debido y tan solo gracias a esa ventura se libró de tener que sufrir una regañina más que garantizada.

Conforme pasaban los minutos y los minutos arrastraron las horas, los ánimos encendidos de Mary fueron aplacándose poco a poco. Aunque de ningún modo un corazón noble como el suyo hubiera sido capaz de asilar rencor o enojo en su interior durante demasiado tiempo, era justo reconocer que en un primer término el coraje dominaba su ser. Evidencia de ello eran los rubores que le encendían las mejillas o la arruga que le sombreaba el ceño; también –¿y cómo no?– las manos constantemente cerradas en puños sobre el regazo.

Oh, Frederick, ¿cómo se había atrevido a obligar a William a acompañarla? ¿Y cómo osó empujarla a ella a una situación tan comprometida, exponerla a la dificultad de interactuar con un caballero como el señor de Somerton Abbey?

Pero el corazón, esa víscera insensata que a menudo se impone a cualquier intento de raciocinio, parecía muy dispuesto a tomar las riendas y, por ello, no dejó de traer a la memoria de la joven pinceladas de lo sucedido horas antes, cuando Frederick dio en la flor de dejarla en la mejor de las compañías, aunque en un principio tal perspectiva la hubiera horrorizado.

No había ido tan mal después de todo.

William Somerton se había mostrado amable y conversador, aunque ella no hubiera dado pie a ningún tipo de conversación. No parecía decepcionado con su compañía, ni horrorizado, ni avergonzado, incluso después de haber escuchado sus penosos tartajeos. En realidad, se había mostrado encantador en todo momento. Sonriente, de mirada brillante y charla afable, se había interesado por sus gustos, le había preguntado cosas…

Suspiró.

"¿De verdad pretendes endulzarte pensando así?". Era consciente, puesto que no se tenía por tonta ni se permitía llamarse a equívocos, de que William Somerton había actuado de ese modo debido a su caballerosidad innata o al hecho irrefutable de que se sintiera en la obligación de entretener a la hermana de su mejor amigo. No podía tratarse de otra cosa, ¿verdad? "Claro que no, tonta. ¿Acaso a un caballero como él podría interesarle nada respecto a ti? ¿Qué puedes tú ofrecerle, aparte de una charla truncada y frustrante?".

William Somerton hubiera sido amable, bueno y generoso incluso con una verrugosa y horrible bruja de los bosques, de haberse topado con ella en mitad de un paseo. No quería hacerse ilusiones ni darle más vueltas de las debidas. No tendría sentido alguno. William había sido atento y simpático porque no sabía ser de otro modo. Punto.

"¡Punto, Mary!".

Pero, ¡ay!, el corazón no atiende a razones, actúa *motu proprio*, por lo que continuó orillando a la memoria de Mary escenas que se desplegaban una y otra vez como racimo de caléndulas en primavera. Continuó perpetuando la remembranza de aquella sonrisa que no osaba enturbiarse por nada, la profundidad inolvidable de los hermosos ojos negros o la imponente fuerza de la presencia del caballero a su lado –magnífico como un Lancelot y solemne

como Arturo– hasta que la joven se dio por vencida. Con un suspiro rendido, se recogió a sus aposentos y olvidó por fin el motivo inicial que la había llevado a esperar desvelada la llegada de su hermano con el propósito de arrojar sobre su cabeza una reprimenda que ya no tenía ningún sentido.

Capítulo 11

Un par de semanas después del baile de primavera de los Grisom, tuvo lugar otro baile en la casa solariega de los Bradshaw.

Una vez inaugurada la estación de las flores, los eventos sociales tendían a sucederse de forma continuada y se convertían en anhelados lugares de reunión y festejo entre la sociedad de Hylton. Nadie parecía dispuesto a dejar pasar la ocasión de ver y de ser visto, de lucir las mejores galas para dar a entender agradable solvencia económica, de beberse gratuitamente el vino de las bodegas de los anfitriones, o el asunto más entretenido para las almas ociosas: de murmurar acerca de cualquiera de los presentes, sin molestarse a menudo en disimular el gesto, mientras, entre cotilleo y cotilleo, se procuraba arreglarle la vida a tal o cual vecino, siempre según su reputación, su hermosura o sus arcas.

Cuanta más riqueza, más prestigio y mayor atractivo poseyera el aludido o aludida, mayor necesidad padecía de que las comadres ociosas se dedicaran a organizarle la vida. Si de una reunión como aquella podía salir además arreglado un matrimonio, el beneficio y el entretenimiento resultarían completos.

Las lilliotas, por supuesto, no podían faltar en ningún evento que se preciara. Al menos y bajo su propia perspectiva, no había velada que mereciera consideración si no contaba con su presencia y, de hecho, ningún habitante de Hylton con dos dedos de frente osaría prescindir de cualquiera de ellas si pretendía que su baile gozara de cierto prestigio.

En aquel momento, ya al inicio de la velada, se encontraban las tres en *petit* comité, mientras sus respectivos esposos se entretenían con otros asuntos, bien charlando con algunos caballeros presentes, bien bebiendo en algún aparte… ni rastro de Travis Pemberton, una vez más.

Resultaba primordial, antes de dedicarse al baile y al esparcimiento, encontrar una ubicación idónea para permitir al mundo el privilegio de poder admirarlas. Si ya de por sí el hecho de tratarse de mujeres bonitas, rubias y de buena familia les había concedido una gran admiración en el pasado, el haber alcanzado el estatus de casadas suponía un innegable prestigio para ellas en el pueblo, especialmente entre las jóvenes solteras, quienes las observaban con

gran embeleso y envidia. Este punto, lejos de incomodarlas, alimentaba de forma notable su vanidad. De hecho, les agradaba saber que estaban siendo observadas y que entre las jovencitas despertaban un anhelo colosal. Todas querían ser como ellas, todas admiraban su estilo, su guardarropa, su belleza y su elegancia natural, aunque ninguna podría igualarse jamás. A las nuevas generaciones, les faltaba distinción y una líder de la categoría de Lilly Pemberton.

En lo que respectaba a los caballeros, la mayoría las observaba con secreto –y no tan secreto– anhelo, admirando la belleza deslumbrante de las damas y la figura esbelta que ni la maternidad había sido capaz de malograr. No obstante, aquellos caballeros lo suficientemente inteligentes como para no dejarse deslumbrar por el brillo fascinante –aunque vacuo– de semejante trío de presuntuosas apenas se detenían medio segundo a considerar su presencia, y deslizaban la mirada sobre sus elegantes figuras del mismo modo que la podrían deslizar sobre cualquier adorno cerámico de la sala.

Entre estos caballeros se encontraban, por supuesto, William Somerton y su amigo Frederick Stuart, quienes se dedicaban a observar la concurrida pista de baile desde una cabecera de la estancia. Se habían encontrado al poco de llegar cada uno a la residencia Bradshaw y apenas habían tenido tiempo de conversar tras las salutaciones. Sin embargo, William, después de haber localizado también a Rodrick al fondo conversando con un grupo de señoritas y tras un escrutinio urgente de la estancia, tuvo claro a quién no iba a encontrar aquella noche en aquel lugar.

—No veo a la señorita Stuart —comentó como al descuido, mientras continuaba con la vista al frente, perdida entre el batiburrillo de bailarines, sin centrarla empero en ningún punto en particular.

—¡Oh, no, claro! —respondió Frederick en tono tranquilo, con las manos recogidas a la espalda—. Mary no ha venido.

William se limitó a encajar la mandíbula del mismo modo que encajaba la información. De repente, el baile había perdido alicientes, si acaso alguna vez los había tenido.

—Y es algo que trato de solventar, Somerton, créeme que sí, pero me temo que voy a toparme con una tarea complicada. Mi hermana se niega a asistir a ninguna fiesta.

William continuó en apariencia inalterable aunque en el fondo aquella noticia lo obligó a encajar la mandíbula con mayor rudeza.

—Lo entiendo perfectamente —aseguró. Y, sí, claro que lo entendía, aunque entenderlo no impedía que en ese momento la ausencia le disgustara —. Sucedía lo mismo con mi hermana Sophia. Pensar en llevarla a un baile era como tratar de plantearle el destierro al alma más patriótica.

Frederick cabeceó, comprendiendo de lo que hablaba.

—Mary regresó de Londres con esa porfía en mente. Si ya antes de su partida resultaba para ella un auténtico suplicio tener que acudir a convites, a estas alturas se niega a salir de casa y dice que no piensa asistir a ningún baile más en lo que le resta de vida. ¿Lo puedes creer?

Podía, sí, porque ya había escuchado afirmaciones semejantes en el pasado aunque, como entonces, las consideraba una exageración y una completa absurdez. Él detestaba las fiestas, siempre lo había hecho, pero tratándose de jóvenes solteras resultaba un inconveniente importante el que se negaran a asistir si se tenía en cuenta que ciertos lugares suponían un imprescindible a la hora de alternar y, quizás, de convenir un matrimonio.

—Y es una lástima. —Sin variar la pose erguida, Frederick no perdió la oportunidad de observar por el rabillo del ojo la reacción de su amigo ante sus siguientes palabras—. Considero que Mary tiene mucho que ofrecer. Quedarse encerrada en casa y dejarse marchitar como una flor abandonada en la ventana no me parece una opción por considerar.

William escuchó en silencio, mientras continuaba con la mirada al frente, los hombros encuadrados y la barbilla erguida. Por supuesto que no era una opción. Al menos no debería serlo cuando la flor era tan bonita y digna de ser reconocida.

—¡Oh, acabo de ver a la señorita Delaney! —exclamó de pronto Frederick, visiblemente emocionado—. Amigo mío, me resulta muy grata tu compañía…

—Pero la de la señorita Delaney te agrada más, lo comprendo; mi sonrisa no resulta tan fascinante como la suya —apuntó William, efectivamente sin dejar de sonreír—. Ve con ella, también acaba de localizarte y estará deseando bailar.

Frederick, tras una cabezada de gentileza, hizo ademán de marcharse en pos de la dama de sus desvelos; no obstante, antes de dejar a su amigo, se volvió para decirle:

—No te quedes aquí solo e invita también a alguna señorita a bailar,

puede que acabes divirtiéndote después de todo. Al menos esa es la pretensión de este tipo de veladas.

Y tras un último cabeceo, Frederick desapareció entre la muchedumbre.

William observó cómo se alejaba para reunirse con la señorita Delaney, quien lo recibió con una grácil reverencia y una sonrisa radiante que, en efecto, debió fascinar a Stuart, a juzgar por el brillo de su mirada y por sus gestos complacientes. ¡Ah, Frederick se encontraba perfectamente rendido ante aquella joven y el hecho de comprobar que era correspondido en sus sentimientos provocó en su amigo una gran satisfacción! Aunque también despertó en lo más profundo de sus entrañas una emoción extraña, una agitación perturbadora que lo dejó desasosegado y en disposición de un sentimiento que bien podría catalogarse de envidia, de no tratarse de la felicidad de su mejor amigo y él mismo de un caballero con principios y honor, nada aficionado a experimentar sentimientos tan poco provechosos como los celos o la envidia.

Enseguida desvió la mirada hacia cualquier otra parte menos comprometida. Decía Frederick que debería invitar a alguna de aquellas señoritas a bailar y, en efecto, la mayoría de las jóvenes que permanecían en los laterales de la sala no le quitaban los ojos de encima, mientras cuchicheaban entre ellas intercambiando risitas y parpadeos velados de una timidez verídica o fingida. No obstante, bailar no resultaba una alternativa en aquellos momentos cuando la única joven con la que hubiera deseado adentrarse en la pista de baile no se encontraba en el lugar.

Lilly se acercó a él, sinuosa y atrevida en sus andares, para posicionarse con descaro a su lado. Para su completa decepción, William Somerton parecía tan concentrado observando hacia ninguna parte que ni siquiera se percató de su llegada, asunto que la defraudó bastante. ¿Qué hombre sería capaz de ignorar el perfume caro, el brillo áureo de su cabello o la elegancia de la seda asiática del vestido? ¿Cómo un caballero tan apuesto, varonil y atractivo como él podía mostrarse tan indiferente? Era hermoso como un Adonis, pero demasiado apático a la hora de socializar.

Pese a todo, no iba a rendirse con facilidad. Había decidido que William Somerton debía convertirse en su amante a como diera lugar, y ella poseía mil y una habilidades para lograr ese propósito. Si ella no lo conseguía, ninguna otra tendría facultades para hacerlo, desde luego.

—Buenas noches, señor Somerton.

Su voz sonó tan dulce y melosa como la caricia de una cinta de raso. No

obstante, William, que al parecer desconocía las bondades acariciantes del raso, ni siquiera descendió la mirada hacia ella, a pesar de ser obvio que debió de haberla oído. Semejante indolencia hizo mella en la vanidad de la dama, aunque apenas se tratara de liviana hendidura en la coraza con la que llevaba años cubriéndose.

—Buenas noches, señora Pemberton.

En efecto, la había escuchado, aunque se demoró demasiados segundos en demostrarlo y, tras hacerlo, su posición no varió ni un ápice: espalda recta, manos recogidas a la espalda, mirada imperturbable al frente, tono árido…

Lilly chasqueó la lengua y frunció el ceño; no estaba acostumbrada a semejante frialdad y a una indolencia tan marcada. De no tratarse de William Somerton, se hubiera dado media vuelta después de inaugurar sus botas con un merecido pisotón; pero se trataba del señor de Somerton Abbey, del caballero más apuesto del condado… y tenía por fuerza que ser suyo. Todo lo bueno, al fin y al cabo, acababa pasando por sus manos.

—Es la segunda vez que coincidimos en un baile, señor Somerton. Sin embargo, esta noche tampoco ha hecho usted ademán de invitarme a bailar.

El mohín que Lilly compuso con los labios, concediéndoles forma de capullito rosado, hubiera seducido a cualquier caballero con menor solidez, aunque en modo alguno alteró a Somerton, quien en el culmen de la expresividad se limitó a arquear una ceja.

—Le aseguré una vez que posiblemente soy el hombre más ingrato de Hylton, señora.

Lilly se llevó una mano enguantada al elevado escote para deslizar los dedos sobre los apretados montículos en tanto se humedecía los labios con la punta de la lengua, demorándose aposta en el proceso. Odiaba la forma en la que William Somerton le concedía el tratamiento de señora.

—Ambos sabemos que no es así, señor Somerton, aunque por alguna extraña razón usted insiste en ignorarme.

Tras una estudiada sucesión de parpadeos, deslizó esta vez la mano con la que acababa de acariciarse el escote hasta el antebrazo del caballero para cerrar con fuerza los dedos sobre la manga en un apremiante gesto de posesividad y marcaje. Este detalle sí consiguió finalmente captar la atención de William, quien dirigió una mirada severa a la insistente dama.

—Tal vez el problema radique en que usted no está acostumbrada a que la ignoren —apuntó él.

Sin suavizar la dureza de su mirada, William se movió ligeramente hacia un lado para desvincularse de la prensa que suponía la mano enguantada sobre su antebrazo. La caballerosidad le impedía mostrarse desagradable o brusco con una dama, con cualquier dama, aunque aquella que tenía al lado era una de las que menos amabilidad merecía de su parte.

—Es posible, especialmente cuando se trata de un caballero decidido a no mostrar la debida caballerosidad.

William alzó la barbilla, sorprendido ante tal apunte. Desde la atalaya que suponía su estatura, la observó a través de los párpados entornados.

—No creo haberla ofendido en ningún momento, señora Pemberton, por no hacer gala de mi sentido del honor.

De nuevo aquel mohín que ahuecaba los sonrosados labios en un capullito coqueto.

—Lo hace al no querer bailar conmigo.

William suspiró. Empezaba a sentirse agotado de un coqueteo persistente que no llevaba a ninguna parte. Comprendía que aquel tal vez fuera el pan nuestro de cada día de la señora Pemberton, pero desde luego no entraba en sus planes formar parte de ningún extraño jueguecito. Nunca, cuando fue posible y ella era soltera, deseó un emparejamiento con la dama en cuestión, mucho menos consideraba en el presente complicarse la vida formando parte de sus entretenimientos.

—Si esa es la mayor ofensa que me atribuye, señora Pemberton, creo que por esta vez estoy libre de condenar mi alma a los infiernos.

Lilly, que acababa de encajar la mandíbula debido a la frustración, se vio obligada a resoplar por la nariz. Era eso o patalear como una niña encaprichada con aquello que le es negado una y otra vez.

—No sea malvado conmigo —protestó, consciente de encontrarse sin argumentos ante un hombre que no se lo ponía nada fácil.

—Nunca he mostrado tal faceta de carácter, señora Pemberton, simplemente soy un caballero poco aficionado a la danza —atajó, decidido a terminar con aquel absurdo intercambio—. Espero que usted, en su amplio conocimiento del mundo y de la vida, sea capaz de comprender y asumir tal

realidad. No se sucederá el fin del mundo por el hecho de que un caballero en particular, y mucho menos un aburrido soltero como yo, no desee bailar con usted.

A la vista de que ella nada decía y a riesgo de que continuara insistiendo y adornando sus avances con peligrosa coquetería, William le ofreció un golpe de cabeza seco y firme.

—Buenas noches, señora.

Sin esperar respuesta o reacción, se dio la vuelta para desaparecer del lugar, dispuesto a abandonar la residencia de los Bradshaw y dar por finalizada la velada.

Capítulo 12

Tan solo cuando se encontraba a escasa distancia de la puerta principal de Stuart Lodge fue consciente de hacia dónde lo habían llevado sus pasos y de cómo él, al igual que un demente o un necio, se había dejado guiar.

¿Acudía a visitar a Frederick? ¿Se trataba de eso? ¿Necesitaba conversar con él? Siempre era un placer conversar con Frederick, desde luego, pero lo había visto la noche anterior en el baile de los Bradshaw y no había quedado ninguna conversación pendiente entre ellos.

¿Por qué entonces se encontraba allí de pie, parado como un pasmarote sobre el atrio de grava, mientras miraba el portón como un alma miraría absorta las cancillas que presiden el reino de los cielos a la espera de que sean abiertas para recibirla?

"Da la vuelta. Da la vuelta, William, y regresa por donde has venido".

Exhaló largo y profundo, incapaz de moverse para hacer caso a la voz de su conciencia. En cambio, necio él, dio un paso al frente, un par de zancadas para salvar los tres escalones del pórtico y la mano se aferró con firmeza a la aldaba.

Un elegante *coupé* lacado en color borgoña cruzó en ese instante el camino frente a Stuart Lodge. Sus ocupantes, un feliz matrimonio que regresaba al hogar después de una visita de rigor, compartían risas y conversación en el interior, dedicándose de vez en cuando algún arrumaco perfectamente lícito.

Una vez a la altura del atrio, la pasajera, una de las incondicionales de Lilly Pemberton, abandonó la reciente distracción al percatarse de la presencia del elegante caballero de pelo oscuro y distinguido porte que, con amplias y firmes zancadas, cruzaba en ese instante la entrada de grava. Tanto hubo de pegarse al cristal que un amplio cerco de vaho se formó de inmediato a la altura de la boca.

—Vaya, vaya —murmuró muy seria, fija la mirada en la intencionalidad innegable del caballero—, a Lilly no va a gustarle esto.

Su acompañante, dominado por la curiosidad, imitó la dirección que

tomaban los vivaces ojos de la esposa. Tras un alzamiento de cejas fruto del desconocimiento, comentó aburrido:

—¿Qué podría importarle a Lilly que Somerton visite a los Stuart? Según tengo entendido, mantienen una estrecha amistad desde hace tiempo.

Cuando el caballero atravesó el umbral de la vivienda y toda posibilidad de seguir atisbando terminó, la dama se alejó de la ventanilla para reclinarse en el asiento. Tomó con afecto la mano de su esposo para depositar un beso en el dorso.

—¡Oh, tú no lo entenderías, mi querido John! —La sonrisa que le dedicó a su esposo desapareció cuando regresó de forma fugaz la mirada a Stuart Lodge.

Conocía a Lilly del mismo modo que conocía sus intenciones respecto a William Somerton. Sabía que su adalid se había empecinado en convertir a Somerton en su principal amante y estaba convencida de que, efectivamente, no iba a agradarle enterarse de las visitas asiduas del de Somerton Abbey a aquella familia en particular.

* * *

Hacía un rato que Mary permanecía sentada en silencio frente a la espineta con las manos recogidas cual palomas blancas sobre el regazo y la mirada perdida sobre la hilera de marfil. Seguramente, en aquellos momentos las verdes pupilas se deslizaban sobre las teclas para componer una melodía silenciosa que solo sonaba en su cabeza.

Tras ella, sentado en su sillón al lado de la chimenea, Frederick la acompañaba en silencio. Preocupado por la inactividad de la joven, se ocupaba entonces en observarla con fijeza, repantigado en el asiento, con una pierna doblada sobre la otra a la altura de la rodilla, mientras la diestra acariciaba la barbilla en pensativo gesto.

Mary, en cambio, no pensaba en nada y pensaba muchas cosas en realidad. Le complacía rememorar determinados momentos y al tiempo le preocupaba el sentido que podía tener rememorarlos y acudir a ellos con la frecuencia con la que lo hacía últimamente. Nunca se había considerado especialmente aficionada a infligirse dolor a voluntad, y estaba claro que

abrazarse a los instantes, aunque breves e inofensivos, recientemente compartidos con William Somerton no podría acarrearle otra cosa más que dolor. Hacía tiempo que había comprendido que ilusionarse no tenía sentido y que tampoco resultaba práctico esperar nada del mundo, del prójimo ni de la vida. Siempre acababa por decepcionarse. ¿Por qué entonces se empecinaba en mantener a William Somerton presente en su cabeza a todas horas? ¿Por qué, si asumía y entendía que él le estaba vetado?

Ambos hermanos alzaron la mirada a un tiempo cuando la doncella irrumpió bajo el umbral.

—El señor William Somerton —anunció.

Se levantaron al unísono; Mary, tras un ahogado jadeo pues, en su reciente ensimismamiento, no había visto llegar al caballero pese a encontrarse ubicada frente a la ventana que daba al patio. Esa distracción le negó los segundos necesarios para despabilar los sentidos y encauzar su reacción. Ni siquiera había contado con la posibilidad de huir o de aprestarse emocionalmente para recibirlo, por lo que se limitó a erguirse tan deprisa como le permitió el sentido del equilibrio, llevarse una mano al agitado escote y boquear por un instante como pez arrojado fuera del agua.

William asomó tras la doncella, que se hizo a un lado para cederle la posición. Haciendo rodar el ala del sombrero en las manos, deslizó la mirada por la estancia para detenerla en la joven pálida de aspecto sencillo que permanecía de pie al fondo, frente a su adorado instrumento.

¡Y qué hermosa le resultó en su sencillez!

Ataviada con un vestido color crema festoneado con espigas doradas y anudado bajo el busto, manga corta farolillo, y un sencillo collar de cuentas de coral como único aderezo vistoso, la señorita Stuart recogía el cabello en un rodete a la altura de la coronilla. Sin bucles, sin ornamentos, peinado con sobriedad muy pegado al cuello cabelludo. Enlazaba las manos frente al talle y una leve arruga asomaba a su gesto.

No la culpaba. Él mismo se sentía terriblemente desconcertado en aquellos momentos. Y –¿a qué negarlo?– increíblemente estúpido también.

—¡William, amigo! —exclamó Frederick, desgranando el silencio—. ¡Qué grata sorpresa; no te esperábamos!

William no respondió nada. Tampoco él había planeado aquella visita. Habían sido sus pies. Sus estúpidos pies. Sus pies descontrolados.

—Entra y acompáñanos. Estaba a punto de pedir que nos sirvieran el té.

La doncella se retiró al momento tras la consabida reverencia. Con gesto dubitativo, rodando sin parar el sombrero entre las manos, William se adentró en la estancia para pasar a formar parte de la apacible escena.

—¿A qué debemos el honor? —preguntó Frederick, el último en tomar asiento.

William se humedeció los labios. Su mirada vagaba de la figura de Frederick a la de la su hermana; ser consciente de la mirada inclinada de ella, de sus manos enlazadas con nerviosismo y del color encendido en sus mejillas aumentó su desazón. ¿Le desagradaba tenerlo allí?

—No tuve oportunidad de preguntarte qué tal había ido con Hendelson.

Fue lo primero que se le ocurrió decir. Frederick lo miró un instante con callada suspicacia. Había pasado una semana desde su reunión con el anciano Hendelson; no resultaba muy probable que William abandonara entonces Somerton Abbey tan solo para preguntar por el resultado de dicha reunión cuando se habían visto la noche anterior. Aquella certeza lo divirtió.

—¡Ah, bien! —confirmó—. Al final ha accedido a vender, aunque me temo que el muy tunante se ha aprovechado de mi deseo de comprar. Considero que tiene en mente desplumarme y que yo me dejaré desplumar como un bobo.

Por respuesta, William sonrió e inclinó la mirada. El fieltro del sombrero era un magnífico punto de referencia para tratar de centrarse y dejar atrás su confusión.

Miró entonces Frederick a su hermana y la encontró también demasiado abismada. Comprendió en el acto que, si no hacía nada por remediarlo, aquellos dos podrían continuar toda la tarde sin levantar la mirada del suelo ni decir gran cosa. Y no había tiempo para desaprovechar tan espléndidas oportunidades si pretendía que su plan diera frutos tempranos.

—Mary, querida, ¿considerarías tal vez tocar algo para nosotros? —La aludida levantó hacia su hermano una mirada brillante—. Según tengo entendido, solo hay una cosa que Somerton disfrute más que el sentir de la naturaleza, y esto es la buena música, ¿no es cierto, amigo?

William miró entonces a la joven. Cuando sus pupilas se encontraron en la distancia, se trenzaron de inmediato, como dos haces de luz de jade y

obsidiana que confluyeron a través de la ventana y se entrelazaron hasta fundirse para formar parte de un todo tornasolado.

—Especialmente cuando la música procede de las manos de un ángel.

Capítulo 13

¡Qué complicado resultaba mantener la concentración sabiendo que, pegado a su espalda, permanecía de pie William Somerton!

Y aunque los dedos se deslizaban sobre las teclas con la cadencia de siempre, tan solo ella era consciente –¡por fortuna!– del feroz golpeteo en su pecho, en los pulsos y hasta en las sienes, y de la respiración agitada que obligaba al escote a ascender y descender en violento vaivén. Rogó al cielo para que nada de todo eso resultara apreciable desde el exterior, aunque ella consideraba como un auténtico ciclón de emociones, innegable e indisimulable, todo lo que confluía en las profundidades de su ser. Sería un milagro que los demás no apreciaran la violencia de su sentir en ese instante.

Cuando tocaba cambiar de partitura, el caballero, siempre solícito, adelantaba la mano para desplazar la hoja a un lado. Los ojos de Mary se alzaban entonces de la larga hilera de marfil para seguir la dirección de aquella mano y observar la elegante tela azul marino de la chaqueta, los puños blancos de la camisa adornados con botones de nácar que sobresalían bajo la manga y las dimensiones viriles de aquella mano, a la vez refinada y gentil, de dedos largos y manicura cuidada.

¡Y qué fragancia tan maravillosa eclipsaba sus sentidos y llegaba hasta ella en volandas, tal vez de la música, tal vez de los livianos movimientos que realizaba el caballero a su espalda!

Cerró los ojos y aspiró profundo. Ninguno de sus hermanos despedía una fragancia tan varonil e intensa. Estaba convencida de que, aun sin verlo y guiándose tan solo por su aroma, jamás podría obviar la presencia de William Somerton. Podía sentirlo. Podía intuirlo. Como una esencia secreta y mágica que fluye por sí misma.

William escuchaba embelesado los dulces acordes que aquellas manos de nieve arrancaban a un sencillo y modesto instrumento de madera. Tan solo un ser celestial podría crear magia y belleza mediante un vulgar objeto terrenal. Y mientras se evadía sensorialmente en la magnífica interpretación que fluía en la atmósfera, sus ojos permanecían inamovibles en el oscuro cabello recogido sobre la coronilla, en los diminutos caracolillos que se formaban sobre la despejada nuca y en el curioso canal que se moldeaba en

aquella zona posterior del cuello. La discreta parcela de piel que el vestido permitía al descubierto en la parte alta de la espalda y en los brazos le ofreció la imagen de una tez de porcelana, muy seguramente tan suave como podría serlo la seda o el terciopelo.

Observó los diminutos lunares que pincelaban el inicio de la columna y formaban hermosas constelaciones que jaspeaban un firmamento níveo, y sintió la desesperante necesidad de acariciar aquella zona con sus propias manos o, tal vez, con los labios. Por fortuna, su elevado sentido de la prudencia y el decoro le impidieron actuar con semejante impropiedad.

Cuando Mary finalizó la pieza, William aplaudió con la moderación necesaria para no reflejar un entusiasmo delator ni turbar a una joven de cuya timidez ya era conocedor. Se movió ligeramente para posicionarse al costado de la señorita y conceder a ambos una interacción frontal, aunque por lo pronto ella fijaba la mirada en los pliegues de su falda.

—Creo que no me cansaría jamás de escucharla tocar, señorita Stuart —afirmó.

Mary le ofreció una sonrisa cargada de rubores y timidez y, al punto, prendió la mirada en los dedos que se entrelazaban sobre el regazo.

—E-exagera usted, señor So-Somerton.

—No, en absoluto —continuó él con gravedad. Exhaló por la nariz y, sonrisa en ristre, decidió exteriorizar la realidad que pulseaba en su alma—. Posee usted un don tan solo atribuible a los seres celestiales.

Mary suspiró complacida y abrumada ante halagos de semejante consideración.

—Es de-demasiado ama-amable, me te-temo.

—No lo soy, tan solo sé apreciar la excelencia cuando la tengo delante. —Mary ahogó un jadeo, tan azorada se sentía entonces—. Y hubiera disfrutado muchísimo más si nos hubiera obsequiado con el placer de su hermosa voz.

Mary frunció el ceño de inmediato y, tras unos segundos perpetuando la mirada en los dedos que se abrazaban con nerviosismo, la elevó finalmente hacia William en un inesperado gesto de valentía.

¿Su voz? ¿El placer de su hermosa voz? ¿Hablaba en serio o con qué propósito maléfico podía decir algo así? ¡Su hermosa voz! ¿Se trataba de una

forma disimulada de recordarle su tara? ¿Una burla encubierta? ¿Sarcasmo? ¿Por eso la había halagado primero, para soltar el mazazo después?

—¿Pre-pretende bur-burlarse, se-señor?

William fue consciente del cambio brusco en la expresión de la señorita Stuart, de la sombra que nubló la verde mirada y de la tirantez que perfiló los labios de la joven en fina y severa línea roja transversal. También, y para su completa intranquilidad, del velo acuoso y vibrante que empañaba sus pupilas, alzadas con gravedad hacia él.

—Jamás, señorita Stuart —afirmó muy serio y tremendamente desconcertado. ¿Burlarse? ¿A razón de qué había llegado ella a semejante conclusión? ¿En qué momento apreció burla en sus palabras?

Del mismo modo inesperado en que un día apacible se torna de pronto en la más oscura y violenta tempestad, todo había cambiado en aquella sala, y especialmente entre los dos. Mary Stuart parecía disgustada, contrariada y más próxima al llanto que a cualquier otra emoción. No obstante, jamás podría haber previsto William su siguiente reacción. La joven se levantó del taburete con vehemencia y, con el ceño fruncido, los brazos rígidos a la par del cuerpo y las manos cerradas en puños, lo observaba con dureza.

—Mi her-hermosa voz, dice us-usted… —Y en ese instante, aquella voz hermosa albergaba reproche. Y decepción.

—Su hermosa voz, por supuesto, porque de ese modo la considero. —Un marcado ceño sombreó las oscuras pupilas—. Señorita Stuart, ¿acaso me ha malinterpretado? Yo jamás osaría incomodarla con mi palabras o mis actos, yo…

Calló. Calló porque no sabía qué decir; no acertaba a entender qué sería apropiado expresar o qué estaría fuera de lugar, en especial en un momento tan inconveniente como el presente.

Mary continuaba con la boca apretada y el ceño fruncido, luchando contra la tempestad de sentimientos que confluía en su interior. Las pupilas le centelleaban a causa de las decenas de lágrimas que ya se arremolinaban tras los párpados; el aliento se violentaba de tal modo que dolía hasta respirar. Quizá aquel fuese el momento exacto en el que su corazón empezara a resquebrajarse y que el agujero del pecho, aquel que creía ya cicatrizado y olvidado, se reabriera de golpe para recordarle su existencia. Una que, por cierto, jamás debió olvidar. Porque su voz no era hermosa, solo era un mecanismo traqueteante y horrible.

Consciente del conflicto interno de la joven, William hizo ademán de adelantar una mano hacia ella. Deseaba calmarla, deseaba transmitirle seguridad y hacerle comprender que él de ningún modo osaría ofenderla, si de eso se trataba. No obstante, se refrenó y la mano que se había alzado para separarse apenas del cuerpo regresó de inmediato a su posición.

Mary atribuyó el gesto a la repulsa que ella debía de hacerle sentir, pues parecía que hasta le incomodaba tocarla, de tal forma había replegado el brazo hasta su posición inicial. Las lágrimas, por tanto, oscilaban ya en el arco de las pestañas.

—¿Sucede algo, Mary? —La voz de Frederick se encumbró en medio del silencio—. ¿Somerton?

Fueron los labios de Mary los que se separaron primero para permitir la huida presurosa de un sollozo. Avergonzada por aquel sonoro despliegue de debilidad, humillada por lo que consideró una mofa por parte del único caballero del que no podría soportar semejante gesto, incapaz de continuar sosteniendo el peso de su mirada obsidiana o de asimilar la curiosidad de su hermano, Mary se limitó a llevarse las manos a los labios, girar sobre los talones y abandonar la estancia a la carrera, ante el desconcierto de los dos caballeros que siguieron con la mirada la ondulante estela que la muselina del vestido dejaba tras de sí.

Esta vez fue William quien cerró las manos en puños para abrirlas acto seguido y tensar los dedos hasta que los nudillos se tornaron blancos. Una forma silenciosa e inofensiva de liberar su frustración. No entendía lo que acababa de suceder. Él tan solo había pretendido halagar a la señorita Stuart, tan solo pretendió reflejar su admiración hacia tanto talento y semejante compostura.

Solo deseaba…

¡Diablos, ¿qué acababa de suceder?! ¿Qué había hecho mal?

A pesar de sus nobles intenciones, ella se había sentido ofendida. No había duda de ello a juzgar por el dolor y el desengaño que apreció en su mirada, velada por un llanto pronto a desbordar, por la rigidez de su expresión o por las manos en puños a causa de un desespero silencioso.

Pero… ¿por qué? ¿En qué se había equivocado?

Desvió la mirada hacia el único Stuart presente entonces en la estancia. Frederick lo observaba a su vez en un visaje de notoria contrariedad y estaba

claro que vacilaba entre su deseo de correr en pos de su hermana y la obligación de permanecer con su invitado. Como William tampoco se encontraba cómodo en semejante coyuntura, decidió aligerar la indecisión de su amigo, orillándolo a tomar la decisión correcta.

—Lamento mucho lo acontecido, Frederick. —Habló con atropello—. Está claro que no debí venir.

Frederick se encogió de hombros.

—William, no entiendo… —Miró a su amigo y acto seguido la mirada varió hasta el umbral vacío—. ¿Qué acaba de suceder?

William encajó la mandíbula con dureza. Tampoco él entendía nada.

—Yo… yo tan solo… —Dirigió también la mirada hacia el umbral por el que la joven había desaparecido—, pero ella… ella…

Tras farfullar su desconcierto y concederse apenas unos segundos para la vacilación, luchando contra la necesidad de aclarar lo sucedido y su deseo de no torturarse más, cruzó en silencio la estancia, recuperó el sombrero que lo esperaba en su asiento y abandonó la sala mediante urgentes zancadas.

Mary se limpió con ambas manos en apresurado gesto las primeras lágrimas que se le deslizaron por las mejillas. Tras escuchar el ligero toque en la puerta de su alcoba, agradeció semejante anticipación, pues no soportaría que la encontraran llorando como una magdalena. Ya se había humillado bastante por una tarde y de verdad que jamás hasta el presente se había sentido tan avergonzada como se estaba sintiendo en esos momentos.

—¡Adelante!

Cierto que no disponía de la presencia de ánimo necesaria para recibir a nadie, pero era consciente de que Frederick no quedaría conforme tras su vehemente huida. Su desastrosa huida. Una auténtica espantada, en realidad. Debía al menos una explicación, aunque su alma se encontrara a punto de desmoronarse y la vergüenza la devorara.

Frederick abrió la puerta con delicadeza, mostrando un agradecido respeto por la intimidad de su hermana. Cruzó el umbral en silencio, dejando la puerta entreabierta tras de sí, y se paró a una distancia prudente para conceder a Mary su propio espacio. La joven permanecía de pie en medio de la alcoba abrazándose a sí misma, mientras la mirada se perdía en el suelo alfombrado.

—¿Qué ha sucedido, Mary? —preguntó con suavidad.

Impelida por inesperado resorte, Mary se volvió para ofrecerle rápidamente la espalda; un gesto obligado con tal de negarle la visión de los ojos enrojecidos que continuaban colectando cientos de lágrimas por derramar.

"¿Qué ha sucedido? Pues que me temo que vislumbré un ataque personal en palabras que al parecer no pretendían manifestar nada de ello; tan boba y tan necia resulto ser, querido hermano".

Con el fin de aligerar su inminente desespero, deslizó la mirada esta vez hacia el exterior, hacia más allá del jardín y de la vasta campiña ondulante, y de ese modo permitió al alma volar a través de las cortinas descorridas de la ventana. Un suspiro profundo, sonoro y prolongado resonó en la estancia para actuar como única respuesta.

—William Somerton acaba de marcharse —continuó Frederick—, y te aseguro que jamás lo vi tan contrariado como hasta hace unos minutos.

"Lo he estropeado todo… por segunda vez".

Mary se llevó una mano al agitado escote y exhaló profundo. La culpabilidad, esa marea creciente que avasalla el alma y empuja y se estrella contra la razón como las apabullantes olas se estrellan contra el acantilado más enhiesto, empezaba a colisionar con fuerza contra su propia razón.

—No sé qué habrá pasado, Mary. —Al observar el vaivén de los hombros de su hermana, ligeramente encogidos en innegable pose sumisa, Frederick comprendió que la joven se encontraba en un estado importante de agitación—. Pero Somerton jamás te molestaría deliberadamente, si eso es lo que crees que ha sucedido.

Mary se mordió el interior de las mejillas y por un instante apretó los párpados, aplastando en el proceso toda la legión acuosa que se acumulaba detrás.

—Te aseguro que es un hombre íntegro, noble y de gran dignidad. El más honrado que he conocido nunca.

—Lo s-sé —susurró apenas.

—Y puedo asegurarte que te tiene en muy buen concepto.

Esta vez Mary ahogó un hipido que acabó transformándose en un

suspiro extraño, a medio camino entre el gemido y el sollozo. Frederick quiso dar un paso al frente, pero se contuvo. Sabía que su hermana necesitaba disponer de cierto espacio emocional y que no aceptaba compasión de ningún tipo, ni aun tratándose de su propia sangre. Quizás especialmente tratándose de su propia sangre. No obstante, era hora de que Mary abriera los ojos a la realidad y dejara de esconderse detrás de sus propias dificultades. No era, ni mucho menos, el patito feo con el que se empeñaba en identificarse.

—Sé que el pasado no ha sido benévolo contigo y que ciertas personas han mostrado una falta de empatía incomprensible hacia tu persona. —Habló con toda la firmeza que fue capaz, deseoso de que Mary recapacitara—. Todo eso lo sé, querida hermana, pero también soy consciente de que eres una mujer fuerte y sin duda la más valiente que he conocido jamás.

Mary, manos en los labios, contuvo un hipido mientras negaba despacio con la cabeza.

—Ya no eres esa muchachita vulnerable que continuamente se escondía tras las cortinas o las columnas para tratar de pasar desapercibida durante el transcurso de un baile. Eres una mujer de veintidós años, fuerte, inteligente, juiciosa… y muy bonita. No tienes que esconderte ni considerar que todo aquel que se acerque a ti lo hace con el propósito de ofenderte o burlarse. No todo el mundo tiene el ama podrida.

Mary exhaló, mientras una lágrima solitaria descendía por su mejilla. Toda su vida había sido eso: burlas y risitas encubiertas tras un abanico. Miradas compasivas y misericordiosos alzamientos de ceja en su presencia. Comentarios ofensivos y miradas lascivas, secundadas de la consiguiente risa socarrona por parte de aquellos caballeros que observaban un exterior aceptable, pero que eran conscientes, además, de ese interior defectuoso por el que ninguno consideraba que merecía la pena transigir.

—Posees, además, un don especial para la música y el canto —continuó Frederick minando la coraza de su hermana, que ya empezaba a doblegarse y a ceder—. Acepta que las almas nobles deseen acercarse para admirar todo ello. Y William Somerton sin duda es una de esas almas nobles.

Después de la reflexión, silencio. Mary permaneció a la espera durante algunos segundos hasta que escuchó la puerta cerrarse despacio a su espalda. Se volvió con urgencia para comprobar que se encontraba sola y fue entonces cuando aquellas lágrimas que se habían permitido esperar bailando en el arco oscuro de las pestañas se lanzaron en presurosa carrera por el fino rostro de la muchacha.

Capítulo 14

Había amanecido un día fresco, engalanado de esa brisa que agitaba las hierbas altas, los lirios amarillos que concedían color a la campiña y las frondosas copas de los abedules y los sauces hasta conformar en su conjunto una pintoresca marea verde ondulante. La humedad imperaba en el ambiente y perfilaba de colores vívidos la naturaleza como si de una acuarela recién barnizada se tratara.

El sol se filtraba apenas por entre las plomizas y gruesas nubes que escarchaban un cielo firmemente encapotado. Llovería muy pronto, por lo que Mary decidió salir a caminar. Necesitaba poner en orden sus pensamientos y aliviar la desazón que le torturaba el alma. Después de las palabras de su hermano la tarde anterior y tras pasarse en vela la mitad de la noche atormentada por la certeza de una reacción que al fin consideró excesiva, se sentía terriblemente avergonzada de sus impulsos. ¿Qué era ella, acaso una niña tonta deseosa de atención? ¿En qué momento se le había ocurrido tergiversar una simple apreciación del señor Somerton para, con semejante sentencia por bastión, abandonar la estancia y dejarlo con la palabra en los labios? ¿Tan elevada era su vanidad para considerar que él podría siquiera alentar la intención de fijarse en ella?

William Somerton era uno de los afectos de sus hermanos, en especial de Frederick. Después de las recientes horas de desvelo y de un sentimiento de culpabilidad que la acompañaba sin contemplaciones, comprendía que el caballero jamás se hubiera burlado de ella en su propia casa y mucho menos en presencia de Frederick. Se trataba de uno de sus vecinos más cercanos y del mejor amigo de su hermano mayor, por más señas.

No, de ningún modo se burlaría de ella.

Por el contrario, seguramente sintiera un obligado instinto de protección –y esa ingente dosis de compasión que Mary tan profundamente detestaba– hacia la hermana pequeña de un caballero amigo. Una joven, pobrecilla, tartaja y solterona, sin ningún atributo para destacar a fin de ser tenida en cuenta.

No se burlaría de ella por el simple hecho de que ella no era nada para él.

Caminaba tan absorta en sus cavilaciones que, cuando escuchó las risas, ya fue demasiado tarde. El camino se presentaba amplio y despejado; a ambos márgenes tan solo surgían esporádicos arbustos rastreros que no ofrecían la posibilidad del más mínimo amparo. Tocaba, pues, aprestarse para la batalla. Al menos se había salvado de enfrentarla durante todas aquellas semanas desde su llegada a Hylton, lo cual ya estaba resultando demasiada fortuna y, desde luego, no podía perdurar.

—¡Mary Stuart! —exclamó Lilly con una ceja enarcada y clara expresión de desagrado—. ¡Qué sorpresa!

Lilly recordó en ese momento a otra necia similar: Sophia Somerton; con la salvedad de que Sophia pertenecía a una familia tan bien posicionada en sociedad y tan favorecida en caudales que resultaba imperativo mostrarle una cierta deferencia. Por más que la detestara, y por descontado que la detestó toda su vida, Lilly siempre debió morderse la lengua en su presencia y contener sus impulsos de ridiculizar a la Somerton en público.

—Aunque no precisamente agradable… —murmuró por lo bajo, pretendiendo que tan solo su camarilla escuchara el comentario. Por supuesto, el tono de voz resultó lo suficientemente elevado como para ser escuchado por Mary.

La señorita Stuart pertenecía a una familia normal, bien posicionada y reputada en sociedad, pero en absoluto comparable con el estatus de los Stanford o con cualquier otra familia notable del condado. Carecía, desde luego, de los haberes necesarios para que alguien como Lilly la tuviera siquiera en consideración, por lo tanto, no estaba obligada, ni mucho menos, a mostrar la menor deferencia a su ridícula persona.

—Es la primera vez que la vemos desde su llegada a Hylton —continuó, barbilla en alto y párpados entornados con altivez. Ataviada con un vestido azulón de manga larga y chal de seda a juego descolgado sobre los brazos, semejaba una nube presta a la tormenta, una nube que cargaba rayos y truenos —. Y, según tengo entendido, de eso han pasado ya algunas semanas. ¿Se puede saber dónde se esconde?

Las risitas de las lilliotas no se hicieron esperar. Tomadas del brazo, semejaban un trío destructor e implacable disimulado bajo gasas de colores, adornos variados, caracolillos dorados y guantes de raso. Y, por supuesto, miradas araneras y sonrisas hipócritas que no dejaban de sucederse.

Mary inhaló profundo por la nariz mientras recordaba las palabras de Fred: “Ya no eres esa muchachita vulnerable que continuamente se escondía

tras las cortinas o las columnas…”.

—N-no me es-escondo.

Intentó mostrarse tan firme y serena como fue capaz, aunque en el fondo le doliera la barriga de puro nervio y las rodillas se entrechocaran. Quizás el hecho de mostrar, además, las manos enlazadas y los dedos apretados con firmeza resultara una delatora muestra de lo que confluía en su interior.

Lilly la observó con gran sorpresa. ¿Aquella tonta mostraba la tremendísima soberbia de atreverse a replicarle? Tal vez debía bajarle un poco los humos.

—¡Pues debería hacerlo, por Dios! —exclamó airada—. ¡Esconderse en el agujero más remoto del mundo para que nadie pudiera encontrarla!

Las lilliotas se llevaron la mano enguantada a los labios para tratar de disimular –sin éxito alguno– sus sonrisas pérfidas. Aunque fuera Lilly la ejecutora de semejante descortesía, el hecho de que ellas la secundaran con risas y aceptación las convertía igualmente en déspotas y cómplices de la maldad de su líder.

—¿Usted se ha mirado al espejo esta mañana, señorita Stuart?— continuó Lilly con absoluta impiedad. De hecho, la observaba como si se tratara de una boñiga humeante arrojada en mitad de su camino.

—¿Acaso tendrá un espejo? —apuntó otra lilliota en un ramalazo de despiadada inspiración.

Todas rieron a coro, aunque era Lilly quien más duramente parecía pretender fulminarla con la mirada.

—Dudo de que posea uno, queridas, pues en verdad resultaría un suplicio tener que contemplar cada mañana el escaso favor que se le debe al Cielo. —Deslizó una mirada despectiva por la silueta de la joven—. ¿Se puede saber de qué arcón ha sacado ese horroroso vestido? ¿Tal vez del ajuar de su abuela? ¿O lo ha aprovechado de las viejas cortinas de su salón?

Las risas de las lilliotas cobraron mayor sonoridad y de hecho resultaban tan molestas como insultantes, de tan vibrantes y tan malignas.

Y aunque no pretendía seguir el juego de aquella criatura malintencionada y de su insidioso séquito, no pudo evitar Mary descender la mirada al descuido por su atavío. Un vestido amarillo, sin ningún ornamento más allá del lazo ligeramente más claro que ceñía el busto o los ahuecados

bullones de la chaqueta Spencer color verde musgo con la que se cubría, componía un conjunto terriblemente sencillo en comparación con las sedas de colores vivos, los elegantes chales, los guantes de raso y los bonetes de elevada copa trenzada que utilizaban ellas.

—Si me admite un consejo, ¡búsquese un agujero y no lo abandone jamás, señorita Stuart!—La perfidia de Lilly parecía no tener fin—. No sería justo para ninguna de nosotras sufrir la penosa tortura de tener que encontrársela y verse en la obligación de conversar con usted. ¡Resulta tan aburrido invertir diez minutos para escuchar sus salutaciones! ¡Bu-bu-buenas tardes! ¡Bu-bu-buenas noches!

Las lilliotas, que no dejaban de reír y mirar a Mary de forma sesgada, cabecearon su conformidad.

—No tenemos tiempo para perderlo tratando de adivinar lo que quiere decir —corearon—. ¡No somos adivinas!

Lilly se inclinó entonces hacia la señorita Stuart para silabear con exageración sus siguientes palabras.

—¡Claro que no tenemos tiempo, nadie lo tiene en realidad, para detenernos a escuchar cómo usted necesita emplear sus buenos cinco minutos hasta para decir su nombre! —Regresó a su posición para observarla con marcado desdén—. Hágase un favor a usted misma, y desde luego a todo el pueblo, y quédese en su casa, señorita Stuart, no nos torture al imponernos su simple contemplación. —Recordó entonces lo que una de sus afectas le había contado recientemente—. Y tampoco se emocione porque determinados caballeros tengan a bien visitar su casa. No lo hacen en deferencia a usted, desde luego. Según tengo entendido, se trata de una grave incomodidad que, en honor a su elevado sentido del deber, dicho caballero asume por el hecho de conservar la amistad que mantiene con su familia. Una imposición, eso es usted para él. —Alzó la barbilla en un gesto que destilaba arrogancia y altivez —. Continuemos, chicas, algunas tenemos cosas que hacer y personas a las que visitar en lugar de pasear solas por el bosque como vulgares campesinas.

Imitando a su líder, las lilliotas alzaron la barbilla a un tiempo para dar a entender a la señorita Stuart tanto su indiferencia como la distinta posición social que ocupaban con respecto a ella. La rebasaron con absoluta indolencia. Una de ellas, incluso, tuvo a bien volver la mirada por encima del hombro para sacarle la lengua.

Mary permaneció parada en medio del camino sin permitirse ni por un instante mirar atrás. No era la primera vez que se enfrentaba al veneno de

aquella camarilla y desde luego el hecho de haber permanecido dos años lejos de su perfidia no la había llevado a olvidar el doloroso alcance de esta. Pero la mención a William Somerton había hecho mella, ciertamente, en su corazón.

Las lilliotas no tenían piedad. Nunca la habían tenido. Sin embargo, las palabras de Lilly se asemejaban tanto a las dudas que ella albergaba… ¿Y si William era amable tan solo por compromiso? ¿O por compasión? Inhaló profundo y apretó un instante las manos en puños para tratar de insuflarse arrojos.

Debía continuar.

Y mantenerse firme.

Lilly Pemberton no podía marcar su destino.

Ni ella podía permitirlo.

Capítulo 15

William no volvió a pasar por Stuart Lodge en los días venideros. Y no por falta de deseo o gusto de realizar dicha visita, desde luego, pues en más de una ocasión se encontró de pronto a lomos de su caballo, parado a cierta distancia de la vivienda de sus amigos y oculto entre la espesura del bosque, mientras observaba con estúpida fascinación el lugar.

Luego, cuando la razón le volvía al cuerpo y se percataba de la situación, de lo idiota que debía resultar allí parado como un furtivo o como un inexperto zagal, cerraba las manos en puños sobre las riendas, encajaba la mandíbula y espoleaba su montura para alejarse de allí tan rápido como dieran las poderosas patas del animal. Si hubiera podido huir a lomos de una centella, sin duda lo hubiera hecho.

Después, en la intimidad y seguridad que concedían los muros de Somerton Abbey, trataba de analizar a fondo y en profundidad sus sentimientos. Pero como aquellos largos lapsos de reflexión no lo orillaban a ninguna conclusión certera, terminaba al fin más confundido y frustrado que al inicio.

¿Qué estaba sucediendo en su cabeza? ¿Qué, en las profundidades de su alma? ¿Qué era aquello que sentía y lo torturaba de forma inequívoca? ¿A qué obedecía aquel repentino anhelo, aquella añoranza de alguna cosa a la que no osaba poner nombre? ¿Y acaso tenía nombre todo aquel maremágnum que le agitaba las entrañas y volvía sus vísceras del revés?

Intranquilo, irritable, confundido, mohíno… esos términos pululaban en su interior y asomaban demasiado a menudo a la superficie, como ramilletes de algas flotantes que se arremolinan desde el fondo para emerger y permanecer inamovibles en el exterior.

En su confusión, solo era consciente de que, si miraba hacia el interior de su ser, hasta allí donde palpitaba su psique, sentía un deseo inaplazable de realizar una visita a Stuart Lodge, de escuchar tal vez la música celestial procedente de las profundidades del alma de la señorita Stuart, y dejar las horas correr en la más grata de las compañías, sin hacer nada más que observar a la joven, mientras se regocijaba en la contemplación de aquel ángel sereno y de su maestría al frente de un piano…

También experimentaba el temor a enfrentarse de nuevo a aquella mirada a la que jamás hubiera atribuido tanta dureza y tanta decepción como en el momento en el que los jades se transformaron en vidrios implacables.

¿Se trataba de eso? ¿Eso era lo que él añoraba? ¿Contemplar sin ser visto aquel rostro de luna llena y mirada amable, cuya sonrisa apenas había llegado a intuir? ¿Añoraba presenciar su esencia tranquila, su gesto sencillo y su apariencia discreta? ¿La añoraba a ella?

Se habían visto en muy pocas ocasiones, insuficientes en todo caso para propiciar ningún tipo de inclinación; pero para él, que jamás había alimentado simpatías de índole devota hacia ninguna joven en particular, aquel remolino interno que lo sacudía, lo estremecía y lo allegaba a la vigilia era algo completamente imposible de obviar.

Resultaba algo nuevo, algo desconocido, algo frustrante por momentos, debido a la incomprensión y al desconocimiento. Algo demasiado fuerte como para no ser tenido en cuenta.

* * *

Mary fijó la mirada en los dedos enlazados con fuerza sobre el regazo. En aquellos nudillos de pronto blancos, en las uñas que se le clavaban en la carne y en las manos que, de forma inconsciente, se aferraban con desesperación. Y al reparar en cada pequeño detalle de su gesto, se percató también del profundo ceño que le sombreaba la mirada y de la dureza de la mandíbula al encajarse.

¿Qué acababa de pasar hacía escasos segundos? ¿Acaso se había vuelto loca de pronto? ¿Acaso había sido capaz de desobedecer sus principios sin apenas permitirse una ligera vacilación?

Siendo fiel a la verdad, era justo reconocer que sí, había vacilado un tanto. Sin embargo, cuando determinado rostro, determinado nombre y determinada presencia acudió a su memoria, las palabras –posiblemente equivocadas– acudieron también raudas a sus labios, como bandada de gorriones que emerge con gran algarabía de la espesura.

Y por tanto, basándose en dicha presencia y en semejante remembranza, acababa de decirle a Frederick que sí, que asistiría a la reunión en casa de los

Smith.

Frederick había asegurado que no se trataba de un baile, que los Smith tan solo se habían permitido invitar a cuatro o cinco familias del pueblo y que, en realidad, el evento se ajustaba más a una sencilla reunión amenizada sin duda por la propia señora Smith y por aquellas convidadas que tuvieran a bien compartir su talento musical con los presentes que a un gran festejo en sí.

Mary escuchó la explicación en perfecto silencio, con la mirada inclinada y el gesto insondable. Sabía lo que debía hacer, por su vasta experiencia en tales lides: desatender la invitación, tal y como era costumbre. No obstante, al nombrar la segura asistencia del señor de Somerton Abbey, sus pupilas se permitieron alzarse del suelo para fijarse anhelantes en el rostro de su hermano, que continuaba hablando sin parar.

William Somerton asistiría a la velada.

William Somerton, a quien hacía días que no veía.

William Somerton, en quien pensaba día y noche.

A los labios de Mary acudieron en el acto las palabras precisas y, cuando quiso darse cuenta de lo que había hecho, ya era demasiado tarde para retractarse con dignidad. Un sudor frío le recorrió la columna vertebral para efectuar una brutal sacudida en la nuca.

Acababa de confirmar su asistencia ante un Frederick que no se molestó en ocultar, o al menos disimular, su contento.

Capítulo 16

Aquello había sido un error. Un completo y soberano error. Todo el mundo la miraba sin molestarse siquiera en disimular y, si bien resultaba comprensible tal grado de curiosidad tras dos años de ausencia, sabía que no estaba preparada, como no lo había estado nunca, para ser el centro de atención.

Semejante fijeza en las miradas y falta de diplomacia en los cuchicheos ya rozaban la descortesía. Y resultaba obvio que, muy a su pesar, se había convertido aquella noche en la jugosa novedad, en el principal tema de conversación y en el blanco de todas las miradas. Por cierto que no entendía qué esperaban encontrar tras un escrutinio más que minucioso. ¿Creían acaso que le habrían nacido cuernos, orejas de gato o bigotes de zorro?

Deambuló un rato por la estancia, esquivando los grupos familiares en los que se detenían sus hermanos para ofrecer sus salutaciones. Ella, no obstante, tras la consabida reverencia, se esfumaba como bruma etérea para permanecer a salvo en la seguridad que proporcionaban los ángulos oscuros. Su propósito era mantenerse al margen, lejos de miradas e indagaciones molestas, y dejar el tiempo correr antes de que llegara la hora de regresar a casa. Si resultaba necesario, estaba más que dispuesta a salir al jardín y merodear entre los macizos florales con tal de alejar de su persona cualquier resquicio de interés.

Por suerte la velada se extendía por toda la planta baja de la vivienda, por lo que resultaba cómodo pasearse por las distintas estancias y elegir en cuál podría pasar desapercibida. Se decantó, por tanto, por una sala bastante amplia aunque no demasiado iluminada, que consideró menos concurrida. Allí, medio oculta entre los claroscuros y al amparo de una frondosa higuera hoja de violín que ornaba uno de los rincones, deslizó la mirada por el lugar.

Frederick había asegurado que no asistirían más que unas pocas familias de Hylton y, en efecto, se habían personado apenas cinco o seis familias del pueblo. Considerando que cada familia podía contar con un número de vástagos no inferior a tres o a cuatro, los Smith habían reunido bajo su techo, casi sin darse cuenta, a un buen número de almas. Por supuesto, entre dichas familias se encontraba la formada por Lilly y su esposo, aunque de este último no hubiera ni rastro. Tal asunto parecía no incomodar demasiado a Lilly,

quien se mostraba bastante entretenida coqueteando con tal o cual caballero dispuesto a seguirle el juego.

Continuó paseando la mirada entre los asistentes, se sentía incapaz de detenerla en ningún punto concreto. Las manos enlazadas frente al talle, retorciéndose en un apretón frenético, los ojos que se deslizaban por todas partes sin detenerse en ninguna localización certera y el nudo en la garganta que no se movía por más que tratara de empujarlo enviando saliva cada tanto resultaban señales más que evidentes para su inteligencia. Ser consciente de que aquel desesperado escrutinio y todos sus gestos en realidad obedecían a la necesidad de buscar a ese alguien en particular, y asimilar que el grado de ansiedad creciente que se le apoderaba del alma tras no encontrarlo por ninguna parte fue un descubrimiento devastador.

¿A qué negarlo? Había asistido con el único propósito de verlo, aunque nada más fuera desde la distancia, como había sucedido siempre. Nunca habría aspirado a más que a una observación silenciosa, prudente e inofensiva. Pero si lo viera, ¡ay, si lo viera aunque fuera de lejos!, calmaría su angustia de los últimos días, y el sentimiento de culpa que la perseguía tras su exagerado comportamiento podría tal vez aligerarse.

Y se sentiría feliz.

"¿Eres consciente de la gravedad o lo humillante de tus pensamientos, Mary?".

Sí.

Quería ver a William Somerton, necesitaba ver a William Somerton. Pero el destino parecía poco dispuesto a mostrarse benévolo, pues William no aparecía por ninguna parte, pese a haber sido invitado.

* * *

William tuvo que resignarse a tolerar la presencia de Lilly a su lado. Una vez que la dama lo descubrió en su improvisado refugio en un flanco de la chimenea, sin el menor reparo, escrúpulo o cortesía, se acercó a él para posicionarse a su diestra, sonrisa en ristre y abanico en mano.

Como algunos invitados los miraban, se vio obligado a permanecer en su sitio. Abandonar el lugar de inmediato tras su llegada, tal y como en verdad

deseaba, hubiera dado paso a murmuraciones, especialmente tratándose de la señora Pemberton y de él mismo, un codiciado soltero. Por tanto, se limitó a continuar con lo que llevaba haciendo durante la última media hora: degustar su *brandy* y observar con desinterés. Había funcionado bastante bien hasta el momento; la zona en la que se había apostado permanecía entre luces en un ángulo de la estancia frecuentado tan solo por caballeros demasiado aburridos como para engrosar los grupos de conversadores de las otras salas. Nadie lo había importunado más allá de las cabezadas de rigor y algún que otro alzamiento de copa de cortesía. Supuso, por tanto, que en aquella estancia tranquila y alejada de otras salas más concurridas se encontraría perfectamente a salvo… hasta que apareció Lilly Pemberton, quien parecía poco dispuesta a consentir una permanencia tranquila.

—¡Menuda decepción de fiesta! —protestó, barbilla en alto y mirada olímpica sobre la sala—. ¡Ni siquiera un cuarteto de cuerda! —Jadeó indignada—. ¿Cómo se les ocurre celebrar un convite sin la posibilidad de bailar? ¿Qué clase de evento pensaban organizar con los invitados aburridos por toda la casa? ¡Por Dios que los Smith han caído muy bajo esta vez!

William suspiró en profundidad. No se sentía con la presencia de ánimo suficiente para tolerar una vez más las banalidades de aquella criatura.

—Aunque usted no lo crea, señora Pemberton, hay personas que se sienten satisfechas con el simple hecho de compartir tiempo y conversación con sus vecinos y amigos.

Lilly jadeó de nuevo.

—¡Oh, no lo dirá por usted, que permanece en la sala más oscura y fea de toda la casa, privándonos a los demás del placer de su compañía!

William puso los ojos en blanco. Agradeció que, al menos en esa ocasión, no tuviera que enfrentarse a la inconveniencia de negarle un baile a aquella insistente mujer, aunque tenía claro que se lo negaría una y mil veces si fuera menester.

Lilly deslizó la mirada en derredor con aire crítico.

—¿Ha visto, señor Somerton? Apenas tres candelabros de pie y unas cuantas sillas contra la pared. Han dejado este lugar vacío como un páramo desolado, ¡qué vulgaridad! ¡Qué falta de gusto y estilo!—Agitó el abanico con brío frente al rostro, perfectamente indignada.

William miró en torno y comprendió que jamás hubiera podido

considerar fea o carente de gusto aquella estancia en particular. Era amplia y ciertamente no se encontraba demasiado iluminada, tal vez porque los anfitriones no consideraron que los invitados fueran a escogerla aquella noche habiendo otras más alegremente alumbradas. Tampoco echó en falta una gran preponderancia de mobiliario; los enormes lienzos que llenaban las paredes desde una media altura hasta los elevados techos, el pulido mármol rosado del suelo, resplandeciente como el cristal, o las tres arañas de cristal suspendidas del techo, aunque sin encender en aquel momento, ofrecían a su parecer un conjunto elegante y sobrio. No se precisaba nada más. De hecho, detestaba las decoraciones demasiado recargadas.

Un ligero movimiento apreciado a través del rabillo del ojo captó su atención en un escenario tranquilo y en penumbra. Apenas una sombra fugaz y silenciosa cruzó el umbral, procedente de la estancia de al lado, para deslizarse por la habitación con prudente sigilo. Fue obvio que Lilly también descubrió dicha sombra, a juzgar por el sonoro chasquido de lengua que sonó a continuación. Quizá también había pateado el suelo con su botina, aunque esto último no podía William asegurarlo.

—¡Oh, vaya, no imaginé que fuera a presentarse, menudo fastidio! —protestó, agitando con furia el abanico—. Creía que los Smith no podrían caer más bajo, pero veo que me equivocaba…

William no respondió. En realidad, ni siquiera escuchó un comentario tan déspota como carente de tacto, pues, de lo contrario, un caballero como él hubiera replicado como era menester. Sin embargo, se encontraba tan perfectamente ocupado observando a la recién llegada que cualquier otro sentido diferente al de la vista permanecía anulado. Y al igual que los sentidos, por fortuna para Lilly, también el entendimiento.

Mary Stuart aparecía absolutamente encantadora y fascinante en su naturalidad, como un hada de los bosques o una ninfa etérea de las aguas. Se deslizaba por la estancia, siempre muy cerca de la pared, con el sigilo y la discreción de una criatura feérica. Ataviada con un sencillo vestido gris –distante por completo de la apabullante profusión de muselina de colores brillantes y los mil encajes de Lilly– ornado con discreto enrejado negro en el busto y en las mangas cortas abullonadas, guantes hasta el codo del mismo tono que el vestido, sin otra joya en el escote más que las sutiles elevaciones níveas que formaban las clavículas y luciendo un sobrio recogido a la altura de la coronilla que permitía una visión despejada de su cara de luna, la señorita Stuart llenaba toda la estancia con la luz de su presencia, aunque ella se empeñara en ocultarla entre claroscuros. Y William, incapaz de ignorar un fulgor tan radiante como hermoso, solo podía contemplarla con la boca abierta

y la mirada inamovible.

—Mírela ahí, sola en un rincón, olvidada por todos e invocada por nadie… —Lilly se pronunciaba con marcado desdén, consciente de la atención que aquella necia robaba al caballero, arrebatándole a ella, por tanto, la posibilidad de monopolizar dicha atención—. Estoy segura de que nadie la echará en falta en ningún lugar y, sin embargo, ella ahí continúa, en apariencia tan conforme con su propia existencia como si de una reina se tratara.

Aquellas malévolas palabras debieron de algún modo escabullirse entre la bruma de la abstracción para colarse en la sesera de William y tocar nervadura, pues este al fin reaccionó. Desde la poderosa atalaya que le confería su estatura, observó a Lilly con disgusto y el ceño fruncido a severidad.

—La mitad de los asistentes de esta noche sienten compasión por ella —continuó Lilly, ajena al borboteo que agitaba las entrañas de su acompañante —. La otra mitad, indiferencia.

William cerró las manos en puños.

—¿En qué mitad se encuentra usted, señora Pemberton? —preguntó sin disimular brusquedad.

Lilly fue consciente de la gravedad del tono empleado, pues por un momento miró al caballero con extrañeza, la mirada elevada hacia los centelleantes orbes de Somerton, que se aposentaban en ella con una dureza implacable, y balbuceó sin llegar a articular palabra.

—En el de la indiferencia, desde luego —apuntó, recuperándose de la sorpresa inicial para alzar la barbilla con su arrogancia habitual—. No podría ser de otro modo. —Enarcó una ceja con suspicacia y altivez—. Supongo que William Somerton se encuentra en el de la compasión, tratándose usted de un caballero y ella de una pobre incapacitada.

William tragó seco. De no tratarse Lilly de una dama, no hubiera dudado en arrojarle un guante a los pies. Pero Lilly, por más malévola, despiadada e insufrible que resultara, continuaba siendo una mujer, y debía guardarle la debida deferencia. Tratando de serenar la violencia de sus emociones y actuar con el temple que lo caracterizaba, se cuadró ante ella.

—Jamás podría experimentar compasión por la señorita Stuart —declaró muy serio— cuando la considero una mujer encantadora y especialmente sencilla, y digna de admirar. —Lilly boqueó y no dudó en llevarse una mano

al escote, abrumada por las palabras del de Somerton Abbey—. Buenas noches, señora Pemberton, espero que el resto de la velada le resulte al menos provechosa, aun sin cuarteto de cuerda.

Y ante la mirada airada de la dama, William cruzó la estancia a grandes zancadas en pos de la persona por la que llevaba demasiadas noches en una vigilia desquiciante.

—¡Señorita Stuart, qué grata sorpresa!

Mary se sintió impelida a ahogar un jadeo –y a llevarse una mano al pecho para tratar de ocultar el violento vaivén que la hizo agitarse de pronto– nada más escuchar aquellas palabras a su espalda. Tal y como había intuido siempre, había ido capaz de identificar al propietario de aquella voz grave, baja y varonil antes incluso de que se presentara ante sus ojos. Además de haber percibido su fragancia intensa y amaderada tan característica, atribuible ya para siempre a una única persona, su voz resultaba inconfundible. Se volvió, encendido el color, para encontrarse con la silueta apuesta, atractiva y magnífica de William Somerton, lo que le valió la contención de un nuevo jadeo.

Ataviado con un frac de terciopelo borgoña oscuro, chaleco gris de filigrana, alzado cuello de camisa y abultado lazo de *cravat*, semejaba un príncipe o el protagonista de una novela romántica. Las pobladas patillas, tan largas que recorrían el contorno de la mandíbula hasta la mitad de la mejilla y el abundante cabello oscuro, alborotado al frente según la moda, propiciaban esa imagen de héroe caballeroso e hidalgo.

—No esperaba encontrarla hoy aquí.

"Ni yo contaba con asistir. De hecho, lo único que me empujó a acompañar a mis hermanos fue la ilusión, quimérica e ingenua, de poder verlo, señor Somerton". Por el contrario, solo dijo:

—Mis her-hermanos se en-encuentran en la-la otra sa-sala, sa-saludando a-a los Delaney.

Acto seguido, inclinó la mirada, avergonzada una vez más de su torpeza lingüística. William esbozó una sonrisa amable.

—¡Oh, será un placer saludar a Frederick y a Rodrick más tarde, por supuesto! —Se silenció un instante para concederse el placer de observar a la joven durante unos segundos—. No obstante, debo reconocer que yo albergaba secretamente la esperanza de verla a usted.

La mirada de Mary se alzó en el acto para encontrarse con aquellas pupilas de brea que la observaban con amabilidad.

—Y veo que, por algún motivo que desconozco y del que seguro no soy merecedor, el universo ha tenido a bien atender mis esperanzas.

Mary frunció el ceño.

—¡Señor Somerton… yo…!

Se calló, y no por su maldita lengua de trapo esta vez. Enmudeció porque sabía que ninguna palabra apropiada acudiría a sus labios y que su comportamiento pasado resultaba tan vergonzoso como humillante. Rápidamente, sus ojos bajaron hasta la puntera redondeada y forrada de raso de los zapatos.

Consciente de la intranquilidad de la joven, de su ceño fruncido, de las pupilas brillantes que acogían lágrimas silenciosas, del color de las mejillas –que a su parecer la hacía lucir encantadora, pero que seguramente a ella la incomodaba–, decidió salir al paso para aliviarle la congoja.

—Quisiera aprovechar el encuentro para ofrecerle mis sinceras disculpas, señorita Stuart.

Ella levantó rauda la mirada para ofrecer una expresión de completa incomprensión. "¿Sus… disculpas?".

—¡Pe-pero no-no es us-usted el que de-debe dis-disculparse, señor! —Meneó la cabeza en negación, frustrada al ser consciente de que, cuanto más nerviosa se sentía, más se le enredaba la lengua.

—Tampoco usted, señorita Stuart. —Ella lo miró con timidez—. Porque usted simplemente malinterpretó mis palabras; tal vez porque no fueron expresadas en el momento adecuado ni en el modo correcto. La falta de tacto ha sido mía, así que le ruego que no se torture más. Perdóneme, si es que puede hacerlo.

La mano de Mary de nuevo acudió al agitado escote para tratar, en vano, de aliviar el violento azote del corazón. Aquel hombre no solo era apuesto, magnífico y hermoso como un dios romano. Además de todo eso, que no era poco, se mostraba como un auténtico caballero, digno heredero de las leyendas artúricas.

—Es us-usted muy a-amable, se-señor So-Somerton…

Y lo era.

Lo era.

La única tonta allí había sido ella y, sin embargo, él se aplicaba toda la culpa.

—Pe-pero no debe obviar que mi com-comportamiento la úl-última vez ha sido ver-vergonzoso. No de-debí salir co-corriendo… —Y de nuevo calló porque cada vez que abría la boca se trababa más y más. Y más grande era también su congoja.

William dio un paso al frente y alzó la mano para tocar con suavidad el codo enguantado de la joven. Aquel roce apenas intuido consiguió actuar como certero calambrazo en la columna vertebral, y en el espíritu, de la señorita Stuart.

—Entonces ambos nos sentimos culpables con el otro por nuestras acciones pasadas —concedió él—. Por mi parte, no me sentiré ofendido ni disgustado en modo alguno si usted es capaz de agasajarme ahora con una sonrisa.

Por fuerza Mary tuvo que sonreír, pues William la miraba con tal profundidad y sus labios se estiraban tan afablemente, sus palabras eran tan dulces y el propio corazón zumbaba con semejante fuerza ante su simple presencia que le debía al menos esa sonrisa que solicitaba.

—Tan solo le ruego que sea capaz de no interpretarme de forma incorrecta en el futuro, pues yo jamás, y créame —se inclinó ligeramente para atrapar su mirada y su atención— jamás la ofendería de forma deliberada, señorita Stuart.

Mary exhaló profundo y, acto seguido, cabeceó en asentimiento aunque, por supuesto, de nuevo inclinó la mirada.

—Y yo… yo pro-prometo no vol-volver a huir de usted.

William sonrió, satisfecho con aquel pequeño avance.

—Me agradaría mucho eso, señorita Stuart. Recordaré su promesa. —Con los dedos de la diestra, la tomó de la barbilla y obligó a la joven a alzar la mirada—. Y ahora, ¿me permite que la convide a un refrigerio, a modo de compensación? He visto a algunos sirvientes desocupados en la otra sala paseando bebidas de un lado a otro.

Tan solo había un motivo para que se encontrara presente aquella noche en aquel lugar; tan solo un motivo que había llevado a abandonar la seguridad de su hogar para atreverse a compartir espacio con un grupo amplio de gente, tan solo uno capaz de acelerar su víscera romántica de un modo tan brutal o provocarle un temblor como aquel en las rodillas.

—Se-será un placer, se-señor Somerton.

La sonrisa de William se amplió. Se inclinó ligeramente y adelantó un brazo para animarla a acompañarlo hasta la sala contigua, donde los sirvientes ofrecían bebida de forma ininterrumpida a los invitados.

Capítulo 17

Mary no era capaz de comprender cómo podía experimentar una felicidad tan grande y al mismo tiempo sentirse al borde del colapso nervioso. Pero eso era, en definitiva, lo que estaba sintiendo en aquellos momentos: las tripas en revolución, el corazón desbocado y las piernas flojas, incapaces en apariencia de sostener el peso del cuerpo.

Tampoco, ni en sus sueños más entusiastas, hubiera imaginado una situación tan perfecta como la presente. William Somerton y ella se encontraban en la terraza de los Smith, escoltados por una legión flotante de verónicas en flor y elegantes dafnes que descendían sobre el suelo de loseta sus prolijos ramajes y ejercían de bucólico murado vegetal a ambos flancos de la terraza.

Allí, en aquel pedazo de paraíso en la Tierra, alejados por completo de las conversaciones que se sucedían en el interior de la vivienda, parecía obligado sentirse plenamente conscientes el uno de la presencia del otro. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Mary no sabría precisarlo.

En primer lugar, habían abandonado la discreta sala en la que habían coincidido para irrumpir en otra un tanto más concurrida. William y Frederick se saludaron en la distancia apenas con un cabeceo, pues Frederick se encontraba entretenido con el grupo de la señorita Delaney, su afecta indiscutible. Después, William interceptó a un lacayo para conseguir sendas copas, una de oporto para él y otra de suave vino de naranja para ella. Y mientras sostenían sus bebidas y de vez en cuando enviaban algún trago fugaz para rellenar silencios y ocultar azoramientos, recorrieron despacio la estancia conversando acerca de banalidades: de la decoración acertada del lugar –a pesar del desacuerdo de la señora Pemberton–, de lo amables que eran los Smith al celebrar aquella reunión en su casa o de la agradable climatología que ofrecía el mes de las flores, a punto ya de concluir.

Mary, apoyadas entonces ambas manos sobre la robusta balaustrada de piedra que el tiempo había envejecido y salpicado de líquenes, se permitió cerrar los ojos un instante y respirar profundo. Desde aquella discreta elevación situada en la segunda planta de la vivienda, podía apreciar la abundancia de fragancias naturales que ascendían hasta ellos en volandas de la brisa nocturna de finales de abril. Allá abajo, a lo lejos, los grillos parecían

pretender tomar las pulsaciones a la oscuridad con su cántico vibrante e ininterrumpido. La temperatura agradable y el firmamento despejado y cuajado de estrellas titilantes sobre un manto de terciopelo negro hacían que la noche resultara simplemente perfecta.

Eso… y el hecho de saber a William Somerton a su lado, dedicándole su tiempo y ofreciéndole su adorable compañía.

A ella.

¡A ella!

Con los ojos todavía cerrados y los sentidos expectantes, fue consciente también del rotundo y feroz golpeteo que le retumbaba en el pecho imparable.

—¡Qué luna tan hermosa!

La voz del caballero la obligó a abrir los ojos para dirigir la mirada al firmamento aterciopelado. Cuando sus pupilas anhelantes encontraron a la bella diosa nocturna, una sonrisa afloró a los labios femeninos.

—Ha-hace apenas dos d-días que se encontra-encontraba en su fase ple-plena —comentó distraída, con la mirada embobada en la rotunda esfera de nácar.

—En efecto. La primera luna llena de la primavera, señorita Stuart, la hermosa luna de flores —añadió William tranquilamente.

Mary volvió la mirada hacia él con notable curiosidad. William, ajeno al escrutinio, continuaba observando el cielo con descubierta admiración y el ser consciente de la inclinación de él, del interés que mostraba hacia el firmamento y de su conocimiento de la astronomía consiguió enternecerla.

—Lle-llega con las flo-flores, las fra-fragancias y…

—Y las hojas verdes —William concluyó la explicación.

Acto seguido, fijó sus ojos en la joven, que lo observaba de manera firme, pero con indisimulable sorpresa. Adoró William la arruguita que descubrió en su entrecejo, muestra inequívoca de una encantadora incredulidad salpicada de inocencia, adoró el mohín inconsciente que formaban sus labios y adoró, en definitiva, toda su esencia.

—Des-desconocía que su-supiera acerca de astr-astronomía.

La sonrisa de William se amplió. Sus hermosos ojos negros chispearon.

—Otra cosa más que tenemos en común, al parecer —dijo, sin apartar la mirada de las verdes pupilas que lo observaban con anhelo—. Me pregunto cuántas más habrá.

Mary exhaló en profundidad y desvió la mirada hacia el abismo de fragancias y claroscuros que se extendía a sus pies. Casi sin darse cuenta, su pose había adquirido un matiz derrotista que se evidenciaba en el descenso de los hombros y en la laxitud de los brazos, relajados ya con abandono sobre la balaustrada.

—Me te-temo que no demasiadas —murmuró bajito—. Us-usted es un caba-caballero, mientras que yo… yo…

—Es una dama. —La respuesta de William no se demoró ni medio segundo. Mary volvió rauda la mirada hacia él. William sonreía; sus ojos destilaban amabilidad—. Una dama hermosa, inteligente y colmada de misterio.

Mary esbozó una sonrisa incrédula y trémula, acompañada de un breve jadeo y de un sutil meneo de cabeza en negación.

—Créame, señor So-Somerton, que no po-poseo ninguna de e-esas tres cualidades que me-me atribuye. Y, desde lu-luego, no albergo ningún mi-misterio. Soy, por des-desgracia, la persona más trans-transparente que pueda imaginar.

Nada más terminar su sentencia se calló, pues acababa de percatarse de que jamás se había expresado antes de una forma tan extensa. Y en realidad, debía reconocerlo, tampoco podía decirse que hubiera prendido tanto en la pronunciación.

—No estoy de acuerdo —refutó William—. Me considero un hombre cabal y un perfecto observador, y no creo que nada de lo que acabo de apuntar se aparte de la realidad. En efecto, es usted una mujer transparente, señorita Stuart, o al menos a mí me resulta sencillo distinguir su alma a través de su exterior. El problema radica en que es usted quien parece incapaz de mirar adentro y comprender lo que los demás ven. —Se concedió una pausa de varios segundos—. Mire allí, señorita Stuart.

Mary siguió la dirección de la mirada de William. Sus ojos localizaron enseguida el centro de interés del caballero: Sirio, la estrella blanca más brillante del firmamento.

—Esa es Sirio, la estrella más deslumbrante del cielo nocturno —continuó él, obteniendo una vez más la devota admiración de su acompañante —. Siempre ha estado ahí arriba, presenciando el paso de las distintas civilizaciones que prevalecían y desaparecían bajo su brillante mirada. — Mary miraba absorta el brillante latir de la estrella en la inalcanzable altura—. El hecho de saberla ahí de forma perpetua tal vez haya logrado que la humanidad, en demasiadas ocasiones, se olvidara de su presencia y de su innegable belleza, que la obviara incluso hasta el punto de ignorarla.

La mirada de William descendió entonces hacia Mary para observarla con gravedad. ¿Qué podía envidiar aquella criatura a la estrella más diáfana del cielo?

—Pero semejante despiste tan solo nos refiere torpeza por parte del hombre, pues la estrella, a pesar de la ignorancia y la indiferencia de este, jamás ha dejado de brillar y de resplandecer desde el inicio de sus días. — William se humedeció los labios, fija la mirada en la joven, que entonces ya lo observaba a él en exclusiva—. En estos momentos, señorita Stuart, y en esta apartada terraza, soy consciente de que otra estrella que nada tiene que envidiar a Sirio se ha desprendido de la bóveda celestial para refulgir sobre la tierra, aunque al parecer ni ella misma ni la mayoría de estúpidos mortales que la rodean sin percibirla sean conscientes de su fulgor.

Mary, encendido el color y fatigado el aliento, inclinó la mirada para fijarla en el oscuro jardín desplegado allá abajo. Una arruga cada vez más profunda le sombreaba el ceño, mientras inhalaba y exhalaba con vehemencia por la nariz.

Consciente de la turbación de la joven y temeroso de una reacción similar a la sucedida en Stuart Lodge durante su último encuentro, William se apresuró a añadir:

—Me gusta observar las estrellas, señorita Stuart, considero que son el paradigma de la perfección y la autosuficiencia, pues brillan por sí mismas, con luz propia y sin depender de nadie más. A menudo, incluso a pesar de que los densos nubarrones pretendan ocultarlas.

Mary quiso comprender aquellas palabras y, aunque jamás se había considerado pedante o fantasiosa, en aquel momento se atrevió a pensar –¿y por qué no?– que la mención al brillo de las estrellas actuaba como un símil de su propia existencia. ¿William Somerton la comparaba con una estrella? ¿A ella, que siempre había sido un ser opaco y absolutamente translúcido? ¿En qué maravilloso sueño podría haber imaginado llegar a algo así?

—Señorita Stuart…

El sonido de risas escandalosas procedentes del interior de la vivienda y, al parecer, a punto de invadir la terraza, interrumpió a William y cualquier posibilidad de continuar conversando en la debida privacidad. Una bulliciosa Lilly Pemberton, con una copa de vino en una mano y el abanico en la otra, irrumpió en la terracita en compañía de un caballero que nada tenía que ver con Travis Pemberton y que parecía muy resuelto a no desceñir el talle de la mujer, que entonces rodeaba con ambas manos. Al descubrir a la sorprendente pareja situada al borde de la balaustrada y al amparo que ofrecían las desgarbadas ramas de las dafnes, la dama silenció el cascabeleo alborotado de su risa para detenerse en medio de la azotea y observarlos con gran sorpresa. Su acompañante se cuadró en el acto tras apresurarse a recoger a la espalda las manos codiciosas, sin duda cohibido también al haber sido descubierto en la perspectiva de un escarceo ilícito.

—¡Oh, vaya, no sabía que la terraza ya estaba ocupada! —exclamó ella sin ningún atisbo de moderación. Era obvio que la copa que sostenía en la diestra no era la primera de la noche—. Lo que me sorprende es comprobar por quién ha sido ocupada.

William dio un paso al frente, interponiendo su cuerpo entre Mary y los recién llegados. Sin duda trataba de ocultarla y protegerla de las miradas maledicentes de estos.

—Señora Pemberton —se apresuró a decir el acompañante de Lilly, consciente de la envergadura de Somerton y de la mirada fiera que este les dirigía—, creo que deberíamos volver dentro.

Lilly elevó la barbilla con desaire, con la mirada fija en el de Somerton Abbey.

—¿Por qué? —protestó—. No creo que interrumpamos gran cosa. —Con la mano que sostenía el abanico apuntó a la pareja—. Se trata de William Somerton y de la señorita Stuart y, según tengo entendido, ella jamás ha sido una gran conversadora. —Una risita pérfida estiró las rojas comisuras de sus labios.

Las manos de William, de pronto cerradas en puños, y la forma en la que adelantó los hombros, tal como si se aprestara para cualquier posible confrontación, resultó lo suficientemente disuasoria para un caballero cuya estatura lo limitaba a la altura de los hombros de Somerton.

—Señora Pemberton, se lo ruego.

El desconocido, visiblemente más sensato que la dama que había escogido como acompañante de una noche, la sujetó por un codo para instarla a regresar. Lilly se liberó con un movimiento innecesariamente brusco. Su mirada airada vagaba de la silueta de Somerton a la sombra fugaz que apenas podía visualizar detrás de él y que en esos momentos detestaba hasta el delirio.

—Tal vez debiera hacer caso al caballero, señora Pemberton —apuntó William con gravedad, fijos sus implacables ojos negros en la airosa dama que parecía tan dispuesta a la confrontación. Durante un largo minuto se sostuvieron las miradas, calibrando ambos tal vez la firmeza y el aguante del otro—. Empieza a refrescar para permanecer aquí fuera sin abrigo, de hecho nosotros también nos dirigíamos al interior de la casa en este mismo instante.

Ante la furibunda mirada de Lilly, William se volvió ligeramente para ofrecerle el brazo a la dama que permanecía oculta a su espalda. Los ojos de ambos se encontraron y en realidad no hicieron falta palabras. Los oscuros orbes de William pretendían transmitir calma y protección; los jades de Mary se prendieron de ellos y se dejaron persuadir.

—Señorita, si me permite la licencia de acompañarla hasta donde la esperan sus hermanos…

Consciente de la gravedad de la situación, y del alcance real de la maldad de Lilly, Mary no se hizo de rogar. Depositó la mano enguantada en el brazo dispensado y, en compañía de William, cruzaron ambos la terraza bajo la atenta y rabiosa mirada de la mujer que la observó a ella en particular hasta que su delgada silueta desapareció bajo el umbral.

Una vez dentro y localizado Frederick, todavía con el grupo de la señorita Delaney, Mary deslizó su mano del brazo de William para evitar murmuraciones innecesarias. Consciente de que sus caminos debían separarse a fin de no dar que hablar a los presentes, y teniendo en cuenta que Lilly no se privaría de malmeter tanto como pudiera y quisiera ser escuchado, William asumió y aceptó la despedida. No obstante, antes de dejarla, se dirigió a ella por última vez:

—¿Me permite pasar mañana a visitarla?

Mary permaneció en silencio algunos segundos. Finalmente, elevó la mirada hacia él.

—No haga esto…

—¿Qué cosa, señorita Stuart?

Mary parecía envarada y su rostro lucía demudado y falto de color. ¿Podía deberse su reacción al encuentro con Lilly? ¿Podía ser que se avergonzara de la situación a la que ambos acababan de exponerse de forma inconsciente? ¿Lo culpaba a él? ¿Se repetía acaso el mismo patrón de días pasados? Demasiadas preguntas martilleaban la sesera de William, pero él no se atrevía a responder.

—Com-compadecerse —respondió Mary apenas en un susurro—. Se lo su-suplico, no lo haga. No está o-obligado a entre-tenerme.

William jadeó, ahogado por la incredulidad.

—¡No se trata de compasión, señorita Stuart, se equivoca! —protestó, tratando en vano de acatar el tono susurrante de ella—. Ni de una obligación impuesta. —De nuevo jadeó, pues el escepticismo lo devoraba—. ¡Ni mucho menos, por el amor de Dios!

Mary encajó la mandíbula. No deseaba disgustar al caballero y a juzgar por su tono, demasiado alto para ser susurrado, parecía no encontrarse muy satisfecho.

—Tan solo deseo disfrutar de la compañía de una hermosa joven, tal vez escucharla tocar o pasear por los alrededores de su casa, si ella lo considera oportuno. Y créame, señorita Stuart, que me sentiría especialmente afortunado si me diera su consentimiento para todo ello.

Mary suspiró lenta y profundamente. Ante la ausencia de respuesta, que William atribuyó a una concesión, le ofreció una cuidada cabezada de cortesía.

—Hasta mañana pues, señorita Stuart.

Y tras despedirse también de Frederick –quien había presenciado la escena desde la distancia– con un golpe de cabeza similar, William abandonó la sala y acto seguido la vivienda de los Smith, considerando sin duda que aquella había sido la mejor noche que la vida le había agasajado en las últimas semanas.

Capítulo 18

William se sentó a la mesa del comedor a la mañana siguiente sintiéndose especialmente animado. Había dormido muy bien después de muchos días de frustrante insomnio. Por fin el sueño reparador había llegado hasta él. Recordar a la señorita Stuart bajo el llanto argentado de una luna casi plena, todos y cada uno de sus gestos, todos y cada uno de sus rubores, de sus caídas de párpados y de las sonrisas trémulas apreciadas durante la velada de los Smith lo hacía sentir expresamente contento.

Su padre y su madre lo habían aventajado, pues siempre habían sido grandes madrugadores, y presidían las cabeceras en agradable silencio, mientras esperaban a ser servidos, el padre entretenido con la prensa y la madre Somerton observando con aprobación el ramo de jazmines con el que se había adornado la mesa.

Una vez William ocupó su asiento, los lacayos empezaron a repartir las viandas. Tras algunos segundos de silencio aplicados a la degustación, la mujer se dirigió a su hijo.

—¿Qué tal la velada en la residencia de los Smith?

Percibió William cómo el padre dirigía una mirada fugaz a su esposa, que esta secundó con un apenas perceptible agrandamiento de ojos. William replegó los labios hacia el interior de la boca para disimular una media sonrisa. Sabía el camino que pretendía seguir aquel sondeo disfrazado de indiferencia.

—Agradable, madre, con las murmuraciones y las habladurías de siempre.

Los padres se miraron y William experimentó una irrefrenable terneza hacia las dificultades que sus progenitores parecían mostrar a la hora de disimular sus intenciones.

—Espero que no te sintieras demasiado hastiado, querido. Sé lo poco que te gusta asistir a este tipo de reuniones y por eso agradezco que lo hagas en representación de la familia.

William cabeceó mientras continuaba degustando su jamón frío.

—Es mi obligación, madre, y aunque no sea plato de gusto, sé que es algo que debo hacer.

La mujer le devolvió una sonrisa de gratitud y, durante algunos segundos más, continuaron todos desayunando en silencio, silencio que poco después la mujer rompió.

—Hemos oído también que dedicaste atención especial a una joven en particular, vecina nuestra, por más señas.

William dio un largo sorbo al té con intención de concederse el tiempo suficiente para analizar aquella información. Era obvio que Lilly no se había esforzado en mantener su lengua quieta durante demasiado tiempo; de hecho, la había sacado a pasear demasiado temprano esta vez. En realidad, sus murmuraciones debían haber madrugado tanto como el propio astro rey.

—¿Eso te disgustaría, madre? —Depositó la taza sobre el platillo para observar a su madre con largueza.

—En absoluto —sentenció ella, dejando los cubiertos sobre la mesa para dedicar toda su atención a William—. Eres un hombre cabal y prudente, hijo. Confío ciegamente en que la elección de tus amistades se encuentre a la altura de tus numerosas cualidades.

William suspiró y en su suspiro, que nada tenía de resignado, se entremezcló una sonrisa amable.

—Intuyo un "pero" en alguna parte…

La madre estiró los labios y ladeó la cabeza.

—Es solo que… —Miró a William con notable vacilación, indecisa acerca de hablar o silenciarse—. Tenía entendido que la joven Stuart era una muchacha con ciertos… defectos.

William se enderezó en la silla, aunque no había dureza ni reproche en su expresión, y por un instante se entretuvo tamborileando con los dedos sobre el mantel de lino. Jamás podría dedicar a sus amados y ancianos padres ningún sentimiento de reproche, aunque ciertamente en ese instante experimentó una ligera resignación, untada de frustración, ante la referencia que acababa de realizar su madre.

No se trataba de que sintiera la necesidad de justificar a la señorita Stuart ante otros, de hecho consideraba sinceramente que no había nada que justificar en ella, pero sí le dolía comprobar cómo las murmuraciones

malintencionadas tenían las patas demasiado largas. Era lógico que sus padres, quienes hacía años que no abandonaban Somerton Abbey debido a su ancianidad y a su escasa paciencia a la hora de tolerar actitudes hipócritas, alimentaran su entendimiento a base de la información, escasa y casi siempre errónea, que llegaba hasta sus oídos a través del servicio y de las limitadas visitas que recibían en la abadía. La influencia maliciosa de Lilly en cuanto a murmuraciones y la rapidez con la que estas corrían de casa en casa, capaces incluso de traspasar paredes con siglos de historia, jugaba sin duda un papel importante. Y sí, desde el momento en el que había empezado a frecuentar a los Stuart, y en especial desde el regreso a Hylton de la señorita Stuart, era consciente de lo que se decía de ella. Incluso se ponía en duda su capacidad intelectual.

¡Con gusto barrería falsas impresiones de un manotazo y con mayor gusto aún cerraría bocas bajo remaches de acero!

—¿Defectos, madre? —Una sonrisa le curvó los labios sin alcanzar la mirada, que de pronto lucía sombrío ceño—. Por lo que yo sé, la señorita Stuart no es coja, ni sorda, ni ciega… —Alzó la barbilla y el ceño se aligeró —. Y aunque algo de eso sufriera, yo no lo consideraría jamás un problema. ¿Hablas de defectos? ¿Acaso somos seres perfectos ustedes o yo, o incluso el propio regente en su lujoso palacio?

Los ancianos se miraron con complicidad, mientras seguían con gran detalle la apasionada exposición de su primogénito.

—Mary Stuart es una joven bonita, inteligente y talentosa —continuó William—, solo que el mundo no se ha tomado el tiempo necesario para apreciarla. —Bajó el tono de modo que tan solo el almidonado cuello de la camisa y la elegante lazada de *cravat* pudieran escuchar—. En realidad, ni yo mismo fui capaz de apreciarla hasta que su brillo me estalló en la cara.

Silencio y una exhalación prolongada. Acto seguido, una sonrisa y una mirada anhelante dedicada a la señora Somerton.

—No te imaginas, madre, la magia que brota de sus dedos nada más sentarse ella al frente de un piano.

William no era consciente de la vehemencia que concedía a sus palabras, aunque esta no pasó en modo alguno desapercibida a sus padres, entendidos en detectar los secretos del mundo y de la vida al primer vistazo. De hecho, la mujer esbozó una sonrisa satisfecha que tan solo su esposo reconoció antes de unirse por vez primera a la conversación.

—Los Stuart siempre han sido buena gente —apuntó el caballero—. El padre de esos muchachos fue un gran amigo mío, compartimos en su momento grandes momentos de caza y pesca. Y por lo que tengo entendido, su primogénito es un hombre de férreos principios.

—Lo es, padre.

—Sé que lo frecuentas bastante y me parece bien —concedió el padre—. Como te digo, son buena gente estos Stuart.

La madre apreció el brillo en las pupilas obsidiana de su hijo. Y como a buen entendedor pocas palabras bastan, y a madre perspicaz pocos matices pasan desapercibidos, por más pequeños que estos resulten e invisibles a menudo hasta para el propio emisor, reconoció de inmediato el imparable río de lava que debía estar confluyendo en el convulso interior de William. Río que crecería y ensancharía con el correr de los días, estaba convencida de ello, pues el magma, una vez que abandona el resguardo que lo cobija, resulta por completo imposible de contener. Y no serían ellos quienes lo contuvieran, desde luego, pues al fin y al cabo llevaba demasiado tiempo rogando para que el bondadoso y noble corazón de su primogénito fuera ocupado de una buena vez.

—Invítalos a cenar un día, William, me gustaría disfrutar de la compañía de esos jóvenes. —Una sonrisa amable asomó a sus labios—. Y de la señorita Stuart, por supuesto. Quizás quiera compartir un poco de esa magia que mencionas con estos pobres ancianos y desempolvar el viejo piano que se muere de soledad en la sala de música.

Capítulo 19

Había dicho que iría a visitarla y sabía que era un hombre de palabra.

Iría a visitarla.

Haciendo gala de una vanidad impropia, eligió un vestido que, aunque sencillo y de tela liviana, resultaba cómodo y a su parecer era tan discreto como hermoso. De un tono *beige* claro –ya no era una debutante para vestir de blanco–, manga ajustada hasta el codo y escote en pico, cinta de raso color salmón bajo el busto y caída holgada hasta los tobillos, consideró Mary que serviría para la ocasión. Tenía que servir, se resignó con un suspiro, pues no contaba con prendas mucho mejores en su guardarropa. Arregló el peinado recogiendo el cabello en un moño flojo a la altura de la coronilla que permitía numerosos mechones sueltos alrededor del rostro.

Y de ese modo, compuesta y agitada, tocaba esperar, cubrirse de paciencia y soportar con resignación las mariposas que torturaban su estómago con un aleteo incesante. Primero, fue a sentarse al lado de Frederick en el sofá de tres plazas, himnario en mano y cabeza perdida entre los distintos salmos. Pero el tiempo parecía no deslizarse de ese modo, por lo que enseguida dejó a un lado el libro de oraciones para levantarse y acercarse a su amada espineta.

Sin sentarse siquiera en el taburete, trató de entretenerse deslizando con cadencia la yema de los dedos sobre las teclas de marfil, mientras componía en su cabeza una melodía silenciosa. Sin embargo, el tiempo seguía sin transcurrir, a su entendimiento, con la debida rapidez, por lo que avanzó entonces hasta la ventana, desde donde poseía una visión completa del atrio y de la entrada principal. Comprendió de inmediato que la percepción de un pórtico despejado y solitario resultaba todavía más angustiosa que una espera totalmente ajena a toda anticipación. Así que, entre suspiros y nervios, decidió regresar al lado de Frederick para dejarse caer en el sofá con un derrotismo que divirtió al hermano mayor, quien no había perdido detalle del ir y venir de su desasosegada hermanita.

Al fin la doncella asomó bajo el umbral, captando de inmediato la atención de ambos Stuart y liberando el vestido de Mary de la profusión de arrugas a la que estaba condenado, pues la joven llevaba demasiado rato

sujetando la falda en apretado gurruño bajo los puños.

—El señor William Somerton —anunció.

Mary se levantó del sofá incluso antes que Frederick, vehemencia que divirtió una vez más al caballero. Cuando William asomó por detrás de la doncella, Mary fue consciente de que su corazón había dejado de latir y que la respiración se había pausado en los pulmones.

William lucía apuesto. Hermoso. Maravilloso. Frac azul marino, corto al frente y de largos faldares, chaleco brocado gris de doble botonadura dorada, elegante lazo de *cravat*, pantalón de color marrón y dije de rica orfebrería en la cinturilla del pantalón. Un conjunto formidable para un caballero del mismo porte.

—Frederick, señorita Stuart…

Se saludaron los tres con la consabida reverencia.

—¡Somerton, querido amigo, nos alegra enormemente tu visita!

De refilón, observó a Mary y el visible fruncimiento que lucía su falda a la altura del regazo. Al comprobar las pruebas del nerviosismo de la joven, se encontró en serias dificultades para contener la risa.

—Mary estaba a punto de tocar algo, ¿verdad, querida hermana?

La joven, visiblemente inquieta, asintió con rapidez.

—Y supondrá para mí un placer inmenso poder escucharla —comentó William sin apartar de ella la mirada.

—Pues dicho eso, te ruego que empieces el recital sin mí, Mary —anunció Frederick de pronto y con absoluta gracilidad—. Antes de regresar con vosotros, debo atender ciertos asuntos que había postergado y que requieren de mi atención. No me demoraré más que unos minutos.

Las palabras de Frederick se acompañaron de un gesto tan risueño que William no pudo evitar observar su partida con un ligero ceño de extrañeza.

Mary, que una vez a solas se permitió dedicar al caballero fugaces miradas intercaladas con rubores, con gusto se deslizó de nuevo hasta la espineta. Lo que no esperaba era que él la acompañara hasta allí, en lugar de sentarse en el sofá, y que permaneciera de pie justo al lado, pendiente de cada movimiento.

Por el rabillo del ojo, observó cómo William tenía los ojos cerrados. No había opción a mentira o disimulo en su gesto: estaba disfrutando con la música. Como hacía ella. La sentía en su alma, dejaba que le traspasara el impecable sayo y que se adentrara con absoluta cadencia hasta sus entrañas. Y una vez dentro, la sentía y la disfrutaba. Ser consciente de eso, percibir la emotividad y el sentimiento en la expresión de William fue un descubrimiento que descendió sobre su alma como bálsamo de aceite. Como miel sobre hojaldre.

Motivada y emocionada a su vez, cerró también los ojos y permitió al espíritu expresarse a través de su voz. De ese modo, fluyó desde las profundidades de su ser aquella dulce melodía que reverberó en la estancia como lluvia de mayo y provocó que William retomara consciencia de sí mismo y de la realidad, que abriera los ojos y los fijara de forma inamovible en la silueta de la joven que se mecía al son de los suaves acordes mientras, con los párpados cerrados, cantaba como un ángel descendido de los cielos.

Una vez finalizada la interpretación, William se permitió aplaudir con suavidad. Mary agradeció el gesto con una sonrisa y la consiguiente sucesión de rubores.

—Siempre es un placer escucharla, señorita Stuart —dijo él con precaución, recordando el percance de la última vez ante un halago similar—. Posee usted una voz maravillosa, dulce y encantadora.

Pero en esta ocasión Mary no demudó su gesto ni se levantó ofendida. En cambio, se dejó estar queda en el taburete, con las manos reposando sobre el regazo y la mirada alzada hacia el caballero. En sus labios, una sonrisa leve; en sus mejillas, dos rosas escarchadas, y en sus ojos, el brillo resignado de la gratitud.

—Solo cu-cuando canto, me-me temo.

William meneó despacio la cabeza en negación, con la mirada fija en los brillantes jades.

—Siempre. Siempre y en todo momento. Hermosa, dulce, encantadora…

—Es us-usted demasiado be-benévolo, señor…

Despacio, con la cadencia de una pluma que abandona a su ave para descender silente hasta el suelo que la recibe, del mismo modo la mano de William se apoyó dulcemente sobre el hombro de la joven.

—¿Tanto daño le han hecho en el pasado como para no ser capaz de aceptar que alguien pueda admirarla?

Brillaban con anhelo las pupilas de Mary y un boqueo ahogado, carente de sonidos o palabras, acudió a sus labios; no obstante, tan solo el silencio fluyó por ellos. Empero, hay situaciones en las que dos almas afines coinciden y se encuentran, y en ese caso no es necesario ningún diálogo entre ellas para un acertado entendimiento; porque los corazones que laten al unísono y las emociones que caminan a la par no necesitan más que una simple mirada para comprender todo aquello que los labios callan.

—¡Ya estoy de regreso!

La voz animosa de Frederick irrumpió en la estancia y deshizo de un manotazo el dulce velo de armonía y sensibilidad que rodeaba a la pareja. Las miradas enlazadas se desligaron con urgencia y la mano que reposaba sobre el hombro femenino descendió con rapidez hasta su lugar de origen. Sin embargo, Frederick, que no era tonto, percibió el fugaz atropello en los gestos de ambos, así como los rubores de Mary y la turbación que rodeaba a William, que acababa de volverse en su dirección para ofrecerle un correcto recibimiento. No sabía qué acababa de suceder en su ausencia, pero estaba claro que algo había sucedido, algo bueno en todo caso, y eso lo alegró. Tan solo sintió fastidio al asimilar que él acababa de interrumpirlo.

—He escuchado desde mi despacho los acordes del piano, querida Mary —apuntó complacido; el agradecimiento brillaba en sus ojos—. Y he podido, además, escucharte cantar.

Se silenció con una sonrisa, consciente de que su hermana tan solo hubiera aceptado expresarse a través del canto al encontrarse en un ambiente de confianza y tranquilidad.

—La dulce voz de un ángel en Stuart Lodge —añadió William, y su mirada regresó de forma invariable a aquellos ojos que lo observaban a su vez con una mezcla de anhelo, gratitud y devoción.

* * *

Al término de la visita, Frederick y Mary acompañaron a William hasta la entrada de Stuart Lodge. Mientras cruzaban el atrio de grava, Frederick se

las ingenió para permanecer convenientemente rezagado y conceder a los dos una cierta distancia, con la consabida intimidad.

Mary caminaba con las manos enlazadas frente al talle y los sentidos completamente al pendiente del caballero que caminaba a su lado. Una vez más, era consciente de su aroma, de su presencia y de las emociones encontradas que suponía tenerlo al lado. Por un lado estaban los nervios que no daban tregua; por otro, la felicidad inmensa de saber que William Somerton dedicaba su tiempo a una persona sencilla y sin interés como ella. Y así, intranquila y emocionada, sus pasos se acompasaban sobre la gruesa grava con los pasos firmes y amplios del caballero.

—Espero que no le haya incomodado demasiado nuestro encuentro con la señora Pemberton; Lilly en ocasiones puede resultar demasiado… intensa —dijo William de pronto.

"¡Oh! Estoy curada de espanto con respecto a Lilly. Y conozco, por cierto, el peso de su intensidad". Pero como no resultaría correcto ni elegante exteriorizar pensamientos de semejante naturaleza, dijo:

—No s-se preocu-cupe, señor S-Somerton.

—Si le sirve de consuelo, me temo que el apuro más grande se lo llevaría su desconocido acompañante.

Mary no pudo evitar llevarse una mano a los labios para ocultar la risita traviesa que fluyó sin permiso. William se concedió entonces unos segundos para observarla a placer. Se veía mucho más que hermosa cuando sonreía. Es decir, Mary Stuart era de por sí una bella y frágil azucena, encantadora en su inocencia y naturalidad, adorable en su timidez, perfecta en toda su simpleza. No obstante, la azucena desplegaba su belleza y la dulce fragancia escondida en su esencia cuando las barreras descendían y permitía al mundo una frugal observación de su ser. Aunque efímera la visión, resultaba sencillo quedarse prendado de sus ojos verdes, de su piel de nieve, de su cabello castaño y de su silueta grácil, menuda y delicada como el tallo de una flor.

Consciente de que estaban llegando al término de la propiedad y al entender que la visita, y la encantadora compañía, debía finalizar, William expresó en alta voz sus pensamientos más íntimos.

—Me gustaría volver a verla pronto.

Mary lo miró con un sombreado ceño de sorpresa y el corazón, en la carcasa ósea que lo cobijaba, golpeaba sin medida.

—¿Le extraña? —inquirió William—. No debería, señorita Stuart, cuando lo cierto es que hace tiempo que no dejo de pensar en usted.

Mary tragó seco. Se encontraba al borde del colapso nervioso porque, o había entendido mal –por fuerza tenía que tratarse de eso–, ¿o acaso William Somerton no acababa de decirle que pensaba en ella? De tratarse de otro caballero, no albergaría la menor duda de que pretendía burlarse, pero siendo William Somerton…

William Somerton no podía albergar pensamientos de tan baja naturaleza. ¿Pensaba en ella? ¿Por qué? ¿Y en qué modo?

Algo debió notar William en su expresión, pues no demoró ni medio segundo en añadir:

—Le recuerdo que me hizo una promesa. —Mary enarcó una ceja—. No volver a huir de mí.

Mary jadeó sorprendida.

—No pen-pensaba huir —apuntó, notablemente inquieta.

No podría, pues sus piernas ni siquiera respondían. Las rodillas se entrechocaban y doblegaban como débiles juncos a merced del viento.

—Me alegra saberlo, porque le aseguro que esta vez estaría más que dispuesto a correr detrás de usted.

Mary ahogó un nuevo jadeo y cientos más que se le atropellaron en la garganta, mientras la mano derecha acudía al agitado escote para tratar, en vano, de aliviar los alterados latidos que pulseaban bajo la piel. Aquello no podía estar pasando. Aquello debía de tratarse de un sueño. Y como tal, debía de estar a punto de despertarse para topar de frente con la brumosa y opaca realidad. Una realidad en la que William Somerton podría perfectamente caminar a su lado, pero con la debida distancia emocional o la acostumbrada indiferencia que el resto del mundo mostraba hacia su persona.

Miró hacia atrás y observó a cierta distancia a Frederick, que disimulaba fatal su desinterés respecto a los dos. Regresó la mirada a William. Y William la miraba profundamente; no existía indiferencia ni distancia en sus pupilas de brea.

—¿Por qué i-iba a dete-detenerse a pensar en al-alguien como yo… —tomó aire— cuando pu-puede pensar en cualquier o-otra?

William continuó mirándola con gravedad, desestabilizando sus sentidos y hasta su alma; y su tono, a continuación, sonó tan bajo y profundo como su gesto:

—¿Qué existiría de especial en el hecho de pensar en cualquiera cuando puedo pensar en el ángel más bello de la creación?

Mary perdió un instante el equilibrio, sintiéndose presa de sus propias emociones y de la intensidad del momento, una fuerza capaz de volver sus rodillas de mantequilla y arruinar su estabilidad física, pero William, siempre atento y caballero, la sujetó por un codo para estabilizarla. Por fortuna, Frederick no se percató de nada de todo ello.

—Me gustaría volver a verla pronto, señorita Stuart —solicitó William en un murmullo—. Y me gustaría que usted deseara volver a verme a mí.

Mary solo atinaba a jadear de tan sofocada como se sentía.

—Dígame que acepta volver a verme y le aseguro que hoy regresará a Somerton Abbey un hombre afortunado.

Mary no podía hablar. Sentía la boca como un cauce seco, la lengua de trapo y el corazón fuera de sí. La sangre pulseaba en su interior y desde todas partes, en los pulsos, en las sienes… En el estómago, aleteaba un inquieto ejército de mariposas.

—Dígame, ¿puedo volver a verla? Y lo más importante, ¿quiere usted que nos volvamos a ver?

Prendida en las pupilas de brea, abismos insondables y hechizantes, Mary despegó despacio los labios.

—S-sí.

William esbozó una amplia sonrisa. Sus ojos brillaban de emoción.

—Gracias, señorita Stuart, con una sola palabra acaba de colmar de dicha a este pobre hombre. —Se cuadró, esta vez para mirar más allá de la joven situada a su lado, y dirigió la mirada y su atención a Frederick, que se acercaba despacio—. Antes de que se me olvide, Frederick, mi madre me ha encomendado que os transmita su invitación a cenar.

Capítulo 20

Mary se dejó caer de espaldas sobre la cama con tal vehemencia que el cuerpo rebotó contra el colchón. Así, con la mirada perdida y prendida en las elevadas vigas del techo, esbozó una sonrisa que muy pronto transmutó en carcajada. Se llevó las manos a los labios para tratar de ahogarla, pero la risa le brotaba de los labios del mismo modo que brota el agua de un surtidor: imparable, fresca y sonora.

¡William Somerton pensaba en ella! ¡Ya no albergaba ninguna duda, puesto que él lo había dicho!

"Hace tiempo que no dejo de pensar en usted…".

¡Había solicitado además volver a verla y quería saber si ella deseaba volver a verlo a él! ¡Ella! ¡A él! ¿Cómo podía siquiera dudarlo?

Rebosante de la dicha y la energía que bullía a borbotones en su interior, Mary pataleó el colchón con los talones mientras el alegre cascabeleo de otra carcajada se hacía eco en la estancia.

¡William Somerton! ¡William Somerton! ¿Cómo podía ser posible? ¿En qué momento el patito feo de la historia se convertía en cisne? ¿O en qué momento el hermoso príncipe consideraba cisne al horroroso y defectuoso patito feo?

No lo sabía, no quería pensarlo porque le daba miedo que la burbuja de felicidad se pinchara y le explotara en la cara. ¿Cómo no iba a pincharse encontrándose cerca alguien como ella? Si William era una rosa Tudor, ella era un burdo cactus cargado de espinas. No obstante, la radiante rosa se había interesado por el cactus de repente, sin miedo a pincharse o a enturbiarse con su fealdad.

Un suspiro fluyó entre los labios ligeramente separados, abandonó el cuerpo y flotó en el aire. William había invitado a los Stuart a cenar en Somerton Abbey. Al parecer, la señora Somerton tenía interés en conocer a la familia de forma privada y algo le decía que pondría especial atención en ella. Enseguida, a poco que abriera la boca, la gran dama se percataría de su tartamudez. De su horrible defecto. Aunque era consciente de que a esas alturas no debía existir nadie en Hylton, ni en todo el condado de Devon,

ignorante de la falta que pesaba sobre la pobre solterona Stuart, la señora seguramente querría comprobarlo por sí misma para aconsejar a su hijo con conocimiento de causa. ¿Y qué otro consejo cabría darle que el que se alejara más pronto que tarde del simplón patito o del espinoso y tosco cactus?

Rígida ya como un tronco encima del colchón, cruzó ambas manos sobre el talle para prender la mirada, vacía e inamovible, ausente de risas a esas alturas, en las vigas ensambladas del techo. Y la felicidad que segundos antes había reverberado en su cuerpo y en su alma como magma candente empezó poquito a poco a trocar en preocupación, tensión…

… y miedo.

* * *

William espoleó el caballo para exigirle mayor velocidad, mayor apremio, mayor potencia. A pesar de que ya llevaban al menos quince minutos a galope tendido y la bestia empezaba a espumarajear por el belfo, y si bien el propio jinete mostraba el cabello alborotado y humedecido a la altura de las sienes y en la nuca, y la ropa completamente pegada al cuerpo, aquella necesaria liberación de energía parecía no serle suficiente.

Sabía que se había delatado a sí mismo frente a Mary Stuart y, sin embargo, era consciente de no haber podido hacer otra cosa. De hecho, sentía a cada instante, en cada hora de cada día la necesidad de saberla cerca. Incluso en aquel momento en el que la espalda y las piernas se resentían a causa del severo ejercicio, se moría por acercarse a Stuart Lodge y verla, aunque nada más fuera que de lejos y a través de una ventana. Le gustaba observarla, para él suponía un placer y un gran deleite, y solo se sentía tranquilo si Mary permanecía dentro de su campo de visión. A salvo del resto del mundo.

El caballo corría y corría como centella, y el viento golpeaba con violencia el rostro de William a causa de la velocidad. Dolía; la brisa lastimaba como si de lengüetazos de hielo y acero se tratara, pero incluso aquel dolor era agradecido, pues lo hacía sentir vivo.

Mary era hermosa, dulce, inteligente y sensible. Para él, simplemente era perfecta. No podría serlo menos. Y lo que para otros suponía una tara incorregible, para él era tan solo un leve inconveniente que lo obligaba a esperar un poco más de lo normal antes de poder entender lo que ella

expresaba.

¿Acaso no conocía jóvenes con demasiadas pecas en la nariz, otras con los labios demasiado voluptuosos y algunas con una silueta demasiado exigua? Su hermana Sophia era especialmente generosa en formas y no por ello la había considerado menos bella. De hecho, su esposo adoraba en especial esa cualidad de su figura. Y moría por ella.

William se agachó sobre el caballo para esquivar otra rama baja que, al galopar fuera del camino a través del bosque, surgía cada tanto desde cualquier ubicación.

Mary Stuart se enredaba en sus propias palabras, cierto, pero eso sucedía tal vez porque estas eran incapaces de igualar la velocidad de sus pensamientos. No le cabía la menor duda de que era una joven brillante de inteligencia despierta y grandes talentos, en especial el de la música y el canto. Tan solo había que tomarse la molestia y vencer las barreras alzadas por una sociedad hipócrita y elitista con tal de poder llegar hasta ella. No cualquiera podría hacerlo. Llegar hasta ella supondría un logro y el mayor triunfo al que cualquier incauto mortal, cualquier estúpido Aquiles, podría aspirar.

¿Qué mayor premio que aquella hermosa criatura?

El caballo, veloz como el rayo en mitad de una tormenta, saltó un tronco derribado en mitad del camino y el salto empujó con violencia a William hacia arriba, obligándolo a ceñir las piernas al costado del animal y mantenerse firme con tal de permanecer sobre la silla.

¡Maldita fuera su vida, maldito su sino y maldita su mala cabeza! Aquel ángel silencioso había tenido que ausentarse de Hylton durante dos años y regresar después para que él, el primero de los hombres necios del condado, se percatara de su existencia y la tomara en cuenta, tal y como ella merecía.

Tal y como ella merecía…

Jamás podría estar a su altura ni considerarla del modo en el que ella merecía porque Mary era sin duda el corazón más noble y el alma más dulce que podría existir y él jamás podría igualarla ni reparar las faltas que había cometido en el pasado con respecto a ella. Porque su indiferencia había supuesto una falta tan grave como el desprecio de otras almas aún más viles. No haberla apreciado antes, no haberla adorado a tiempo, lo orillaba al borde del pecado mortal.

Con tales pensamientos por bandera, azuzó de nuevo a su montura, que no necesitaba por cierto ser espoleada, pues ya igualaba la velocidad del rayo, y viró esta vez grupas hacia Somerton Abbey.

Capítulo 21

Somerton Abbey era maravillosa. A pesar de las huellas que el paso del tiempo había dejado sobre la piedra gris en forma de humedades y líquenes, los vastos muros exteriores continuaban reflejando la magnificencia y la regia gloria de antaño. La enorme fachada rectangular abrigaba tres plantas y bajo cubierta se adornaba con tres naves de nueva construcción que se destacaban sobre el frente. Infinidad de ventanales y arcos ojivales atrapaban al primer vistazo la atención de visitante, pues los numerosos cuarterones y las vidrieras de colores aportaban ligereza a unos muros tan regios y solemnes como podrían serlo aquellos de Jericó. Doce chimeneas nada menos apuntaban al cielo y, entre medios pequeños torreones y torneadas balaustradas, coronaban el tejado de pizarra. Una escalinata doble conducía a la puerta principal sobre la que aparecía tallado en la piedra el regio blasón de los Somerton.

Parada en medio del atrio que daba la bienvenida a los recién llegados, encaminada en la senda escoltada de murado boj y enormes jarrones de piedra que ejercían de cabecera, Mary permanecía ligeramente rezagada de sus hermanos, mientras observaba con evidente cohibición aquella magna construcción.

William salió a recibirlos. Apuesto, amable, encantador… Y comprendió Mary que un príncipe como él no podría en modo alguno habitar en una vivienda menos digna.

Una vez en el interior de la abadía, Mary no pudo evitar recorrer cada estancia con la boca abierta y la mirada pendiente de cada ínfimo detalle, pues en cada ángulo oscuro encontraba belleza y mirara donde mirara siempre aparecía algo que admirar y apreciar.

Nunca había estado allí dentro. Muchísimas veces durante sus paseos campestres, había contemplado la abadía en la distancia a través de los árboles del bosquecillo y la densa vegetación que parecía pretender resguardarla del resto del mundo. Jamás había asistido a ningún baile celebrado entre sus muros, cuando los anfitriones eran más jóvenes y poseían la paciencia necesaria para celebrar alguno. Tampoco había asistido a la boda de Sophia Somerton. Por tanto, era la primera vez que se adentraba allí y, como sucede la primera vez que se contempla un paraíso terrenal, no podía dejar de mirar maravillada en todas direcciones, manteniéndose ligeramente rezagada para

concederse agradecida libertad de observación.

William resultaba un anfitrión fascinante y, antes de conducir a los Stuart al comedor donde los recibirían los Somerton, se encargó de realizar una pequeña visita guiada por la residencia. Mostraba encantado los retratos de sus antepasados, los gruesos cortinajes que adornaban las ventanas, los muebles de estilo Tudor que emergían en cada estancia o los candelabros que colgaban de los elevados techos.

En un momento dado, Mary quedó atrasada observando el hermosísimo exterior que concedía un amplio ventanal. El cristal ocupaba toda la pared, desde el techo hasta el suelo, y al permanecer con las cortinas descorridas la luz del atardecer descendía de forma oblicua, pincelando de tenue claridad el corredor. Fuera, un jardín vastísimo perfectamente cuidado, salpicado de sauces llorones, pinos y robles centenarios dotaba la acuarela verde de matices y relieves.

Comprendió entonces con un suspiro que aquel lugar era simplemente maravilloso y que residir allí era un privilegio destinado a muy pocos. Jamás al alcance de una criatura insignificante como ella.

—¿Le agrada Somerton Abbey?

La voz de William a su espalda la sobresaltó, pues tan fascinada se encontraba en la contemplación del paraíso que no se había percatado de que él había regresado para buscarla y tratar, seguro, de recuperarla en el grupo. Por el rabillo del ojo, comprobó que efectivamente Frederick y Rodrick estudiaban una vieja armadura al fondo del corredor.

—Mucho. —Con las manos enlazadas frente al talle se volvió con una sonrisa, tratando en todo momento de sonar serena—. La he ob-observado tantas ve-veces desde lejos… —suspiró—. Me pa-parece un su-sueño.

—Tal vez ahí radique el problema —sentenció William. Mary le dedicó una mirada de extrañeza—. Usted acostumbra a observar el mundo desde la distancia. Considero que es hora de que se decida a formar parte de él. Bienvenida a esta parte de mi mundo, señorita Stuart.

Mary no supo qué decir, o si en verdad era necesario que dijera algo, puesto que William se limitó a sujetarla afectuosamente por un codo para instarla a continuar. Era hora de visitar el comedor, donde los Somerton los esperaban para cenar.

La señora Somerton la recibió de forma amable y afectuosa.

Comprendió Mary que esa debía ser su naturaleza, a juzgar por la docilidad de su mirada y por la sonrisa imperecedera. El señor Somerton también resultó ser un anciano agradable y simpático, que no dudó en arrancar rubores a su invitada al mencionar su belleza serena o lo fascinantes que resultaban sus ojos verdes. William secundó cada palabra en silencio, con una sonrisa feliz y una mirada que no se apartaba de Mary.

Tras la generosa cena en la que no faltaron platos de carne y pescado de la zona, las damas se retiraron a la sala predilecta de la señora Somerton, decorada en verde musgo y marrón, lo que le confería la apariencia de una auténtica parcela de bosque en medio de la abadía. Mientras, los caballeros se dirigieron a la sala contigua, el sanctasanctórum del señor Somerton, para conversar, beber *brandy* y fumar.

—¿Ha disfrutado de la velada, señorita Stuart?

La mujer pretendía que su tímida invitada se encontrara cómoda en todo momento. No era tonta y sabía que aquella joven interesaba a William de un modo especial y a ella, ¿a qué negarlo?, también le agradaba. Era una muchacha sencilla, sin pretensiones ni esa altivez soberbia que engalanaba a la mayoría de las jóvenes de su edad. Le recordaba a Sophia, con ese brillo inteligente en la mirada y el silencio y la sobriedad como gala y ornato.

—Mu-muchísimo, señora So-Somerton. Gra-gracias por su amable invitación.

La mujer la miró con grave conmiseración durante apenas unos segundos. Era una lástima que una muchacha tan bonita, tan cabal y tan noble padeciera semejantes dificultades a la hora de expresarse. No obstante, la compasión duró lo que un parpadeo, pues enseguida la empujó hacia las profundidades de su alma. William había dicho que no existía ningún defecto en ella, que era sencillamente perfecta, al menos a sus ojos, por lo que a ojos de su madre tampoco existiría defecto alguno.

—So-Somerton Abbey es un a-auténtico paraíso en la Ti-tierra, no ti-tiene nada que envidiar a Windsor Castle.

La mujer sonrió con ternura.

—No creo que el regente esté de acuerdo, pero agradezco su apreciación.

Mary le devolvió la sonrisa. Se encontraba tan cómoda en compañía de aquella dama, que nada tenía de altiva o reprobadora, que sentía cómo las

palabras y las ganas de conversar fluían por sí solas por vez primera. No había miedo, no había reservas, tan solo confiabilidad y bienestar.

—Es un su-sueño pode vi-vivir en un lugar así. —Miró en torno, sinceramente admirada—. To-todo parece sur-surgido de un cuento o de u-una novela de ca-caballerías.

—Bueno, pensé lo mismo cuando llegué aquí por primera vez —comentó la dama en un alegre tono de confidencia que sustentó al apoyar una de su manos en la muñeca de la joven que se sentaba cerca—. Todo me parecía demasiado grande, demasiado imponente.

Mary cabeceó en asentimiento. Lo mismo le sucedía a ella. Aquel lugar era, desde luego, muy distinto de Stuart Lodge.

—Fíjese que no me atrevía siquiera a sentarme en ninguno de los sofás.

Mary observó con disimulo el *chaise longue* que ambas ocupaban, un sillón estilo reina Ana tapizado en color salmón y pasamanería de cordoncillo dorado. En efecto, resultaba un delito sentarse ahí.

—Pero Somerton Abbey no es solo una antigua construcción, señorita Stuart, y pobre de quien lo considere así —continuó la dama—. Somerton Abbey es el corazón de quienes la habitan.

Mary exhaló bajo y profundo. Verdaderamente sentía la esencia de William en cada ínfimo detalle, en cada ángulo oscuro, en los suelos de alabastro y hasta en los elevados artesones. Si cerraba los ojos, estaba segura de poder percibir su aroma y escuchar su voz grave y varonil fluir en la atmósfera de la casa. Si cerraba los ojos, aquellos abismos sin fondo que acostumbraban a mirarla de tal forma que parecían atravesar el alma se le representaban en cualquier parte.

—Cuando llegué aquí, todo el mundo murmuraba a mis espaldas. Yo era la forastera, procedía de otro condado, por lo que me consideraban una simple cazafortunas, por mi condición humilde, tras haber engatusado al caballero más notable del lugar.

Mary abrió mucho los ojos ante esa revelación.

—Sí, señorita Stuart. Yo era hija de un modesto comerciante de paños. Cuando el señor Somerton me conoció y se fijó en mí, no tuvo reparos a la hora de desafiar a quien fuera necesario con tal de permitirme caminar a su lado. Lo tuvo claro desde el principio. —Sonrió con terneza al recordar

aquellos episodios de su pasado—. El dinero no lo es todo; lo que importa es el corazón de las personas.

Contuvo el aliento Mary, durante unos segundos sintió que aquella conversación no versaba tan solo sobre los ancianos Somerton.

—Al principio, consideraba que la abadía me quedaba grande y que yo jamás estaría a la altura de un lugar así ni de un hombre como el señor Somerton. No obstante, señorita Stuart, le aseguro que cuando un Somerton entrega su corazón lo hace sin reservas y sin importarle en absoluto lo que opine el resto del mundo.

Mary exhaló despacio el aliento retenido, mientras ofrecía una sonrisa trémula a la señora Somerton. Ya no le cabía ninguna duda de que aquellas palabras no eran referidas tan solo a sus amables anfitriones.

Capítulo 22

Después de la visita a Somerton Abbey, William regresó al día siguiente a Stuart Lodge. Sería la primera de muchas visitas que se sucederían de forma ininterrumpida a lo largo de las posteriores semanas.

Durante estas citas de cortesía, William compartió agradables momentos en compañía de Frederick, Rodrick y Mary, y unos cuantos especialmente agradecidos a solas con la propia Mary, por supuesto siempre con Frederick prudentemente cerca para ejercer de centinela moral. Un custodio, por cierto, lo suficientemente condescendiente para consentir una notable intimidad a la encantadora pareja.

Pasearon por los jardines de Stuart Lodge, mientras conversaban acerca del tiempo, de la temprana floración de los frutales o del alegre y vigorizante cántico de los pajarillos ocultos entre el ramaje. Descubrió William con gran placer que, una vez que Mary iba adquiriendo confianza con su persona y seguridad en su compañía, la soltura se adueñaba de sus conversaciones e incluso llegaron estas a un punto en el que la joven pareció trabarse menos. Cierto que los balbuceos entrecortados no remitieron jamás, pero tal vez fuese la cotidianidad, tal vez el hecho de que Mary comprendiera que a William no le importaba su traba, lo cierto fue que los diálogos entre los dos empezaron a fluir, entremezclados siempre con el encantador cascabeleo de risas desenfadadas y miradas de complicidad.

En aquellos momentos, Mary se sentía completamente feliz y no solo por tener consciencia de que no iba a ser juzgada, observada bajo la lupa de la compasión o evaluada con la burla que ella sabía habitual en cualquier contertulio de un rato. Se sentía feliz por estar al lado de William Somerton, por saber que William le dedicaba su tiempo y cada uno de aquellos valiosos minutos, incluso horas, por iniciativa propia. Era feliz porque William, el inalcanzable William Somerton, se había fijado en ella por primera vez.

En otras ocasiones, cuando el clima no se mostraba propicio, permanecían en la casa y Mary mostraba sus excelentes dotes musicales. Casi en cada ocasión, la joven se decidió a cantar, y al cantar la voz fluía de las profundidades de su alma con una claridad y una naturalidad mágicas que transportaban a William, su oyente más entusiasta, hasta el mismísimo Edén. La voz de Mary surgía como una encantadora flor que se abre por sí sola al

amparo de los rayos de sol que la abrigan.

En otra de aquellas visitas en las que el clima de finales de mayo resultó favorable, William recordó a la joven el proyecto de caminar hasta el bosquecillo de mimosas, propósito que habían acordado tiempo atrás, en aquel primer paseo a solas propiciado por el propio Frederick.

En un momento dado durante la caminata, William, quien poseía un sentido del humor chispeante, había discurrido un chascarrillo que provocó que una carcajada fresca, natural y absolutamente encantadora procedente de Mary se hiciera eco en la atmósfera boscosa. Tan ensimismados se encontraban ambos en esa burbuja bucólica que no se percataron de los tres nubarrones grises, seguros productores de tormenta, que se acercaron a ellos desde un costado del bosque.

—¡Oh, qué inesperada sorpresa! —Lilly, el nubarrón en cabeza, habló primero, aunque su mirada y la gracia que manifestaba solo iban dirigidas al señor de Somerton Abbey.

William trató de permanecer sereno ante un encuentro que nada podría tener de agradable, tratándose de quien se trataba y teniendo en cuenta la tensión y la repentina rigidez que se había adueñado de pronto de su adorable compañera.

—Señora Pemberton… —La cortesía no debía reñir con las inclinaciones personales, por lo que dedicó al trío una cabezada cordial—. Señoras…

Las tres damas respondieron con gráciles reverencias, tal vez demasiado exageradas al acompañarse también de sonrisas lisonjeras y un descenso de párpados para el que no había lugar. Miró entonces Lilly a la cuarta mujer en discordia y la sonrisa zalamera que la había acompañado se esfumó de golpe, como la neblina tardía del amanecer ante un repentino golpe de brisa.

—¡Oh, señorita Stuart, no la había visto! —exclamó, ceja izquierda enarcada en un gesto que pretendía remarcar indiferencia y que sumó desdén gracias al mohín que compuso con los labios—. Como lleva un vestido verde, la confundí con la foresta. Hay tantos zarzales y tantos helechos por aquí…

Mary no obvió las risitas que las lilliotas trataron de ocultar tras las manos enguantadas. Cierto que ellas lucían tan vistosas como un parterre en primavera; una se ataviaba de azul celeste, la otra de amarillo limón y Lilly de un morado intenso intercalado con rosa palo. Ella, no obstante, lucía un vestido verde musgo salpicado de diminutos lunares *beige*, manga hasta el

codo y escote redondo, elevado, rematado con encaje de mismo tono *beige*. Por supuesto no había ni guantes, ni joyas, ni elegantes bonetes en su atavío, al contrario que en el de las pintorescas lilliotas.

—Se encuentran ustedes bastante lejos del pueblo, señoras —comentó William, dispuesto a salir al paso y alejar la atención de la señorita Stuart—. No hubiera esperado encontrarlas a pie por un camino boscoso.

—¡Oh! —Lilly regresó la atención al caballero—. Es bueno salir a caminar por el bosque cuando el tiempo lo permite, señor Somerton, siempre viene bien respirar aire puro y refrescarse. Por supuesto, me refiero a cuando dicho paseo se realice bien provisto de sombrero y de una sombrilla, artículos imprescindibles para una dama que se precie de serlo cuando frecuenta los exteriores. —Dirigió entonces una mirada fulminante a Mary, quien paseaba sin los susodichos accesorios.

—Por supuesto —corroboró William, forzando la sonrisa—, especialmente cuando la dama en cuestión resulte tan frágil y delicada que no soporte la caricia de algo tan beneficioso y saludable como los rayos del sol. —Tras pasear una mirada airosa por las tres damas que lo observaban con el ceño fruncido y expresión pasmada, William dirigió su atención a Mary para ofrecerle una sonrisa de amparo—. Mi hermana Sophia jamás paseaba con sombrilla ni sombrero.

Lilly exhaló con sonoridad su fastidio.

—¡Oh, sí, recuerdo las costumbres de su hermana! —Dirigió entonces de nuevo la mirada a Mary, el blanco perfecto, inofensivo e indefenso en el que centrar su frustración—. Veo que se ha decidido a abandonar Stuart Lodge, señorita Stuart.

Mary, quien llevaba un rato mordiéndose el interior de las mejillas en un intento de contener los nervios que la devoraban; al sentirse por demás indignada ante las continuas humillaciones que el grupo pretendía infligirle frente a William y agotada tras tantos años de incansables burlas y muda contención, decidió por una vez cortar por lo sano y alzar la cabeza, como el tímido caracol que asoma temeroso sus antenitas ante las primeras gotas de lluvia.

—Así es. Me-me temo que no he en-encontrado un a-agujero lo suficientemente remoto ni pro-profundo, señora Pemberton, tal y como me su-sugirió.

Lilly boqueó. Todos pudieron apreciarlo. Incluso un ligero rubor le

coronó el escote y los elevados pómulos. En esos momentos, parecía una rosa a punto de estallar. William observó la reacción de Lilly, luego su mirada regresó a Mary. En su interior confluían emociones encontradas, como dos caudalosos afluentes que discurren a la par y al final confluyen en un único cauce.

Por un lado, pulseaba la indignación inevitable al descubrir que Lilly había sido capaz de sugerir algo tan cruel y horrible a la señorita Stuart, aunque no albergaba ninguna duda acerca de la veracidad de tal sugerencia. Sophia le había contado tantas cosas al respecto… Por otro lado, un intenso orgullo se desplegó desde las profundidades de su alma para derramarse por todo su ser y cosquillear en sus entrañas.

Mary, la dulce Mary, había sabido defenderse ante el ataque despiadado de aquella arpía sin conciencia, y eso le agradó. Siempre le había dicho a Sophia que debía ser fuerte y plantar cara a las lilliotas despiadadas, que no debía dejarse apocar por ellas, que ella no era menos ni tenía nada que envidiar a ninguna de la camarilla. Llegado el momento, Sophia supo hacerlo, supo revolverse, desplegar sus alas de hermoso cisne y frenar los ataques. Mary también parecía capaz de llevarlo a cabo. Mary, a quien trataban de patito feo, era sin duda un cisne tan resplandeciente que ninguno de aquellos tres petirrojos debería siquiera ponerlo en duda.

Lilly, dispuesta a que la palabra de aquella boba no fuera la única en prevalecer, decidió deslizar su veneno hacia otro flanco más vulnerable.

—¡Qué buen corazón tiene usted, señor Somerton, dispuesto a sacrificar su tiempo para entretener a… —mohín de rechazo—… la señorita Stuart!

Inhaló profundo William, alzó la barbilla y deslizó la mirada hacia la rubia y colorida líder de aquel pernicioso grupo de tres.

—Se equivoca usted —argumentó muy serio—. No podría dedicar mi tiempo, ni este corazón que tanto halaga, a nadie que lo merezca más.

Ante la perplejidad de Lilly y toda su camarilla –que ni tiempo tuvieron de cerrar la boca o al menos de ocultar el pasmo tras la mano enguantada–, William ofreció un golpe de cabeza seco y firme.

—Buenas tardes, señoras. —Para rematar la conmoción de las damas, ofreció su brazo a Mary para que lo acompañara a reanudar el paseo—. Y tengan cuidado con el sol; su delicada piel podría quemarse.

Mary, con la mano reposada con sutileza en el antebrazo de William,

avanzó a su lado para rebasar al grupo que todavía continuaba observándolos con la boca formando una “o” perfecta, los ojos como platos y los colores de la indignación y la rabia –en el caso de Lilly– coronando su gesto.

Capítulo 23

Lilly se sentía tremendamente disgustada. Se estaba repitiendo la misma historia, capítulo por capítulo.

Recordaba cuando, dos años atrás, dos forasteros habían llegado a Hylton: Anthony Masterson y su ahora esposo Travis Pemberton. Se hospedaban en su casa y ella con gusto ejerció de anfitriona. Adoraba ser el centro de atención; monopolizar por completo la de dos caballeros apuestos y poderosos –o eso al menos creyeron todos respecto a uno de ellos– era el sueño de cualquier jovencita.

Además, Lilly sabía que debía buscar esposo fuera de Hylton; allí no había nadie a su altura, ni siquiera dentro de su grupo de adeptas, ruidosas cacatúas multicolor. De hecho, tan solo toleraba a aquellas necias porque sabía que no existía nada mejor de lo que rodearse. Ellas, al fin y al cabo, eran sumisas, fieles y aduladoras. En el raciocinio de Lilly, la amistad se basaba en la supremacía de uno sobre los demás y sobrevivía cuando el resto lo asumía de ese modo.

Por eso cualquiera de los recién llegados era un candidato perfecto para esposo, y a ella le bastaba con cualquiera de ellos, si bien su intención primera pasaba por disfrutar durante un tiempo de la atención de ambos y divertirse con ello. ¡Qué entretenido sería si, además, los dos apuestos caballeros, amigos por más señas, llegaran a competir por ella hasta el punto de romper su amistad! ¡Qué maravillosa heroína gótica podría ser! ¡Y cuánto prestigio le reportaría el que dos forasteros se disputaran su amor!

Pero Masterson le salió rana. Él prefería explorar a solas y durante horas el bosque, no bailaba nunca, no mostraba intención alguna de adularla o adorarla, y finalmente terminó por mostrar una carencia total de gusto al entregar su tiempo a los Somerton.

A Sophia Somerton.

¿Cómo pudo ser capaz de anteponer a aquella boba pechugona y aburrida a ella misma?

Dos años después, volvía a recordar aquella indignante situación, pero de una forma todavía más dolorosa y humillante, pues si por aquel entonces

todavía disponía de la atención de Pemberton para resarcirse de la desatención de Masterson, en el presente William Somerton, su candidato favorito a amante, parecía dispuesto a malgastar su tiempo también con otra boba: Mary Stuart.

Sophia Somerton al menos era rica, pero la Stuart, además de tartaja y simplona, no podía compararse en absoluto con ella. No estaba a su nivel. Por tanto, no iba a consentir que de nuevo la boba del baile le arrebatara a un caballero en el que previamente se había fijado.

Acababa de recibir una invitación para el baile de los Thomson.

William asistiría, aunque no bailara, y la Stuart se quedaría en casa, como sucedía siempre. Sería el momento apropiado para actuar. No podía demorarse más. Las mosquitas muertas sacaban sus armas a relucir cuando menos se lo esperaban los demás, y ella no podía arriesgarse a perder. Ya había perdido una vez, pues al elegir a Pemberton unió su futuro al de un completo fracasado, un borracho y un vividor. En el baile de los Thomson, seduciría a William y este caería rendido a sus pies. Mary Stuart no tenía nada que hacer.

* * *

Mary observaba en silencio cómo Frederick revisaba la correspondencia que la doncella acababa de entregarle. A juzgar por la expresión indiferente de su hermano, seguramente las escasas misivas que llegaban a Stuart Lodge procedían de parientes lejanos que cumplían con el compromiso parental de interesarse por aquellos tres jóvenes de la rama Stuart que residían en Hylton, sin duda el último lugar propicio de Inglaterra para que tres solteros arreglaran de forma provechosa su futuro.

No obstante, ante uno de aquellos sobres, Frederick enarcó una ceja. De su interior extrajo no un largo pliego de vitela esta vez, sino una tarjeta rectangular, ribeteada hermosamente. La caligrafía que Mary intuyó desde la distancia destilaba además elegancia y gracia; tras una rápida lectura, los labios del caballero no tardaron en curvarse hacia arriba.

—Los Thomson acaban de invitarnos al baile que celebrarán en unos días —anunció satisfecho.

—¿Es una bu-buena no-noticia? —preguntó Mary tratando de mostrar la debida indiferencia aunque era demasiado consciente del atropellado bum-bum que se hacía eco bajo la suave coraza de muselina que le cubría el pecho.

—¡Lo es, estupenda!

Mary inclinó la cabeza y replegó los labios al interior de la boca para contener una sonrisa. Sabía que para Frederick en efecto lo era, pues se trataba de otra ocasión más para ver a su adorada señorita Delaney.

—Especialmente, si confirmas tu asistencia.

En el acto Mary alzó la cabeza y fijó la mirada en su hermano mayor. La risa amagada de hacía unos segundos se congeló en el acto. Y entonces caviló. Caviló largamente y en profundidad para razonar que la última vez que había asistido a un evento social las cosas no habían ido tan mal después de todo. En la velada de los Smith, había coincidido con William, él le había dedicado su atención, incluso compartieron un momento –mágico, hermoso, sublime– a solas en la terraza para hablar del firmamento y de las estrellas. William la comparó entonces con una de ellas y el mundo de Mary –con estrellas, lunas, soles y cometas– colapsó por completo.

Desde aquello, habían transcurrido ya algunas semanas. William se había convertido en visitante habitual de Stuart Lodge; ambos habían compartido grandes momentos, numerosas conversaciones, paseos a solas por el jardín y los bosquecillos cercanos, siempre con Frederick como transigente carabina. Habían visitado las encantadoras mimosas en flor y William incluso le había obsequiado un ramillete plagado de aquellos pomposos botones amarillos. Ella había tocado para él… –porque aunque sus hermanos se encontraran presentes, su música y la letra que brotaba de sus labios y hasta de su alma eran solo para él–, y cada uno de aquellos días a lo largo de tantas semanas William había formado parte de sus sueños nocturnos y copado sus pensamientos diurnos.

Desde entonces, había surgido una maravillosa intimidad entre los dos capaz de tocar el corazón de Mary y todas las fibras de su ser. Llegados a ese punto, no podía negar, porque de hecho se había convertido en una verdad íntimamente conocida, que la ilusión de cada amanecer giraba en torno a la posibilidad de compartir al menos unas horas en compañía de William Somerton.

—¿Qué me dices, Mary? —Frederick, que por supuesto permanecía ajeno a las cavilaciones de su hermana y a la rapidez con la que giraban los pensamientos en su sesera, insistió con una sonrisa amable—. ¿Vamos al baile

de los Thomson?

Solo la imagen de William, siempre elegante, siempre apuesto, siempre adorable y siempre sonriente, asomaba a su memoria. La posibilidad de verlo una vez más y durante un período de tiempo amplio, teniendo en cuenta que contaban con la flexibilidad horaria que concedía un baile, resultaba un aliciente por considerar. El único en realidad que podría motivarla a abandonar su casa y exponerse al mundo.

Una sonrisa trémula, pero amplia, le asomó a los labios.

—V-vamos —concedió.

* * *

En una de tantas visitas realizadas a Stuart Lodge, William se topó un día con la poco grata noticia de que Mary no iba a poder recibirlo en esa ocasión.

Al parecer y según informó Frederick –perfectamente complacido ante la expresión de decepción que observó en su amigo–, Mary había agarrado un resfriado estacional a causa de los cambios de temperatura tan característicos de la primavera. Tras apreciar que la decepción inicial de William daba paso enseguida a una preocupación más que sincera, Frederick se apresuró a asegurarle que el estado de su hermana no revestía mayor gravedad; Mary no tenía fiebre ni grandes molestias en realidad, tan solo cansancio, jaqueca y dolores musculares por los cuales se encontraba más cómoda reposando en su habitación que en las demás dependencias de la casa.

Tras prolongar la visita durante quince minutos, más por cortesía que por verdadera complacencia a su estado de ánimo, y sostener un ceño que albergaba en un solo gesto tres emociones: decepción, disgusto y preocupación, se despidió William de su amigo. No había sido capaz de prestar en verdad gran atención al monólogo llevado a cabo por el mayor de los Stuart.

Había acudido a Stuart Lodge con el único propósito que encaminaba sus pies cada día en aquella dirección: ver a Mary y gastar el tiempo en su compañía. Ella ya ocupaba su mente en cada momento del día y de la noche; a todas horas pensaba en ella y en sus hermosos ojos verdes, en ella y en su

sonrisa tímida, a menudo oculta tras los finos dedos de pianista. La soñaba con callado anhelo, contaba las horas para poder visitarla.

En aquella ocasión no había podido ser; la indisposición de la joven –aunque leve, a decir de Frederick– le supo a un puñetazo de realidad en toda la cara, y a raíz de ello comprendió cuán importante se había vuelto Mary Stuart en su vida. Vergonzosamente importante. Dolorosamente importante.

Cuando se disponía a abandonar Stuart Lodge con los ánimos decaídos y pensamientos afligidos, las palabras de Frederick captaron su atención:

—¿Nos veremos en un par de días en el baile de los Thomson?

William lo miró como si acabara de aparecérsele delante un ser de dos cabezas y seis ojos en la frente.

—No creo que asista —afirmó. En realidad, no le apetecía en absoluto. No existía ningún aliciente para volver a torturarse una noche más acudiendo a un evento que no le reportaba el más mínimo placer—. Lo más seguro es que me quede en casa jugando al *bridge* con mi padre.

Frederick se encogió de hombros y suspiró con teatralidad.

—Es una pena, ahora que Mary me confirmó que tiene pensado asistir.

William le dedicó una mirada torva.

—¿En su estado? ¿Es posible que se recupere a tiempo?

Frederick tuvo que realizar gran esfuerzo para contener la risa.

—¡Oh, sí! Ya te dije que no se trata de nada grave. En realidad, con estos dos días que restan por delante, estoy convencido de que se restablecerá por completo. —Frederick se encogió de hombros—. En fin, es una pena que vayas a dejarnos solos en una velada en la que a ella, estoy seguro, le agradaría contar con tu compañía.

William aspiró una profunda bocanada que retuvo por algunos momentos en su interior, consciente de que el corazón –antes mustio y agotado como víscera herida– volvía a aletear con vigor. En el interior de su alma, afloró un rayo de luz semejante a aquel que se cuela en una estancia en penumbra a través de alguna fina ranura consentida por las cortinas. Y ese único rayo de claridad pasó de golpe a iluminar todo su ser.

—Bueno, es posible que mi padre pueda entretenerse con cualquier otro

pasatiempo por una noche —comentó de forma apresurada ante el divertimento de su amigo—. Estoy más que convencido de que mi madre agradecerá un sostén para su ovillo de hilo, que además ejerza de resignado oyente.

Capítulo 24

Podría decirse que la residencia Thomson se encontraba aquella noche indudablemente abarrotada. Dondequiera que uno mirara, encontraba gente agrupada en pequeños corrillos conversando alegremente, caballeros deambulando solos mientras estudiaban a la concurrencia y jóvenes solteras cuchicheando en un rincón entre risitas nerviosas y suspiros lánguidos. Amplio colorido en los vestidos, elegantes fracs, pantalones por encima de la rodilla confeccionados en seda blanca, peinados adornados de florecillas y horquillas con cristales, y mil conversaciones diferentes se hacían eco a un tiempo en la sala de los Thomson.

Los camareros ofrecían el generoso contenido de sus bandejas y las mesas estaban perfectamente ubicadas en los rincones con el fin de que los bailarines pudieran encontrar dulces para degustar entre baile y baile. Hermosos arreglos florales alegraban los sentidos. Una enorme lámpara de araña de la que pendían lágrimas de vidrio presidía el salón y, en las paredes, se destacaba un amplio despliegue de candelabros de brazos broncíneos, surtidos con gran generosidad, asunto que provocaba la liviana humareda que se desplazaba por la estancia a media altura.

William llevaba un buen rato observando todo aquello con insondable paciencia. Se había colocado estratégicamente bajo el umbral opuesto a la entrada a la sala con el fin de no perderse detalle de todo cuanto aconteciera allí. De hecho, nadie podía entrar o salir de la estancia sin que él no lo percibiera. Frederick le había asegurado que asistirían.

Durante los días posteriores a su última visita, se interesó por la salud de la señorita Stuart, incluso hizo llegar a Stuart Lodge una cesta con naranjas, vino dulce, pastelitos de hojaldre y demás bagatelas para desearle una pronta recuperación. Aunque Frederick le había garantizado que su hermana se encontraba mejor e incluso ella le había escrito una nota de agradecimiento en donde le confirmaba su recuperación, lo cierto era que no podía descartarse una recaída. En aquellas latitudes, el clima resultaba inestable y tanto podía amanecer un día cálido y apacible como terminar por levantarse un viento gélido seguido de una lluvia fría e incesante.

Como quien espera desespera, William empezaba a inquietarse ante la ausencia de sus buenos amigos, en especial, de la querida señorita Stuart. Si

había asistido aquella noche, había sido con el único propósito de verla después de más de dos días obligado a sufrir su ausencia. Por eso, allí se encontraba de pie como un bendito, estirando la cabeza –como si fuera necesario teniendo en cuenta su estatura– y aguzando la mirada en busca del ángel de sus desvelos.

Como solo tenía ojos para los Stuart y al resto simplemente dejó de considerarlos desde el mismo momento de su llegada, no se percató de las tres damas que se acercaron hasta él para rodearlo y desplegarse en torno cual abanico florido. O en realidad, como trampa mortal en pos de una víctima indefensa.

—Buenas noches, señor Somerton —saludó Lilly con gran coquetería.

William descendió la mirada para observarla con desinterés, del mismo modo que pasó a observar a continuación a las restantes lilliotas. Ni un muestrario de telas albergaría tanto colorido como derramaban aquellas tres criaturas.

—Señora Pemberton, señoras. —Cabeceó como cortesía.

Lilly correspondió con una elegante y ralentizada reverencia, muy seguramente con el fin de ofrecer una amplia visión de su escote, que resultaba demasiado abierto y expuesto para una dama casada. Las otras damas ejecutaron a la vez sendas reverencias, sin duda menos sinuosas que la de su líder. Ellas simplemente ejercían de apoyo moral y era este un propósito que estaba claro, a juzgar por sus comedidos movimientos. A un gesto de Lilly, una de sus seguidoras tomó la palabra.

—¿No baila usted, señor Somerton? —Parpadeó y sonrió—. Creo que Lilly está deseando…

—No, si puedo evitarlo —cortó él.

Mientras hablaba, procuraba no perder de vista la entrada a la estancia, lugar por donde su ángel debía aparecer. Durante unos segundos, se instauró el silencio entre las lilliotas, pues no esperaban en modo alguno una respuesta tan cortante. ¿Qué caballero bajo las estrellas osaría rechazar a Lilly?

—Es una pena —comentó Lilly, ignorando el desaire, mientras jugueteaba con uno de sus dorados tirabuzones—, creo que la siguiente pieza será una polca mazurca, ¡y yo adoro las polcas, señor Somerton! Me sentiría honrada de poder bailarla con usted.

—Le aseguro que soy un bailarín horroroso en disposición de dos pies izquierdos —terció William con desinterés.

—¡Estoy segura de que no es así! —insistió Lilly y, en el afán por avanzar en su empeño de conquista, echó ambas manos al antebrazo del caballero para colgarse de él como una chiquilla embelesada en pos de su galán—. Un hombre tan fuerte como usted, tan alto y tan viril debe de guiar maravillosamente a su pareja.

William observó incrédulo el gesto de aquella mujer tan atrevida como empecinada que lo miraba a su vez concediendo a sus pestañas un parpadeo apresurado. Con un leve movimiento, procurando no caer en el desprecio o la desconsideración, se liberó del contacto y obligó a la mujer a permanecer unos segundos con las manos en suspenso en el aire.

—No lo crea. Me considero bastante torpe en el arte de la danza, de tal modo que procuro no practicarla si no me veo obligado a hacerlo. Nuestra anfitriona, desde luego, ha mostrado la cortesía de dispensarme hoy de ello.

—¿Usted torpe? ¡Permítame dudarlo, señor Somerton! —insistió ella, incansable; la mano enguantada, vivaz y diligente, regresó de nuevo al antebrazo del caballero—. No existe nada de vulgar o torpe en el señor de Somerton Abbey.

William encajó la mandíbula con fuerza hasta que un músculo le palpitó en la mejilla. Nunca había sido descortés, mucho menos ante una dama, pero aquella que tenía ante sí estaba claro que no poseía el menor escrúpulo a la hora de ponerlo, y ponerse a sí misma, en evidencia. Y era algo por lo que no estaba dispuesto a pasar. Retrocedió nuevamente un paso para liberarse del agarre y, esta vez, recogió los brazos a la espalda, en un lugar seguro bajo los faldares de la chaqueta.

—Nunca ha bailado conmigo, por lo que no está en disposición de juzgar mi torpeza, señora Pemberton.

—Precisamente por ello debiera usted resarcirme. —Sonrió coqueta—. La mejor forma de confirmar o rebatir su teoría sería permitiéndome comprobarlo esta noche —remató Lilly.

Sus compañeras la observaron con los ojos como platos y los labios entreabiertos a causa de la fatigada respiración. ¿Acaso no era cierto que, en su empeño de seducir a William Somerton, Lilly no rozaba ya el desespero? ¿Acaso el mostrarse tan osada estaba permitido en el antiguo arte de la seducción? ¿Acaso el de Somerton Abbey no parecía tan tenso como las

cuerdas de un arpa?

Los Stuart aparecieron de pronto bajo el umbral posicionado enfrente de donde se encontraba el grupo. El tiempo se detuvo de golpe para William Somerton y el mundo al completo dejó de girar; los allí presentes se difuminaron como se difumina la bruma reptante del amanecer y nada más pasó a tomar forma en su consciencia. Por supuesto, la presencia de aquellas damas, y en especial la de su líder, quedó anulada en la percepción del caballero, quien de pronto tan solo tuvo ojos, corazón y pensamiento para la joven que acababa de irrumpir en la estancia.

Del brazo de Frederick, Mary lucía una vez más tan radiante como el ángel que era. ¡Oh, qué bonita se mostraba, y qué etérea en su sutil y dulce hermosura! Tan solo le faltaban alas para imitar a un ser celestial descendido sobre la Tierra.

Un vestido en color champaña de escote elevado que apenas insinuaba el inicio de los montículos de nácar, manga abullonada, muy breve, de una finísima gasa bordada hasta el codo, tela fluida hasta los tobillos y guantes cortos de encaje floral, a juego con la manga y con la caída del vestido, servían para conceder mayor elegancia y belleza a un ángel que incluso resultaría abrumador vestido de hojarasca. El cabello se recogía en un rodete alto sobre la coronilla, mientras una cascada de tirabuzones cortos y apretados enmarcaba el rostro de luna llena.

Sin articular ni una sola palabra a modo de despedida –y no por ser descortés, sino porque en verdad el resto de la humanidad, y en especial aquel trío, había desaparecido para él–, William abandonó el grupo para cruzar la sala y alcanzar el lugar donde reposaban sus afectos. Saludó a Frederick con un golpe de cabeza y una sonrisa que este correspondió del mismo modo. Cuando su mirada voló hasta la joven situada a su lado, quien lo miraba con aquietado anhelo y las manos enlazadas frente al talle, sus ojos negros pasaron a refulgir como dos ascuas encendidas. Una cuidada reverencia, que ella devolvió con delicadeza, fue el primer intercambio entre los dos.

—Señorita Stuart, me alegra verla hoy aquí. —La voz sonaba urgente, pues urgente era también el bombeo de su corazón—. Significa que ya se encuentra usted del todo restablecida.

Dos encantadoras rosas escarcharon en las mejillas de la joven, que sonrió con dulzura, mientras descendía la mirada.

—M-me encuentro b-bien, señor, gra-gracias —murmuró azorada; bajo la suave seda del escote, el corazón galopaba ya como corcel contra el viento

—. Gra-gracias también por los-los her-hermosos pre-presentes, se-señor S-Somerton.

La sonrisa de William se ensanchó, del mismo modo que lo hizo su corazón inflamado de dicha.

—Gracias por responderme usted misma. —Mientras hablaba, su mirada permanecía firmemente prendida en las verdes pupilas que ya no le rehuían—. Sus letras han conseguido calmar este corazón afligido.

Frederick observaba la escena sin osar entrometerse ni interrumpir. Todo fluía tal y como debía; estaba claro que la simiente que él mismo había dejado caer sobre terreno fértil, aunque desaprovechado, empezaba a germinar hasta el punto de asentar las raíces de una bella flor. Mary ya no se escondía, ya no parecía tan insegura; sus ojos y sus labios sonreían a menudo y las rosas de sus mejillas cristalizaban carmesí. Los ojos de su amigo William poseían un brillo especial, nunca antes apreciado, cada vez que miraba a su querida hermana.

En contra de los pronósticos de Lilly Pemberton, quien auguraba una polca mazurca, empezaron a sonar los vibrantes y dulcísimos acordes de una contradanza. William exhaló y, entremezclada con su exhalación, asomó una sonrisa.

—Señorita Stuart, ¿me concedería el honor de este baile?

Mary jadeó su confusión, mientras la mano derecha acudía presurosa al agitado escote. Las miradas de ambos, entrelazadas e inseparables, vibraban al son de los agitados latidos de dos corazones.

—Por favor, baile conmigo, señorita Stuart.

De todos era sabido que William Somerton no solía bailar, nunca le había gustado. Muchas matronas protestaban precisamente por esa mala costumbre de uno de los solteros más codiciados del condado. Sin embargo, como su corazón clamaba por responder y las mariposas del estómago no hacían otra cosa más que golpear las alitas de talco contra las paredes de la convulsa víscera, Mary esbozó una sonrisa fina y apretada que venía a corresponder a una clara afirmación. Ante la atenta y satisfecha mirada de Frederick, William le ofreció el brazo para guiarla hasta el centro de la sala, donde dos hileras de danzantes empezaban a moverse, a confluir y a mezclarse al son armonioso de la bella melodía.

Tal y como correspondía, William la tomó de la mano derecha para

pasear juntos por el centro del corredor formado por los demás bailarines, girar sobre sí mismos y regresar a su sitio, uno frente al otro, siempre sin apartar la mirada mientras las restantes parejas ejecutaban la misma coreografía frente a ellos. En sus rostros, una sonrisa y, en su mirada, un mismo mudo anhelo.

El resto de la humanidad había desaparecido y en aquel enorme salón tan solo continuaban ellos dos, la hermosa contradanza que sonaba y las miradas de ambos perfectamente enlazadas.

—Le debo muchos bailes, señorita Stuart —dijo William cuando en el siguiente pase coincidieron en el centro del corredor—, tantos que podría pasarme la vida entera bailando con usted y jamás saldaría mi deuda.

Regresaron a su posición en la hilera, mientras Mary lo observaba muy seria, encendido el color y presuroso el aliento. Cuando de nuevo se reunieron en medio de la sala, ella le ofreció su respuesta.

—Fre-Frederick dijo u-una vez que us-usted no bai-bailaba, señor, así que en re-realidad no me de-debe nada.

De nuevo se separaron a causa del baile. Durante esos breves lapsos, Mary procuraba serenar el alma agitada y el corazón presto al colapso. ¡Se encontraba bailando con William Somerton! ¡Con William Somerton nada menos! Segundos después, volvieron a encontrarse y sus manos se unieron suavemente para acompañarse por el centro del pasillo humano.

—De haber sido consciente de su presencia, y no un tonto o un ciego rematado tal y como demostré ser, la habría invitado mucho antes, de hecho cada noche y en cada ocasión —susurró con gravedad, sus negros iris centelleaban, con la pupila dilatada por completo—. Jamás hubiera permanecido usted sola en un rincón sin bailar. Jamás, señorita Stuart, se lo aseguro.

Ella jadeó. Por fortuna, se vio obligada a regresar a la hilera al lado de las otras jóvenes, y ese leve distanciamiento le concedió un nuevo respiro y la licencia de una honda exhalación. Le faltaba el aire, y no a causa del baile, sino por culpa de la penetrante mirada obsidiana de aquel hombre y en especial por la intensidad y el significado real de sus palabras. Seguramente, por el simple hecho de estar allí con él y ser la dueña de su mirada.

—¿Podrá perdonarme? —preguntó William cuando volvieron a coincidir—. ¿Será capaz de ignorar los estúpidos procederes de este tonto?

—N-no hay na-nada que perdonar —afirmó ella con sinceridad—. Tal vez sim-simplemente no e-era el mo-momento.

William la observó muy serio antes de regresar a su posición al lado de los otros caballeros. No podía apartar la mirada de ella, mientras sentía el corazón latir sin mesura en lo alto del pecho, a la altura de la garganta, y amenazando con desbordarse.

En otro punto de la sala, tres mujeres jóvenes observaban la escena con la boca abierta, sin parpadear, mientras una de ellas, la más rubia, esbelta y elegante, alzaba la barbilla con desdén para girar sobre sus talones y perderse entre la multitud. No iba a continuar soportando semejante humillación.

Capítulo 25

Una vez finalizada la pieza, aprovechando la confusión de aplausos, gasas, risas de satisfacción y parejas que regresaban en tropel junto a sus grupos después de la danza, en lugar de soltar la mano de Mary, William la retuvo con firmeza para fijar su mirada en aquellos verdes jades que lo observaban con curiosidad.

—No era nuestro momento, tal vez —dijo en un tono bajo y grave—. No, no lo era entonces.

Ante la mirada perpleja de Mary, tiró de ella suavemente para cruzar juntos la sala, esquivando la atropellada marabunta donde ondeaban muselinas y levitas, plumas en el pelo y lazos de raso, para traspasar juntos una de las numerosas puertaventanas acristaladas que daba paso al jardín. Sujeta su mano por la mano grande y varonil de aquel caballero maravilloso que la conducía con urgencia a través de la sala, mientras el corazón le golpeaba el pecho como maza sin control, Mary se sentía dentro de un sueño fascinante del que no deseaba despertar jamás. ¿Adónde la llevaba? ¿Y qué podía importar a dónde? Lo cierto era que se sentía feliz en su ignorancia, como un pobre patito feo al que de pronto rodean los cisnes haciéndolo sentir por un momento parte de la bandada. Y mientras William tiraba de ella, las personas pasaban a ambos lados como fugaces ráfagas de color, como voces anónimas que no alcanzaban a perforar el velo de ensueño que la envolvía.

Un firmamento aterciopelado y cuajado de estrellas que se extendía infinito sobre sus cabezas les dio la bienvenida, mientras la fresca brisa nocturna de inicios de junio les acariciaba el rostro y mecía los cortos bucles de la joven, a la vez que los refrescaba tras el sofoco que cargaba el interior de la vivienda y la agitación de sus almas. Entre la prolija vegetación del jardín, los grillos tomaban las pulsaciones a la noche con sus cánticos vibrantes, en tanto el aroma de la madreselva y los dondiego de noche ascendía en volandas para llenar la atmósfera de dulce fragancia.

William se paró en una parte discreta del jardín, lejos de la luminosidad amarillenta que se desplegaba de forma oblicua a través de las puertaventanas y lejos también de las voces que llegaban desde la vivienda. La tomó de ambas manos y ancló la mirada en la de ella.

—Señorita Stuart… Mary, ¿puedo llamarla Mary? —Una sonrisa nerviosa estiró los labios de William. Se veía agitado, inquieto e incluso angustiado—. Porque le aseguro que en mi cabeza y en mi corazón usted es tan solo Mary; la dulce Mary, la hermosa Mary…

Mary entreabrió los labios para dejar escapar un suspiro. Sentía el corazón a punto de colapsar y la sangre latir en los oídos y en las sienes. Además ardía, ardía toda ella en auténtica llamarada. Ardía el pecho, ardía el escote y ardían las mejillas. Estaba a punto de estallar en mil pedacitos de dicha.

—Mary —continuó, pero se silenció en el acto para exhalar su nerviosismo—. Mary, me temo que no soy un gran orador, como puede comprobar.

Ella jadeó una sonrisa.

—N-no se pre-preocupe; yo tam-tampoco…

Ambos sonrieron al unísono y las risas se oyeron como cascabeles en la noche estrellada de junio.

—Pero usted tiene su música, Mary. Los dulces acordes que arrancan sus dedos le ayudan a exteriorizar sus emociones, mientras que yo… —exhaló profundo— yo solo puedo mirarla a usted y sentir que el corazón me explota de dicha.

Mary se humedeció los labios, de pronto secos y ásperos, mientras la mirada continuaba imperturbable prendida en las pupilas obsidiana que llameaban.

—¿Qué digo? ¡Usted por sí misma es música, Mary! —William se tornó serio y su semblante transmitía de pronto confusión—. Usted es mi música, la música que hace aletear mi corazón.

Las risas disimuladas de una pareja anónima al acercarse propiciaron que William reaccionara y tirara de Mary hacia la parte más escondida del jardín, detrás de un enorme macizo de verónica en flor, para procurar mayor privacidad. Una vez a salvo de miradas ajenas, William recuperó las manos enguantadas para llevárselas a los labios y besar los nudillos uno a uno bajo la arrobada mirada de Mary. Cuando finalizó el besamanos y las lágrimas danzaban en el arco oscuro de las pestañas de la joven por una viva emoción imposible de controlar, William prosiguió abriendo el alma.

—Mary, he permanecido anclado en el silencio durante toda mi vida. Me temo que, como un sordo, un idiota o un necio, he sido incapaz de escuchar la melodía que emitían sus pasos de ángel, su risa leve y esa voz suya que hoy agita mi corazón y me quiebra hasta el alma…

Ante la mención a su voz, ella rehuyó la mirada, marcando un ligero ceño de desconcierto, pero William la recuperó de inmediato ante la insistencia porfiosa de la suya.

—Pienso en usted día y noche, Mary Stuart, y me temo que ya no puedo ni quiero escuchar nada más en este mundo que los sonidos que la rodean a usted y que brotan, estoy seguro de ello, de lo más profundo de su alma.

Mary jadeó, mientras una de aquellas lágrimas danzarinas se deslizaba por la azorada mejilla. Replegó los labios al interior de la boca y se esforzó por contener el dispendio de aquel ejército acuoso que, para humillación de la joven, se desbordó de golpe de las veladas pupilas verdes.

—Soy una cri-criatura de-defectuosa, señor S-Somerton —sollozó, se ahogó en su propio llanto e intentó en vano retirar sus manos de las manos de William, que continuaban ofreciendo cobijo y se negaban a dejarla ir—. N-no soy digna de us-usted. Ja-jamás podría serlo.

Fue entonces cuando William soltó las pequeñas y trémulas manos enguantadas tan solo para enmarcar el dulce rostro femenino con las suyas. Los bucles oscuros se le deslizaron entre los dedos; las lágrimas le humedecieron las palmas y el calor que abrasaba el redondeado rostro se filtró en su propia piel.

—¡No, no es así! Para mí usted es simplemente perfecta, Mary.

Se miraron con intensidad durante apenas unos segundos en los que el llanto entrecortado de ella se mezcló con el aliento presuroso y mal contenido de él.

—Ninguna podría serlo más…

Entonces, sin descoser su mirada obsidiana de los velados jades, William acortó la mínima distancia que los separaba al inclinarse ligeramente hacia ella. Despacio, muy despacio, sin pretensión de resultar invasivo y mucho menos de amedrentarla con sus actos, sus labios rozaron los de la joven para sellar un beso casto, sincero, dulce e inocente que se prolongó durante interminables segundos.

Se separaron un instante para mirarse fijamente a los ojos. William necesitaba observar la reacción de ella. Necesitaba saber si ella aceptaba su beso antes de continuar. Si debía detenerse, aunque el corazón se le quebrara en mil pedazos, sería en ese mismo momento y antes de continuar avanzando.

Pero entonces Mary sonrió en medio del llanto. Sus ojos chispeaban de ilusión. William sonrió a su vez. Los suyos centelleaban de alegría. Y todo estuvo bien.

—Preciosa, mi preciosa Mary…

Regresó William de inmediato a los labios de Mary y esta vez sus manos abandonaron el rostro para asentarse una sobre la nuca, la otra en el fino talle de la joven. Así, le acarició el cuello apenas con la yema de los dedos, ajustó la cintura de ella con firmeza contra su cuerpo y continuaron besándose con juvenil inocencia. Se separaron cada pocos segundos tan solo para aspirar el uno las sonrisas trémulas del otro, mirarse a los ojos manteniendo las frentes emparejadas y acariciarse con el leve roce de la nariz para regresar siempre, una y otra vez, a los dulces labios amados. Sus labios se reconocían y encajaban como dos piezas únicas en perfecto ensamble; la calidez de la piel ofrecía reposo y refugio, y la sed compartida parecía calmarse tan solo con el agitado hálito o los aterciopelados besos que se regalaban.

—Permítame adorarla por siempre… —susurró él en la suave parcela de piel bajo la oreja.

Mary se alzó de puntillas y elevó los brazos para abrazar los anchos hombros masculinos, momento que él aprovechó para izarla ligeramente y ceñirla aún más contra su cuerpo, rodeándola esta vez en un abrazo desesperado. No deseaba soltarla jamás. Abandonó entonces William los cálidos labios de fresa para deslizar un reguero de besos por el cuello de Mary, aspirando de facto el suave aroma de su piel hasta notar los sentidos henchidos de felicidad. Ella acogió su gesto con una sonrisa radiante y liberada, mientras apoyaba la cabeza en el hombro de William y sus manos enlazaban la nuca. Sin desligar ni un ápice el abrazo, William encajó su rostro al rostro de ella y reposó la cabeza en el delicado hombro para acomodarla en su cuello. Así, con los ojos cerrados y el corazón inflamado de dicha, William Somerton sonrió al firmamento.

Sirio estaba en lo alto del cielo. El ángel, entre sus brazos.

Todo estaba bien.

Bajo la suave luz nacarada que concedía una noche de luna creciente,

caminaban por el jardín con las manos y las miradas enlazadas, mientras asomaba a los labios una sonrisa perenne que a cada paso aquietaban con besos breves, escoltados por el cascabeleo indisimulable de la felicidad, cuando escucharon un breve murmullo muy cerca de donde se encontraban, procedente de alguna parte tras un murado de boj recortado a media altura.

Se acercaron en silencio, aprovechando los claroscuros y la prolija vegetación para observar sin ser vistos, siempre temerosos de estorbar a alguna pareja que, como ellos, hubiera pretendido la intimidad del jardín para sellar sus sentimientos. ¡Cuál no sería la sorpresa de ambos cuando descubrieron a Frederick, rodilla derecha hincada sobre la hierba, susurrando a la señorita Delaney quien, de pie frente a él, con su mano entre las manos de Fred, cubría los labios con la mano libre para tratar de silenciar sus emociones! Los hombros de ella se agitaban levemente, pero la sonrisa que se ocultaba bajo los dedos hablaba de felicidad.

William y Mary se miraron y sonrieron ante la escena. Siempre tomados de la mano, regresaron muy despacio y en silencio sobre sus pasos con el fin de alejarse del lugar y conceder privacidad a la pareja. Sin duda, Frederick y su adorada merecían su final feliz.

Aunque ninguno de los dos lo deseaba, sabían que debían regresar al baile antes de que alguno de los invitados los echara en falta. Tampoco deberían exponerse a ser sorprendidos en mitad de la noche en los jardines. No sería en absoluto justo para Mary.

Se acercaban a la terraza por donde habían salido al exterior cuando un pequeño alboroto entre los macizos florales llamó de nuevo su atención. Esta vez no se trataba de un eco disimulado o de un murmullo arrullador, sino de jadeos atropellados, bufidos bajos y sonrisas sofocadas. Estaba claro que alguien había elegido aquella parte nada recogida del jardín para dar rienda suelta a sus deseos carnales. No fue a causa de la curiosidad, sino en verdad porque no quedaba más remedio que toparse con la escena al encontrarse esta muy poco retirada de la vista –en efecto cualquiera que pasara por allí se hubiera topado con el percal– que descubrieron a un caballero tumbado por completo sobre una dama, quien, sin reparo alguno y con gran regocijo, lo recibía entre sus piernas.

William lo reconoció en el acto. Hacía mucho que no lo veía, podría decirse que casi dos años desde la última ocasión; no obstante, Travis Pemberton seguía manteniendo la elevada estatura que lo caracterizaba y el cabello abundante y oscuro de siempre. Sin embargo, puede que aquellas fueran las únicas cualidades que conservaba del apuesto forastero llegado a

Hylton dos años atrás. Se notaba bastante entrado en carnes, ciertamente más obeso que otra cosa, asunto que resaltaba especialmente al mantener el caballero su empeño de continuar utilizando el mismo atuendo de cuando su porte resultaba más atlético y firme, lo cual le concedía una apariencia ordinaria y casi caricaturesca. La ropa lucía arrugada y terriblemente ajustada; el cabello, más largo y revuelto de lo considerado elegante y, aun desde la distancia, el fuerte olor a alcohol y a tabaco se volvía intolerable.

Rápidamente, William se situó delante de Mary para ocultar a sus ojos una visión tan vulgar como impropia, pues estaba claro que la dama con la que Travis Pemberton se entretenía no era su esposa. ¡Qué sorpresa cuando la mujer se movió un instante bajo el enorme cuerpo que la ocultaba para mostrar su perfil! Una de las lilliotas era la encargada de satisfacer al esposo de aquella a quien todos consideraban el adalid indiscutible del funesto corrillo. La propia Lilly se sentía, y jamás se había molestado en disimularlo, muy superior a sus compañeras. Sin duda, mucho más refinada, más hermosa, más adinerada y más digna de adoración. Nunca hubiera pensado que una de las integrantes de su séquito fuera a perpetrar contra ella y contra su casa semejante traición.

Todo indicaba, además, que la dama no había sido forzada a actuar en contra de su voluntad, a juzgar por la sonrisa que le ensanchaba el rostro y llenaba el aire de sonoras carcajadas; estaba claro que la mujer disfrutaba con lo que estaba haciendo. Claro quedaba también que el grupo formado por Lilly y sus lilliotas era como un cesto lleno de sierpes que al menor descuido acaban mordiéndose entre sí.

—P-pobre Lilly… —susurró de pronto Mary, quien, a pesar del empeño de William, no había podido evitar contemplar la escena y a sus participantes.

Enternecido por la bondad de aquel corazón noble y por la compasión que un alma tan negra y ponzoñosa como la de Lilly Pemberton era capaz de despertar en una de sus numerosas víctimas, William acunó el enrojecido pómulo en la palma de su mano, mientras se llevaba la que sostenía a los labios para depositar un beso en el dorso. Sin mediar palabra, continuaron camino para dejar atrás la desagradable visión.

Capítulo 26

Al día siguiente, la escena resultaba sin duda bastante hilarante en Stuart Lodge.

Frederick, William y Mary se encontraban en la sala ocupando cada uno un asiento, mientras sostenían una taza de té intacta en las manos. Hacía rato que el contenido de las porcelanas había dejado de humear sin que ninguno de los tres se lo hubiera aproximado siquiera a los labios. En realidad, resultaba bastante ridículo que ni siquiera se molestaran en depositar las tazas sobre la mesa y que continuaran con ellas en las manos, como estatua inanimada.

Imperaba el silencio.

También las sonrisas ilusionadas, bobaliconas y ensimismadas adornaban el semblante de Frederick, quien estaba claro que permanecía absorto en sus felices pensamientos en lugar de en la sala de estar, en compañía de su hermana y de su mejor amigo. Solo su sayo se encontraba presente; sus sentimientos y pensamientos se encontraban en otra casa a cierta distancia de allí.

Las miradas cómplices y fugaces entre William y Mary se alternaban con sonrisas contenidas, labios replegados al interior de la boca y miradas desviadas con premura. Los rubores de Mary resultaban bastante delatores, por cierto, si acaso Frederick hubiera estado atento a ellos. Bastante en qué pensar tenía el primogénito de los Stuart como para apercibirse de la situación; de lo contrario, se hubiera dado cuenta de que la relación entre su hermana y su mejor amigo había cambiado mucho desde el baile del día anterior, asunto que lo pondría por demás contento.

Resopló de pronto Frederick, pues llevaba un rato organizando pensamientos y al fin parecía haberles concedido forma en su sesera, se palmeó los muslos en un intento de insuflarse arrojos y fijó por vez primera la atención en sus dos acompañantes. Estos lo observaron a un tiempo con gran curiosidad, atentos a su gesto de impulso.

—Ayer pedí la mano de la señorita Delaney —informó sin ningún preámbulo ni necesidad de rodeos innecesarios para aquellas dos almas de su absoluta confianza.

Mary fingió sorprenderse ante la información, y tal vez lo hizo con sinceridad frente a la franqueza emocional de su hermano, por lo que se llevó una mano al pecho con tal vehemencia que a punto estuvo de derramar el contenido de la taza que sostenía en la otra.

—Y ella me ha concedido el grandísimo honor de darme un sí.

Fue William el primero en manifestarse, a la vista de la atropellada reacción de Mary.

—¡Te ofrezco mi más sincera enhorabuena, querido amigo! —exclamó contento—. Sabiendo como sé que ella es desde hace tiempo la destinataria de tus afectos, les auguro una gran dicha juntos, dicha que sin duda ambos merecen. —Deslizó una mirada fugaz hacia Mary—. Sin duda, no existe nada más venturoso que amar y ser correspondido.

Mary inclinó la mirada en el acto, encendida como una amapola. Frederick, ajeno una vez más a todo intercambio entre aquellos dos, pues bastante tenía con tratar de controlar sus emociones, en esos momentos por demás atropelladas, se levantó como impulsado por invisible resorte.

—¡Me gustaría pedirles un favor! —comentó de pronto, parado en medio de la sala. Ambos lo miraron con curiosidad—. Aunque ella me haya concedido un sí, debo acudir al hogar de los Delaney para solicitar al señor Delaney su bendición, y deseo hacerlo cuanto antes. Me gustaría que me acompañaran.

William y Mary se miraron. Una sonrisa asomó a los labios de ambos.

—¡Claro, amigo! —concedió William—. Será un placer acompañarte en un momento como este.

Frederick miró entonces a su hermana, pues la joven todavía no se había pronunciado. Ella captó su mirada inquisitiva y trató de tranquilizarlo con una amable sonrisa.

—M-me siento m-muy feliz por ti, Fred —murmuró manteniendo la sonrisa—. La se-señorita De-Delaney es una joven en-encantadora.

Frederick sonrió abiertamente por vez primera, mientras se frotaba las manos con nerviosismo. ¡Un tipo maduro como él, temblando de puro nervio como un zagal! No obstante, tan solo existía dicha en su exaltación. Su futuro romántico se encauzaba con gran ventura y, si todo salía como pretendía, muy pronto colocaría un anillo en el dedo de su adorada.

* * *

Hacía tiempo que se trataban y, sin embargo, era la primera vez que observaba William a su amigo en un estado de nervios semejante. Se fijó en Fred, que caminaba bastante delante de ellos, y sonrió. Por un lado, comprendía sus dudas. Cierto que la señorita Delaney había dado su consentimiento, pero faltaba sin duda la peor parte: esperar la bendición del padre.

Confiaba William en que el señor Delaney, a quien consideraba un hombre prudente y juicioso, no pusiera objeciones al compromiso. Al fin y al cabo, los Stuart eran miembros muy queridos entre la sociedad rural de Hylton y, si la señorita Delaney ya había elegido, no tenía sentido acercar impedimento alguno. Con todo, estaba dispuesto a interceder en nombre de su buen amigo, si acaso fuera necesario y el señor Delaney ofreciera reticencias.

Entonces, con tales consignas en mente, caminaban tres personas hacia la vivienda de los Delaney en un agradable paseo, aunque en esos momentos la apacibilidad no imperara en los ánimos del que presidía la comitiva. Ante semejante panorama, nuevamente William sonrió divertido.

Frederick mantenía un buen paso. Sus zancadas vehementes evidenciaban el nerviosismo y su cabeza inclinada hablaba de pensamientos atropellados que la cargaban hasta el punto de doblegarla. Probablemente, el hombre organizaba en su mente posibles diálogos para iniciar conversación con el que anhelaba se convirtiera pronto en su suegro. Y estaba convencido de que ninguno de ellos acababa de convencerlo, a juzgar por los meneos que de vez en cuando realizaba con la cabeza y por los movimientos de las manos.

Miró entonces William a la joven que caminaba silenciosa a su lado y una sonrisa, esta vez de comprensión, estiró sus labios. ¿Acaso no podía entender la inquietud de su amigo, al encontrarse él mismo en una situación muy parecida? ¿Acaso en esos momentos, aunque tratara de disfrazarlo en la contemplación de Frederick, no podía decirse que los nervios de su amigo eran muy similares a los propios?

—Me temo que tenemos una conversación pendiente, señorita Stuart.

Una vez captada la atención de la joven, fijas las verdes pupilas en su persona, William le ofreció una sonrisa con el fin de aplacar cualquier

inquietud.

—Mary —corrigió—, espero que no haya olvidado mis palabras.

Ella, encendido el color, inhaló profundo. ¿Cómo habría de olvidarlas, cuando aquellas palabras le habían ofrecido esperanza, ilusión y la alegría más grande a la que su corazón pudiera aspirar?

—Ni lo acontecido en el jardín…

—¡Las re-recuerdo! —comentó con notable aflicción y el pulso y el corazón acelerados.

—Ha de saber que las reitero todas, Mary. —La urgencia en la voz de William era notable—. Ratifico cuanto le dije bajo el brillante centelleo de las estrellas.

Exhaló hondo y, en imperioso ademán de calmar la ansiedad, la joven se llevó la mano abierta al talle. Incluso en una zona tan remota y desubicada sentía el alocado pulsar del corazón bajo las livianas capas de muselina. Continuó caminando, tratando de mantener un paso coherente a pesar de la debilidad que doblegaba las rodillas.

—Es usted la más hermosa melodía que podría sonar en mi alma, Mary. —Ella exhaló con largueza acusando falta de aire—. Y quiero seguir sintiendo cada acorde dentro de mí durante el resto de mi vida.

Mary boqueó para tratar de insuflarse oxígeno y alguna suerte de alivio a la contrición del alma.

—Tam-también yo sigo pen-pensando lo mismo —dijo ella—. Soy torpe, de-defectuosa… Se avergonzará de mí. To-todo el mundo se a-avergüenza…

William se detuvo de pronto para mirarla bajo un severo ceño.

—¡Yo no soy todo el mundo! ¡De hecho, me avergonzaría de mí mismo si actuara de un modo semejante! —exclamó.

Enseguida observó la reacción de Frederick, por si acaso hasta él hubiera llegado la protesta de su voz. Por fortuna, Frederick continuaba absorto en su monólogo interno, ajeno a la conversación de la pareja y a la repentina pausa en el paseo. Trató William de sonar susurrante a continuación hasta el punto de que su voz resultó terciopelo.

—Jamás podría avergonzarme de usted, querida Mary, porque no existe nada digno de censura o deshonra en su persona. Jamás será usted la sombra que camine tras de mí. —William movió ligeramente la mano para rozar apenas con el meñique el dedo meñique de la joven en un roce efímero, pero tremendamente íntimo—. A mi lado, a mi lado o nada.

Ella aceptó el gesto y los dedos permanecieron enlazados a partir de entonces cuando reanudaron el paseo.

—Es usted muy a-amable…

—No es la amabilidad la que concede alas a mis palabras, querida Mary, es este corazón inflamado por usted. —William se expresaba con gravedad, fija su mirada en los ojos de la joven—. Reitero cada palabra de la pasada noche, cada emoción y cada sentimiento. —Exhaló en profundidad, completamente rendido—. Lo reitero todo con el corazón en la mano y el alma en los labios —repitió—, y en este momento créame que moriría por reiterar lo que sucedió después.

Mary boqueó afligida. Ambos habían detenido sus pasos a la vez, ajenos al resto del mundo. No fue capaz William de obviar aquella mirada anhelante, vidriada a causa de la emoción, y aquellos labios entreabiertos por los que se colaba apenas el eco de un apurado hálito. Aquella boca de fresa resultaba una ineludible tentación para su corazón enamorado. Sin detenerse a pensar en lo que hacía, sintiendo una vez más que tan solo ellos dos permanecían en pie sobre el terreno y que todo lo demás dejaba de tener significación, se inclinó hacia ella para buscar sus labios. Mary cerró los ojos para recibir la suave y cálida caricia de terciopelo. En mitad del campo, durante un inocente paseo estival, sus labios se reconocieron de inmediato, encajando con avidez para formar un perfecto y ajustado ensamblaje. Las dos únicas piezas de un impecable todo.

No pudieron perpetuar el beso demasiado, no obstante, ni retomar el sensual baile de labios iniciado la noche anterior en el jardín, pues la situación no era la apropiada y Frederick, aunque distraído con sus propios pensamientos, se encontraba demasiado cerca. Por tanto, se separaron de inmediato, pero permanecieron con los dedos y las miradas enlazadas.

—Soy suyo, Mary —susurró William en medio de una sonrisa—. Mi corazón es suyo y de nadie más. Si acaso acepta la mísera ofrenda que le dedico, le aseguro que cada latido que emita de hoy en adelante llevará tan solo el eco de su nombre.

Cientos de lágrimas presurosas descendieron por las mejillas arreboladas

de la joven para morir en el arco trémulo de una sonrisa. Era el momento de poner en labios sus pensamientos, aunque al hacerlo estos sonaran entrecortados y torpes, como siempre.

—Mi co-corazón hace tiempo que-que tan so-solo late por usted, William So-Somerton. —Un sollozo inesperado la silenció de golpe—. Yo… yo ja-jamás confié en que us-usted pudiera escuchar y com-comprender su latido.

William suspiró en medio de una sonrisa plena de dicha. Lágrimas de felicidad velaron su mirada al ser consciente de la grandeza que le concedía la vida.

—¿Cómo no escuchar la dulce voz de un ángel? —gimió él mismo—. Tan solo lamento haber tardado tanto en hacerlo.

Como impulsados por invisible intuición, miraron ambos a la vez hacia delante para toparse con Frederick, quien había continuado caminando ajeno al intercambio que dejaba tras de sí. El descubrimiento del caballero, tan lejos ya de ellos, propició que Mary jadeara llevándose una mano a los labios. William, un tanto más práctico y tranquilo que ella, aferró con firmeza el meñique de la joven, desde hacía un buen rato enlazado al suyo, y ambos apretaron el paso para salvar el importante trecho que los separaba.

Mientras caminaban con andar presuroso, sonrisas en los labios y emoción en la mirada, Mary expuso la inquietud que de pronto le sobrevino en medio del halo rosáceo en el que habían permanecido aislados del resto del mundo.

—¡Frederick!

William la miró y sonrió en amplitud.

—Bueno, es cierto que resultaría imperativo abordar a Frederick para solicitarle la mano de su querida hermana —anunció con hilaridad—, pero permítame, Mary querida, que no lo haga en el día de hoy a riesgo de que su hermano mayor sufra un ataque al corazón. Creo que hoy nuestro querido Frederick tiene bastante con sus propias circunstancias.

Y efectivamente resultaba bastante cómico, a la par que digno de compasión, observar el aspecto concentrado y distraído del mayor de los Stuart mientras caminaba seguido por aquel par que, sin duda, agradeció en grado sumo su distraimiento.

Capítulo 27

En efecto, William habló con Frederick al día siguiente, una vez que el mayor de los Stuart se recuperó de la impresión de abordar a su futuro suegro para pedirle en matrimonio a su querida hija. Por fortuna, el anciano no solo ofreció su consentimiento, sino que lo rodeó en un afectuoso abrazo y entre lágrimas de contengo lo llamó "hijo".

Mary y William tuvieron, por tanto, que disimular las propias emociones para participar de las de su querido hermano y amigo con el fin de no arrebatarle su momento de gloria. Debían esperar, aunque William aseguró que no demasiado tiempo. Le resultaba imposible disfrazar todo lo que Mary le hacía sentir y no estaba dispuesto a perder el tiempo. Quería estar con ella en todo momento y a todas horas.

Ajeno a las intenciones de su querido amigo, Frederick le contó, tan alegre como cualquier hombre una vez que alcanza a tocar el cielo estrellado con la punta de sus dedos, que pretendían casarse por san Miguel, una fecha por demás muy venturosa para cualquier proyecto de matrimonio. Tan tranquilo como era capaz de aparentar, William escuchó los propósitos de su amigo en silencio y con gran atención. Una vez que finalizó este de exponer sus ideas, el de Somerton Abbey se limitó a apuntar:

—Sería importante saber si les desagradaría demasiado compartir la iglesia en ese día con otra pareja enamorada que también desea sellar su amor.

Frederick lo miró entonces con curiosidad. Al principio, no comprendió las palabras de su amigo. ¿Otra pareja? ¿De quién podría tratarse? Si bien habían surgido algunas nuevas parejas durante los últimos bailes, desconocía que cualquiera de ellas tuviera un alcance tan serio; al menos él no sabía de nadie de Hylton que tuviera intención de dar un paso al frente para desposarse próximamente. Pero entonces un ramalazo de intuición le cruzó la mente con la urgencia de una centella… y Frederick simplemente boqueó como pez fuera del agua.

—¿Es en serio? —Jadeó incrédulo, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

William, sonrisa en ristre, asintió.

—A Mary y a mí nos haría mucha ilusión compartir un día tan dichoso, y tantísima felicidad, con vosotros —explicó. Hizo una pausa para mirar a su amigo con sesgada hilaridad—. Siempre y cuando nos concedas tu bendición, Frederick.

Este jadeó de nuevo. No podía creer que aquello que tanto había anhelado en los últimos tiempos fuera al fin a llevarse a cabo. Cierto que había sido testigo de miradas delatoras, de sonrisas afectuosas y rubores continuados. Cierto que había observado una clara evolución en la relación de aquellos dos hasta el punto de descubrir, con gran dicha además, que William no salía de Stuart Lodge y que Mary empezaba a asistir a eventos que antes rechazaba de pleno.

—¿Cómo no habría de concedértela, querido amigo, cuando hace tiempo que no anhelo otra cosa? —confesó, rebosante de dicha. Sin mediar otra palabra, se abalanzó contra William para rodearlo en un cálido y sincero abrazo—. ¡Por fin puedo llamarte hermano de forma legítima, William Somerton, pues hermano hace mucho que ya te considero!

* * *

El anuncio de ambos matrimonios causó un pequeño gran revuelo entre la flor y nata de la sociedad rural de Hylton; si bien fue cierto que hubiera causado muchísimo más en otras circunstancias. Al fin y al cabo, las almas malintencionadas encargadas de hacer la vida imposible al resto de los seres vivientes con críticas constantes, burlas despiadadas y ensalzamientos de defectos, que a ojos de cualquier simple mortal pasarían desapercibidos, se encontraban bastante ocupadas en otros términos más importantes y, sin duda, mucho más belicosos también.

La noche del baile de los Thomson, William y Mary no habían sido los únicos en sorprender a los descarados amantes que se solazaban sin reparo alguno en el jardín, demasiado cerca de la puerta que comunicaba el salón con los exteriores de la vivienda y, por tanto, demasiado expuestos a ojos de todos. Cuando días después corrió la voz de que Travis Pemberton, conocido calavera y caballero poco respetado en Hylton debido a sus malos vicios y a su escasa confiabilidad, engañaba a su esposa con una de sus incondicionales, no hubo otro tema de conversación en los labios de matronas y caballeros durante demasiado tiempo, meses en realidad. Todo lo demás se vio opacado por el peso aplastante de semejante suceso.

Cabe decir que Lilly acudió en persona al hogar de su antaño considerada adepta y, según murmuraciones del servicio, la agarró del cabello sin previo aviso hasta casi arrancar cada elaborado tirabuzón, la arrojó al suelo y ambas acabaron enredadas sobre los suelos de mármol como si de una pelea de gatas se tratara. Según comentaron después en algunos corrillos, siempre entre risas ocultas tras elegantes abanicos y tazas de té, se escuchaban los chillidos de ambas damas desde el exterior de la vivienda de la agredida, que no dudó en defenderse con uñas, dientes y patadas. Cuando los lacayos consiguieron a duras penas separarlas, por todas partes había cabellos, trozos desgarrados de gasa, muselina y encaje.

Y dignidad. Toda la que ambas habían perdido.

Los Stanford expulsaron de su hogar al esposo ultrajador, que abandonó Hylton de inmediato para dirigirse a nadie supo dónde. A nadie le importó dónde. Lilly Pemberton acabó, por tanto, convertida en alguien de quien ella misma hubiera hecho mofa sin el menor escrúpulo o compasión: una mujer sola, ultrajada por su esposo y humillada por una de sus mejores amigas. De hecho, quedó completamente abandonada tras este episodio fatal, pues la tercera lilliota en discordia sabía de la aventura desde los inicios y se limitó a ejercer de cómplice silenciosa. De horrible alcahueta.

Aunque las infidelidades habían sido una constante en el matrimonio Pemberton, el hecho de que esta última saliera a la luz de una forma tan pública como vergonzosa resultaba doblemente humillante. Un navajazo en la dignidad de la radiante, la maravillosa, la admirada y siempre diva… Lilly.

En la soledad de su triste y brumoso hogar, rodeada de niños que le causaban más desespero que felicidad y de unos padres que no paraban de echarle en cara su insensatez a la hora de elegir un esposo tan deplorable, olvidado su brillo por el resto del mundo, acosada por hombres de bajo rango que tan solo deseaban satisfacer sus deseos carnales y convertida en una eremita casi desquiciada, recibió la noticia de que la tartamuda de los Stuart se había desposado con el señor de Somerton Abbey entre grandes fastos y se había convertido de golpe en la admirada señora de una gran abadía. El molesto peón ahora era la reina del tablero.

Si acaso la indignación no hubiera sido suficiente debido a sus fatídicas circunstancias, el hecho de conocer tal novedad acabó por hundirla en la miseria y la transformó en una criatura amargada, rencorosa e histérica.

Frederick se desposó con su señorita Delaney y ambos ocuparon Stuart Lodge con gran dicha; acogieron entre sus muros al extrovertido Rodrick, quien parecía haber fijado la mirada en una joven del condado vecino.

William y Mary se trasladaron a Somerton Abbey, donde Mary fue recibida por los Somerton con gran regocijo y estima. La señora Somerton ya había hecho buenas migas con la joven, a quien había considerado desde un primer momento una señorita digna, juiciosa e inteligente. Cuando William les trasladó sus deseos de solicitarle matrimonio, los Somerton no pudieron recibir la noticia con mayor agrado. Ninguna otra hubiera llevado el apellido Somerton con tal dignidad y amor como lo llevaba la joven Mary.

Sophia y Anthony acudieron a Somerton Abbey con gran alegría y emoción. William era alguien especialmente querido para los dos y el hecho de ser testigos del comienzo de su felicidad era algo que no podrían ni querrían perderse en modo alguno. Además, aunque el viaje desde Somerset resultaba especialmente agotador, Sophia agradecía cualquier oportunidad de abrazar a sus ancianos padres y concederles la posibilidad de pasar un tiempo en compañía de sus nietos.

En aquella ocasión los acompañó Georgiana, la hermana de Anthony, quien sorprendió a todos los asistentes, especialmente entre la comunidad masculina, al despuntar por la belleza fresca y exultante propia de una joven soltera de diecisiete años.

Agradecimientos

Hay lugares a los que resulta hermoso regresar y permanecer, pues es tanto el cariño que se recibe y tan grata la sensación de pertenencia, que más que gratificante resulta todo un lujo. Eso es lo que siento cada vez que inicio un nuevo proyecto con Vestales.

Gracias a Mercedes, mi editora, por todo y por tanto. Gracias a todo el equipo editorial, desde correctores, diseñadores y demás, por su profesionalidad y por toda la magia.

Gracias a mis chicas del otro lado del océano, siempre cercanas y cariñosas y siempre fieles a mi pluma: Anabel Reyes, Patricia Lodigiani, Lety Aparicio, Beatrice Pinto, Silvana Alayon, Sandra Arredondo, Micaela González, Paula Gardenal, María Florencia Pescetto, Mónica Flores, Annete Rodríguez, Mika_Books, Raquel Canavese, Aquileyendo…

Gracias a las Lectoras Insurrectas por tantísimo cariño, y a todas las maravillosas lectoras que conocí a través de ellas: Mabby, Miriam Bonardini, Marcia Galarza, Adriana, María José, Debora Cinnalli, Debora Silva, Conchi Chazarra, Danisa Luna, Gabriela López… Todo mi amor.

Gracias a mis queridísimas amigas, lectoras unas y compañeras autoras otras, por querer todas y cada una de mis historias; Claudia Cardozo, Nieves Hidalgo, Marta Luján, Vero RG, Ana Ordóñez, Ana B. Pena, Silvana Vázquez, Fina Andrés, Vero Chamborro, Miranda Kellaway, María José Alcaraz, Eva García Carrión, Ana Fernández, Sabela y Lucía, Silvia Pena, Lisi Paz, Marta Fernández, Susa Paz, Laura Sánchez, Marisa Paz, Isabel Meléndez y María Teresa. Gracias por acompañarme siempre.

Gracias a mi niña Elizabeth y a Diego, por tanta vida y tanta luz.

Y gracias a ti, lector, que una vez más me acompañas en mis desvaríos románticos. Ojalá que cada vez que deslices la mirada por las líneas que escribo te sientas mucho más cerca de esa época decimonónica que tanto amo.

A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)